Capítulo XIX.

El Angel de la Guarda.

I.

Quedaron, pues, al lado del enfermo maese Repulgo, su mujer y Beltran.

Los criados de la casa huyeron tambien.

A ruegos de doña Beatriz, continuó asistiendo á Colon el médico de Palacio.

Gracias á este aislamiento que se formó en derredor del extranjero, pudo Beatriz realizar un vehemente deseo que se habia apoderado de su alma desde que supo el peligro que corria la vida de Colon.

II.

No podia explicarse el afecto que sentia hácia él; pero era vivísimo.

Herida en su reputacion por las hablillas de los que habian visto en su generoso sentimiento un fin in-

Universidad Internacional de Andalucía

teresado, olvidó las murmuraciones, y pudo más que su temor el deseo de hacer bien á aquel hombre, que parecia llamado á despertar en su corazon los sentimientos que hasta entonces habian dormido en él.

III.

En la noche del dia siguiente al en que corrió la voz por todos los alrededores de la posada de que la enfermedad del huésped era contagiosa, cubierta con un manto y acompañada de Beltran, llegó hasta la posada.

El paje la condujo hasta la habitacion donde estaba el enfermo.

IV.

Para una mujer acostumbrada al esplendor de los palacios, era en extremo doloroso que un hombre de tanto genio como Colon viviese entre cuatro paredes, ennegrecidas por el tiempo, y tuviese por lecho un duro y tosco tablado, en el que sólo habia un miserable jergon.

El cuadro parecia más sombrío por la siniestra luz que derramaba sobre él una lámpara de barro, colocada en uno de los ángulos de la habitacion.

Beatriz no pudo ménos de conmoverse al contemplar á aquel hombre en el lecho del dolor, y rodeado de todos los atributos de la miseria.

Los quejidos que exhalaba su pecho resonaban dentro de su corazon.

Beltran habló al enfermo.

Universidad Internacional de Andalucía

V.

—¿No veis quién se halla aquí?

Colon movió los ojos y los fijó en Beatriz; pero ó no veia, ó no la reconoció.

La expresion de su mirada aumentó la emocion de su noble protectora.

Habia leido en ella la demencia del extranjero.

No pudiendo resistir tantas amarguras, abandonó la estancia, y dió las órdenes oportunas para que llevasen de su casa todo cuanto pudiera contribuir á mejorar las condiciones del enfermo, encargando eficazmente que se tuvieran con él los mayores cuidados y atenciones.

Por más que todos los dias resolvia dejar de ir á visitarle, la era imposible llevar á cabo esta resolucion.

VI.

Trascurrió una semana, y al cabo de ella la crísis fué favorable para el enfermo.

La fiebre comenzó á decaer, y aunque su debilidad era grande, parecian fijarse poco á poco sus ideas.

Su mirada era más tranquila.

Al cabo de los ocho dias, cuando fué á verle Beatriz, estaba sumido en un profundo sueño.

El médico esperaba que al despertarse se hallaria mejor.

Ya habia pasado mucho tiempo sin que abriera los

Universidad Internacional de Andalucía

ojos, y todos aguardaban con impaciencia á que se despertase.

Beatriz se sentó á la cabecera de su lecho y permaneció algunas horas inquieta, desasosegada, esperando el resultado de aquel profundo sueño.

Loca á su vez, y cediendo á una influencia que no podia resistir, dió algunas órdenes al paje y quedó sola en la estancia.

VII.

La emocion la ahogaba, y cayendo de rodillas, con las lágrimas en los ojos, invocó la proteccion de la Vírgen en favor de Colon.

Sobre su angustiado semblante proyectaba un débil rayo la lámpara que alumbraba aquella morada.

Absorta en su oracion, permaneció algunos instantes, sin observar que el enfermo abrió pausadamente los ojos y los fijó en su rostro con éxtasis delicioso.

VIII.

Es imposible describir la emocion que experimentaba Colon en aquellos instantes.

Despues de una enfermedad penosa, un sueño profundo y sosegado habia devuelto á los miembros su natural calor, y habia apaciguado la agitacion de su espíritu, sumiéndole en una apacible y melancólica calma, que le dejaba ver claramente cuanto pasaba en torno suyo.

Universidad Internacional de Andalucía

Sentia una felicidad intensa; pero que no le daba fuerzas para expresar lo que sentia.

Y sin embargo, reconoció á Beatriz.

Creyó al pronto soñar, y poco á poco se convenció de que no soñaba.

Vió las lágrimas en sus ojos, y comprendió que aquellas lágrimas eran de piedad para él.

Notó que los labios de aquella mujer encantadora murmuraban una oracion, y pensó que aquella plegaria era por él.

Quiso hablar y no pudo.

Temia que aquello fuera una vision y se desvaneciese al pronunciar una sola palabra.

Esperó á que la voz volviese de nuevo á sus labios, y cuando sintió que podia hablar, con acento que sólo podia percibirse por el silencio que reinaba en torno suyo:

IX.

—Beatriz, hermana mia,—dijo;—gracias, gracias, vos me habeis salvado.

Beatriz le escuchó sobrecogida.

Creyó que la engañaba la emocion.

Se levantó, y se acercó al lecho del enfermo.

Su mirada se encontró con la suya.

X.

—¡Ah! Es cierto,—dijo.—¿No me he engañado? ¿Sois vos quien ha pronunciado mi nombre? ¡Gracias, Dios mio; gracias, Vírgen Santísima!

Universidad Internacional de Andalucía

CRISTÓBAL COLON.—Beatriz, hermana mia,—dijo;—gracias, gracias, vos me habeis salvado.

Universidad Internacional de Andalucía

Universidad Internacional de Andalucía

Durante algunos momentos permanecieron silenciosos.

La emocion embargaba su voz.

Beatriz reflexionó que habia ido demasiado lejos, y replegando el vuelo de su expansion,

XI.

—Os he ofrecido ser vuestra hermana,—dijo,—y he venido á cumplir mi promesa. Dios ha oido mis ruegos y os ha devuelto la salud.

—Sí,—contestó Colon,—sí; siento que se renueva mi vida; estoy débil aún. Pero ¿qué me importa que las fuerzas del cuerpo me hayan abandonado, si siento renacer en mi inteligencia todas las ideas que habia en mi alma, todos los sentimientos que con vuestras bondades habeis despertado en mí?

¡Ah! señora; despues de haberos visto al borde de mi tumba hincada de rodillas en tierra pidiendo á Dios por mí, ¿qué mayor premio, qué mayor gloria puedo esperar en el mundo?

Beatriz, que se veia en una situacion violenta, llamó á su paje y al posadero.

XII.

—¿Ha despertado?—preguntaron.

—Sí; todo hace creer que se ha salvado su vida; ahora necesita más que nunca que no le abandoneis.

Y dirigiéndose á Colon,

Universidad Internacional de Andalucía

—Amigo mio, he cumplido los deberes de la caridad. Adios.

—¿Os vais?

—Sí; sólo por un desvalido, por un extranjero que no tiene familia ni hogar, y que sufre, hubiera venido hasta vuestra morada.

—Jamás olvidaré ese beneficio.

Beatriz sintió que sus ojos se inundaban de lágrimas, y se alejó precipitadamente.

XIII.

Colon quiso vivir, porque al despertarse de nuevo á la vida, sintió que el amor que profesaba á aquella mujer era más grande, más vehemente que hasta entonces.

La convalecencia fué larga, sin embargo.

El ánsia que tenia de volver á ver á Beatriz le hizo avanzar rápidamente en su completa curacion.

XIV.

Un dia vió á Beltran, que no cesaba de ir á verle, con el rostro muy triste y con los ojos escaldados por el llanto.

—¿Qué os pasa, amigo mio?—le preguntó.

—Nada, no es nada,—dijo Beltran.

—Y sin embargo, yo leo en vuestros ojos una profunda tristeza. ¿Por qué no sois franco conmigo?

—¡Ah! No me pregunteis lo que me pasa,—dijo Beltran.

Universidad Internacional de Andalucía

—¿Inés os ha olvidado?

—¡Oh! No.

—¿Ha muerto?

—A Dios gracias, no es ese el pesar que llena mi alma.

—Pues entonces... hablad.

—Me es imposible; aun no es tiempo de que sepais este secreto.

—¿Luego yo he de saberlo?

—Sí, algun dia.

—¿Por qué no ahora?

—Porque me han mandado que no os lo diga.

—¿Doña Beatriz?

—Sí, mi noble señora.

—¡Ah! ¡Por piedad! ¿No veis que me desgarrais el corazon?

—Pues bien,—dijo Beltran;—oidlo y perdonad, porque aunque yo no debo penetrar los secretos de aquellos á quienes debo todo cuanto soy, es tanta la veneracion que me inspira, tanto el interés que sus desgracias despiertan en mi alma, que me he atrevido á profundizar el secreto, y sé que con la nueva que voy á dáros voy á haceros sufrir.

—¡Por Dios, Beltran, por Dios! Que mi ansiedad es horrible.

—Oid: doña Beatriz ha partido de Córdoba.

—¿Ha partido de Córdoba?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hace dos dias.

Universidad Internacional de Andalucía

—¿No es dama de la reina?

—Ha perdido la gracia de su majestad.

—¡Dios mio! ¿Qué ha pasado?

—Lo ignoro; pero hace dos dias mandó precipitadamente á Inés que lo preparase todo para un viaje. Yo tambien la hubiera acompañado; pero no ha querido que me separe de vos hasta que esteis completamente bueno.

—¿Dónde, dónde ha ido?—dijo Colon.

—Me ha mandado que os lo oculte.

—¡Eso es horrible!

—Perdonadme que llene de tristeza vuestro corazon; pero ¡Dios lo ha querido!

Esta noticia sumió á Colon de nuevo en un profundo abatimiento.

La causa de aquella ausencia repentina van á saberla mis lectores.

Universidad Internacional de Andalucía

Capítulo XX.

Sucesos.

I.

Poco tiempo antes de la llegada de la córte á Córdoba, y por consiguiente, del arribo á la ciudad de Cristóbal Colon, hubo una batalla contra los moros, muy fatal para los defensores de la Cruz.

La reina Isabel se hallaba establecida con su córte en Vitoria, más que para otra cosa, para observar los actos de Luis Onceno, á la sazon rey de Francia, el cual, por hallarse emparentado con doña Catalina, reina de Navarra, y por tener una gran enemistad contra don Fernando, abrigaba grandes deseos de ejercer su influencia en los dominios del rey de Aragon y contrarestar su poder.

Mientras Isabel aguardaba en Vitoria el resultado de las gestiones secretas del monarca francés, su augusto esposo partió para Andalucía.

Universidad Internacional de Andalucía

Antes de que llegase al teatro de la guerra, tuvo lugar la famosa batalla de la Ajarquía.

II.

El maestre de Santiago, que mandaba en la frontera de Ecija, reunió en Antequera muchas gentes del reino de Sevilla, y entró en la Ajarquía con el ánimo de talar sus hermosos y productivos campos.

Llegaron á lo más intrincado de la sierra, y hallaron el vacío en todas partes.

Los moros que habitaban allí, temerosos de caer en poder de los cristianos, se habian retirado, llevándose á paraje más seguro sus tesoros.

Alentadas por esta retirada las huestes de los Reyes Católicos, descendieron imprudentemente á los valles, y al apoderarse de ellos, vieron con sorpresa que se coronaron las eminencias de la sierra de árabes belicosos, los cuales, arrojando sobre ellos toda clase de proyectiles, causaron en sus filas una horrible carnicería.

Sostúvose todo el dia la pelea, con notable desventaja de los cristianos, y cuando la noche tendió su velo, se hallaron rodeados por todas partes de enemigos.

El maestre de Santiago, don Pedro Enriquez y el marqués de Cádiz, que capitaneaban las tropas, debieron su salvacion á la fuga, viéndose obligados á trepar por los más difíciles senderos para llegar al puerto de salvacion.

Más de mil hombres quedaron muertos en el cam-

Universidad Internacional de Andalucía

po, y otros tantos cautivos en poder de los moros, los cuales fueron encerrados en el inexpugnable Castillo de Tebar.

III.

En esta accion quedó prisionero don Rodrigo de Aldana, hombre de perversas costumbres; pero muy influyente con los nobles caudillos de las huestes cristianas, por la misma razon de que halagaba sus brutales instintos y excitaba sus aviesas pasiones.

Ya en otra ocasion habia estado cautivo, y conocia el idioma de los árabes.

Haciendo de la necesidad virtud, consiguió que le distinguieran entre todos los prisioneros, anunció á sus camaradas que iba á negociar su libertad, y logró que le llevasen á presencia de los jefes más importantes de la morisma.

Sus compañeros le aguardaron bastante tiempo en vano.

Desconfiando de su salvacion por medio de una negociacion política, emplearon su valor para librarse de sus cadenas, y una noche, sorprendiendo á sus guardias, los pasaron á cuchillo y corrieron á guarecerse en el campo cristiano.

Don Rodrigo de Aldana no pareció en algun tiempo.

IV.

Los cristianos vencieron á los moros en Lucena, en Lopera y en Zahara.

Universidad Internacional de Andalucía

Al cabo de algun tiempo, don Rodrigo, pobremente vestido, y llevando en su rostro las huellas de la más espantosa miseria, se presentó en Córdoba, donde estaban los reyes, y haciéndose anunciar como un cautivo que habia podido escaparse del poder de los enemigos de su rey, manifestó deseaba aprovechar, en beneficio de los suyos, las noticias que habia podido recoger antes de abandonar el campo musulman.

V.

No quiso dar á conocer su verdadero nombre, porque la verdad era que las intenciones que le excitaban á hablar con el soberano eran infames.

Mahomad, á quien se conocia por el sobrenombre del *Zagal*, hermano de Abul Hacen, le habia ofrecido inmensas riquezas si le entregaba la cabeza del marqués de Cádiz, bizarro caudillo que le habia derrotado muchas veces, y á quien odiaba con todo su corazon.

Era imposible que Rodrigo cometiese aquella villanía á mansalva.

Pero prestándose á ser su guia en una expedicion, podia prepararle una emboscada y entregarle á sus enemigos.

VI.

El rey le recibió, y dando crédito á sus palabras, apreció en mucho sus indicaciones, le socorrió y contó desde luego con él para que sirviese de guia á sus capitanes.

Universidad Internacional de Andalucía

Inmediatamente reunió á su Consejo particular, le dió cuenta de sus propósitos de poner fin á la guerra, penetrando hasta las faldas de Sierra Nevada y apoderarse de Granada, que era el último baluarte de la morisma, y como este era el gran pensamiento de su esposa, se reunieron los Consejos de entrambos soberanos, y en ellos se resolvió, por de pronto, que el marqués de Cádiz saliera á apoderarse de Ronda.

Esta predileccion de los monarcas en favor de aquel ilustre guerrero, excitó las mayores envidias en los que deseaban mandar la expedicion, y se trató, por medio de una intriga, de privarle de la gracia de los reyes.

VII.

El conde de Almagros, hábil cortesano, comprendió que para conseguir que la intriga tuviese resultado satisfactorio, era preciso colocar al lado de la reina una dama con condiciones para llegar á ser su única favorita, y como por entonces disfrutaba de todo el aprecio de la reina Beatriz Enriquez de Córdoba, convencidos como estaban todos de que les seria imposible llegar á dominarla, de que jamás se prestaria á sus fines, y más aún, de que si se la iniciaba en la intriga, seria capaz, desafiando el peligro, de advertir á su soberana, resolvieron emplear todos los medios que tuvieran á su alcance para separarla del lado de la reina.

La calumnia acechaba el momento oportuno, y no tardó en hallarle.

Universidad Internacional de Andalucía

VIII.

El vehemente interés que demostraba Beatriz por Colon, las imprudentes palabras del soldado Martin Carrasco, que desde las cuadras de los escuderos habian llegado hasta las espléndidas moradas de los nobles, fueron dos preciosísimos motivos para que la calumnia se cebase en la ilustre dama de Isabel.

A partir de aquel momento, no cesaron los reyes de oir insinuaciones en contra de la jóven.

La calumnia no se detuvo.

IX.

Empleó todos los medios para llegar al fin, y haciendo su instrumento, sin que lo sospecharan siquiera, á las personas más allegadas á la reina, hasta su confesor fray Fernando de Talavera llegó á decirla, que fuesen falsos ó verdaderos los rumores que corrian acerca de Beatriz, lo cierto era que no podia permanecer al lado de la reina, á no ser por un exceso de su augusta bondad.

X.

En cambio ponderaban en torno suyo las virtudes de doña Catalina de Alvarado, dama de más ancha conciencia, ambiciosa, apasionada, que se prestaba gustosa á dominar, por los halagos, y hasta por las seducciones, á la reina, para que realizase los propósi-

Universidad Internacional de Andalucía

tos de sus patrocinadores, siempre que estos trabajasen antes en su favor para elevarla á la altura en que deseaba hallarse.

XI.

La reina conocia demasiado á Beatriz para dudar de ella.

Sin embargo, la habló.

El resultado de su conversacion fué para su augusta soberana el pleno convencimiento de que no era culpable.

Las lágrimas que nublaron los ojos de Beatriz no eran las lágrimas de una mujer criminal, sino las de un ángel, que pudiendo probar su pureza, se avergonzaba de sus calumniadores.

XII.

—Despues de todo lo que pasa,—dijo á la reina,—despues de haber sabido que se me calumnia, no me siento con fuerzas para vivir entre personas que con sus miradas han de herirme á cada momento.

Yo sé que vuestra majestad ha sido siempre una madre bondadosa para mí. Sé que vivirá mi recuerdo en el noble y generoso corazon con que la Providencia ha dotado á vuestra majestad; sé que no me alejará vuestra majestad de su lado.

Pero yo, con las lágrimas en los ojos, con el corazon herido de muerte, deseando la soledad, el descanso, pido á vuestra majestad que me deje vivir algun

Universidad Internacional de Andalucía

tiempo léjos de la córte, en la solitaria morada donde mi padre acabó sus dias, donde trascurrieron los mejores años de mi juventud.

Si desea vuestra majestad que viva, que tenga un nuevo motivo de gratitud, otórgueme esta gracia, que le pido como mi única salvacion.

XIII.

La reina comprendió que despues de todo lo que habia pasado era necesario que se alejase por algun tiempo de la córte, y estrechando su mano:

—Tienes razon,—le dijo;—debes partir; pero véte segura de que ni un solo instante dejaré de estimar lo que valen tus prendas. ¡Quién sabe si muy pronto, en mejores dias, volveremos á reunirnos! Estoy satisfecha de tí y convencida de que, si levantas tu frente, es por que tu pureza la sostiene, no por que la hipocresía oculta en ella la sombra del pecado.

XIV.

Beatriz, con la conciencia tranquila, porque habia obrado bien, y deseosa al mismo tiempo de huir de Colon, porque se tenia miedo á sí propia, partió á Baeza y se encerró en la casa solariega de su madre, dando órden á Beltran de que ocultase á Colon su paradero.

Beltran se quedó en Córdoba para velar de cerca por su protegido.

Sólo Inés acompañó á Beatriz.

Universidad Internacional de Andalucía

XV.

Los cortesanos consiguieron que doña Catalina de Alvarado reemplazase cerca de la reina á doña Beatriz; pero sus esfuerzos fueron inútiles.

No era posible que con el halago y la seduccion influyese en el ánimo de aquella excelsa matrona, de aquella mujer sublime, que debia conservarse en la historia como una de las primeras figuras de la humanidad.

XVI.

El marqués de Cádiz fué encargado de poner sitio á Ronda, y el mismo rey poco despues salió tambien á pelear, porque lo mismo en su ánimo, que en el de su esposa y en el de todos sus vasallos, no habia más que un solo deseo: el de poner término para siempre á la dominacion de los moros en España.

XVII.

Ebrio de gozo Rodrigo, porque veia acercarse el momento de recibir el premio de su traicion, se prestó á ser el guia del caudillo.

Pero no pudo realizar sus planes.

La codicia le cegó, y la historia, que registra este hecho, aunque someramente, dice que al comprender su traicion los soldados del marqués de Cádiz, se lanzaron sobre él como energúmenos, le cosieron á

Universidad Internacional de Andalucía

puñaladas, y tuvo que emplear toda su autoridad el ilustre capitan para que no le hiciesen trizas.

XVIII.

Pero ninguna de estas cosas hacen por ahora al caso.

A su tiempo asistiremos con el héroe de nuestra historia á aquella lucha gigantesca de los reyes Católicos contra los últimos descendientes de Mahoma, que aun vivian en las tierras pertenecientes á las coronas que ostentaban en sus reinos aquellos dos monarcas; lucha cuyos episodios no dejan de ser interesantes y dignos de mencion, por más que todo el mundo sepa cuán grande y cuán majestuoso fué el resultado de ella, no sólo para la nacion española, sino para la religion cristiana.

Volvamos á Colon.

Universidad Internacional de Andalucía

Capítulo XXI.

Desaliento.

I.

En medio de su profunda amargura, no pudo ménos, pasada la primera impresion, de buscar un consuelo á su afligido corazon, elevando su pensamiento á la Providencia.

—Soy un loco,—se dijo;—¿cómo he podido dar pábulo al sentimiento que ha nacido en mi alma? ¿Por ventura el extranjero que viene sin más recurso, sin más amparo que la carta de un venerable sacerdote alejado del mundo, sin más títulos que su amor á la ciencia y sus deseos de ofrecer sus conquistas á una nacion, tiene derecho para quejarse del desden de una ilustre dama, que ha podido muy bien arrepentirse de una bondad impremeditada?

¿Qué he hecho yo, qué soy en el mundo, para aspirar á tanta ventura?

Universidad Internacional de Andalucía

¡Ah! Yo he creido que su piedad era interés, que la dulzura que revelaban sus ojos era amor... ¡Una ilusion más, que ha muerto como las otras!

Ni me ama, ni ha pasado por su imaginacion la idea de corresponder á mi afecto.

De lo contrario, ¿se habria alejado de esta suerte, me habria ocultado al marcharse sus designios?

No, no; esto no ha sido más que un momento de esperanza, una tregua á mis desventuras: todo ha acabado para mí.

Pero la Providencia me recuerda mis deberes. Sí, ella ha despertado en mi mente una idea para que la realice; me exige toda clase de sacrificios, porque el premio es muy grande.

Al mismo tiempo, un hijo, un tierno fruto de un amor más dulce, más apacible, lo espera todo de mí. Yo debo desafiar por él las iras de la fortuna, y sacrificarlo todo á su porvenir.—

Colon pensó que podria llevar á cabo la resolucion que en aquellos momentos le aconsejaba la prudencia.

Por desgracia, no debia suceder así.

Pero momentáneamente se dejó dominar por su ambicion de gloria.

II.

—La lucha me hará olvidar las dulzuras que he soñado con un amor imposible. ¿Y por qué no he de luchar? ¿Acaso no me ha dado Dios fuerzas suficientes para sufrir y para vencer?

Mañana volveré á ver al confesor de la reina. Si

Universidad Internacional de Andalucía

no me escucha, iré á palacio, imploraré yo mismo la merced de que me oigan los soberanos, removeré cuantos obstáculos se opongan á mis deseos, y si no me escuchan, si me abandonan, si me desprecian, buscaré otros países, otros reyes, otros séres poderosos que me amparen.

Pero una reflexion más dolorosa aún, vino á desanimarle de nuevo.

III.

En la vida se malogran á veces las empresas más grandes por las causas más pequeñas.

Colon vió que la bolsa que habia debido á la caridad de fray Juan Perez de Marchena estaba vacía.

Por más que Beltran, en nombre de su ama, le habia hecho los mayores ofrecimientos, habia creido impropio de su delicadeza aceptar recursos pecuniarios, y la verdad era, que no contaba con medio alguno para atender á sus necesidades.

Se hallaba además en país extranjero, sin amigos, sin afecciones, y antes de emplear sus fuerzas en la lucha, que debia darle por resultado la derrota ó el triunfo, necesitaba, para poder entregarse á estas negociaciones, que debian absorber toda su atencion, ocuparse en adquirir los recursos más precisos para atender á su subsistencia, para pagar al posadero los cuidados que le habia prestado y el precio de su hospedaje.

Universidad Internacional de Andalucía

IV.

Como en Portugal, hizo mapas, fabricó globos y buscó los medios de vender estos objetos.

Afortunadamente, halló un mercader morisco que se los compraba á bajo precio, para venderlos con ganancia.

Aunque con escasez, pudo vivir, y una vez satisfechas las exigencias más apremiantes de su vida, resolvió abiertamente llevar á cabo su anterior propósito.

V.

Un impulso más vehemente que los que hasta entonces habia sentido, le animaba á buscar el triunfo ó el desengaño.

Aun cuando habia querido olvidar á Beatriz, le era imposible borrar de su pensamiento la imágen de aquella mujer angelical.

La amaba, sí; estaba seguro de que la amaba con toda su alma.

Pero aun cuando creyera que podia corresponder á su afecto, que podria algun dia otorgarle su mano, ¿cómo acercarse á ella para ofrecerle sonrojos y desventuras?

Necesitaba realizar sus proyectos, conquistar gloria para su nombre, añadir á su gloria las riquezas que su trabajo debia conseguir, y entonces, solo entonces, era cuando podia ofrecer todos sus triunfos á

Universidad Internacional de Andalucía

las plantas de aquella mujer, dándole la seguridad de que sólo le guiaba el cariño al tomar aquella resolucion.

VI.

Como habia permanecido enfermo y retirado bastante tiempo, aun cuando dió mucho que hablar en la córte, no sólo por que habian presenciado su primera entrevista con fray Fernando de Talavera algunos altos personajes, sino por que á algunos de ellos habia servido de pretexto para justificar la calumnia que habian levantado á Beatriz, todos le olvidaron, y cuando un paje anunció de nuevo al confesor de la reina su llegada, no dejó de causarles gran sorpresa.

VII.

Fray Fernando de Talavera mandó á su familiar que introdujese á Colon en su antecámara y aguardase sus órdenes.

Más de una hora estuvo aguardándole, y viendo llegar á otras personas que entraban desde luego á ver al confesor de la reina, y de las cuales murmuraban los criados, que no iban más que á hacerle perder tiempo.

Pero eran personajes ilustres de la córte, y Colon tenia que devorar en silencio la amargura de su alma, al ver que se le postergaba á aquellos hombres á quienes no creia superiores á él.

Al cabo de mucho tiempo, dió órden fray Fernando de Talavera para que entrase el extranjero.

Universidad Internacional de Andalucía

VIII.

—¿Supongo que ya habreis desistido de vuestros planes?—le dijo apenas le vió.

—Vuestra eminencia me ha juzgado mal, si lo ha creido así.

—Mis razones tengo para ello.

—No comprendo...

—Sin ir más lejos, hace ya muchos dias que me pedísteis una audiencia por recomendacion de mi buen amigo fray Juan Perez de Marchena. Os recibí, y quedásteis en volver á verme poco despues. Como no habeis venido, he creido que habíais renunciado á vuestras ilusiones, y contestando á una carta que he recibido de vuestro protector, pidiéndome que si tenia noticias vuestras se las comunicase, le contesté diciéndole que ya estábais completamente curado de vuestro propósito, y que no necesitábais de mi apoyo, puesto que no habeis venido á buscarme.

IX.

Colon pensó entonces que habia sido un ingrato no dando cuenta de todo lo que le habia sucedido á su noble amigo el prior de Santa María de la Rábida.

Las desdichas que le habian pasado en aquel tiempo le habian hecho faltar á un deber, porque no era sólo fray Juan Perez de Marchena el que tenia derecho á saber lo que le pasaba, sino su hijo, su pobre Diego, que estaba abandonado.

Universidad Internacional de Andalucía

Este argumento le contristó en extremo.

Y no era que se hubiese olvidado un solo instante de su hijo, sino que deseaba, al escribir al padre Perez de Marchena, darle buenas noticias.

X.

—¿Con que decís que me he equivocado?—añadió el confesor de la reina.

—Sí; hoy, más que nunca, estoy seguro de la realizacion de mi empresa; hoy, más que nunca, necesito la proteccion de los monarcas de España. Por eso vengo á preguntaros si estais dispuesto á apoyarme en mis pretensiones.

—Ya os dije en un principio que los reyes están preocupados con la reconquista de las ciudades que aun poseen los moros, y no digo yo tratándose de una suposicion; pero aun cuando fuera de un hecho positivo, de una cosa segura, no pueden distraer su atencion de las altas miras que les animan, ni hay en el tesoro tanta sobra de dinero, que pueda desperdiciarse en costear empresas aventuradas. Por mi parte, haré cuanto pueda en vuestro obsequio. ¿Qué es lo que deseais?

—Ser recibido por los reyes.

—Difícil es. Su majestad el rey no se ocupa más que de la guerra. A todas horas celebra conferencias con los más valerosos capitanes. La reina preside su Consejo casi todos los dias, y uno y otro lo sacrifican todo al triunfo de la Cruz sobre la Media Luna.

Universidad Internacional de Andalucía

Todo lo más que puedo hacer por vos, ya que veo en vuestro traje que sufrís los rigores de la fortuna, es socorreros cuando esteis apurado.

—La única limosna que pido á vuestra eminencia,—dijo Colon con dignidad,—es la de que me proporcioneis una entrevista con los soberanos.

Si quereis complacerme, si por consideracion á fray Juan Perez de Marchena, ó á mi desdicha, me dispensais este beneficio, mi gratitud será eterna. Si no me creeis digno de vuestro amparo, sé resignarme con la desgracia, y no quiero agradecer nada, más que á los que me estimen por lo que valgo.

XI.

Esta contestacion hirió en extremo al confesor de la reina, y con bastante sequedad:

—Podeis retiraros cuando gusteis,—le dijo.—A pesar de las palabras que acabais de proferir, haré por vos todo cuanto me sea posible.

XII.

Desgraciadamente, la entereza de Colon le hizo perder los deseos que en favor suyo se habian despertado en fray Fernando de Talavera, y como faltó el apoyo de doña Beatriz, no solamente no volvió á hablarse en palacio de Cristóbal Colon, sino que cuando, recordando la reina la súplica que le habia hecho su camarista antes de partir, preguntó alguna que otra

Universidad Internacional de Andalucía

vez á los que la rodeaban por el extranjero, le dieron á entender que habia renunciado á sus planes, y hasta trataron de extender á él la calumnia con que habian ofendido á Beatriz.

Todas las puertas se cerraron entonces al que más tarde debia llenar el mundo con su gloria.

XIII.

Colon escribió una sentida carta á fray Juan Perez de Marchena, contándole todas sus desventuras, y anunciándole que se hallaba dispuesto á abandonar para siempre á España.

«Ya que habeis sido bueno para mí,—le decia;—ya que os habeis apiadado de mis desdichas; ya que habeis admitido en vuestra santa casa al pobre desvalido, al pobre loco, concentrad en el hijo los buenos sentimientos que os ha inspirado el padre, sed su amparo durante algun tiempo.

»Yo voy á partir de España; voy á recorrer otros países, voy á ofrecer á otros reyes mis proyectos; y si en esta peregrinacion hallo el fin á mis dias, si todas las puertas se me cierran, si la desgracia se ensaña en mí, enseñad á mi hijo á amar la virtud, é inspiradle los sentimientos religiosos que hacen al hombre acatar sumiso los decretos de la Providencia.

»No puedo permanecer más aquí.

»Mis recursos se han acabado por completo. El escaso producto de mi trabajo no basta para cubrir mis más escasas atenciones.

Universidad Internacional de Andalucía

»Antes que morir en la miseria, en el abandono, quiero perecer luchando: este es mi destino.

»Antes de partir, espero vuestra bendicion.»

Envió aquella carta á Santa María de la Rábida, y dos dias despues se presentó en la posada de maese Repulgo el bueno de Matías.

XIV.

El anciano llegaba ébrio de gozo, porque no habia olvidado á Colon, y como sabia que iba á prestarle un gran servicio, deseaba por momentos verle.

A esta satisfaccion se unia la de poder ver á su hija.

XV.

—Por acá estamos todos,—dijo Matías, revelando en su rostro el contento de su alma.

—¿Vos por aquí? ¡Gran alegría me dais!

—Me ha mandado venir á veros fray Juan Perez de Marchena.

—¡Siempre tan bondadoso! ¿Y habeis visto á mi hijo?

—Yo lo creo; tan guapo como está. Me ha encargado que os diera un apreton de manos muy fuerte.

—¡Hijo mio!

—Pero está bueno y gordo, y es muy aplicado. Los padres le quieren que se desviven por él.

Pero, vamos á nuestro asunto: esto me ha dado para vos el prior.

Universidad Internacional de Andalucía

Y al decir esto, sacó del cinto una bolsa bien repleta y una carta, en la que el superior del convento de la Rábida anunciaba á Colon que le enviaba algunos recursos, y en la que le pedia por su afecto que no abandonase á España.

XVI.

«Quiero para mi patria la gloria que anhelais ofrecerla,—le decia.

»Si fray Fernando de Talavera no ha hecho caso de mi recomendacion, si no os ha comprendido, algun dia lo sentirá.

»Os envio otra carta para el superior del convento de Mercenarios de esa ciudad.

»Fray Pedro Antunez es un santo varon, compasivo en extremo, sábio, modesto, y será vuestro amigo.

»El os prestará toda clase de apoyo. Tardareis más en que se realice vuestro deseo que si el confesor de la reina hubiera tomado á su cargo vuestra pretension.

»Pero no desmayeis, hijo mio, tened confianza en la Providencia. Mi corazon me dice que conseguireis el triunfo tarde ó temprano, y no debeis ausentaros de España.»

XVII.

Colon no pudo contener las lágrimas que asomaron á sus ojos.

Universidad Internacional de Andalucía

Y besando la carta:

—¡Ah! Si todos los hombres fueran como fray Juan Perez de Marchena, la desesperacion no seria compañera de la adversidad.

Y dirigiéndose á Matías.

—¿Vos pensais volver á la Rábida?

—Debia irme en seguida; pero habiendo llegado hasta aquí, ¿cómo me voy sin ver á mi hija?

—¿A Inés?—preguntó Colon, sintiendo que se despertaba de nuevo en su alma un sentimiento que tenia amortiguado.

—Pues, ya sabe su merced que es camarista de doña Beatriz, que vive al lado; y ¿cómo no he de ir á darla un abrazo? Su madre quiso venir conmigo. ¡Pobrecilla! Apenas supo que nuestra Inés estaba tan bien colocada, se le quitó la tristeza, y ya está tan gorda y tan guapa, que dá gusto verla.

—¿Pero vos no sabeis que doña Beatriz se ha ausentado de Córdoba?

—¿Con mi hija?

—Sí, con vuestra hija y con toda su servidumbre.

—No lo sabia. ¿Y adónde ha ido?

—Eso es precisamente lo que ignoro.

—Alguien habrá quedado que pueda darme noticias.

XVIII.

Precisamente en aquellos dias se habia ausentado Beltran, y la casa de doña Beatriz estaba cerrada.

Universidad Internacional de Andalucía

—Pues lo que es yo,—dijo Matías,—no me voy sin ver á mi hija. ¡No faltaba otra cosa! Yo averiguaré dónde se halla.

—¡Ah!—se dijo Colon, olvidándose de todos sus propósitos.—Averiguadlo y volved á decídmelo.

XIX.

Matías no aguardó á que le dieran dos veces aquella órden.

La empresa que iba á acometer era difícil.

Despues de pasado el peligro de la supuesta peste, la posada y las casas inmediatas del barrio volvieron á poblarse; pero con personas que apenas conocian á maese Repulgo ni á doña Beatriz.

Como Matías sabia que la señora de su hija era dama de palacio, se fué directamente al Alcázar y procuró tomar informes de su paradero.

Nadie pudo darle razon.

Todos le contestaron que doña Beatriz habia perdido en gran parte el favor que gozaba con la reina y se habia retirado.

Dió muchas vueltas por la ciudad, preguntó á todo el mundo, y ya desesperado volvia á la posada, cuando en un callejon tropezó de manos á boca con una vieja, que al verle bajó los ojos y procuró alejarse más que á prisa.

XX.

Sin embargo, Matías tuvo tiempo de verla y di-

Universidad Internacional de Andalucía

ciéndose: «Yo conozco á esta bruja,» recordó instantáneamente quién era, y acercándose á ella:

—Eh, vieja marrullera,—la dijo;—¿por qué pasa de largo vuesa merced? ¿No me ha reconocido?

—¿Yo? ¡Dios me libre!—contestó la vieja, procurando desfigurar la voz.—No le conozco á ucé más que para servirle.

—¿Con que no?

—Como me he de morir.

—Yo te ajustaré las cuentas, vieja maldita. Tú fuiste la que vino á buscarme á la posada de maese Repulgo, la que me refirió lo que habia pasado á mi hija Inés; tú fuiste, en fin, la infame gitana que con otras de tu ralea se la llevó de mi lado con el perverso intento de perderla.

Y cogiéndola de la mano:

—Vas á venir conmigo; voy á llevarte á la Santa Hermandad, y vas á pagar todas tus culpas.

—Déjeme ucé, señor Matías, déjeme ucé,—dijo la vieja, no pudiendo ocultar por más tiempo que era ella efectivamente la que indicaba el aldeano.

—No os dejo, embaucadora.

—¿Es ese el modo que teneis de pagarme el beneficio que os he hecho?

—¿Vos?

—Sí; ¿por ventura hubiérais hallado á vuestra hija si yo no os hubiera dicho dónde se encontraba?

—No hubieras tenido necesidad de decírmelo, si tú no me la hubieras quitado.

—Yo no fuí; no me lo podeis probar.

Universidad Internacional de Andalucía

—Todas las señas que me ha dado mi Inés de la gitana que la robó convienen con las tuyas.

—Pues yo os juro que no; se equivoca de medio á medio; fueron de mi familia, es cierto; pero yo me condolí de su suerte, y por eso os busqué.

—Tienes razon,—dijo Matías conteniéndose;—tienes razon y te perdono; pero con una condicion.

—¿Cuál?—exclamó la vieja.

—Yo he venido á Córdoba, y quiero ver á mi Inés. Es necesario que me digas dónde está.

—Con su ama.

—No lo dudo; ¿pero dónde está doña Beatriz?

—Qué, ¿no está en Córdoba?

—Su casa está cerrada.

—¿Y nadie sabe dónde se halla?

—Nadie absolutamente.

—Pues bien; si me ofreceis ocultar á la Santa Hermandad esa culpa que me atribuís injustamente, yo os ofrezco deciros antes de poco tiempo dónde se encuentran Inés y su señora.

—Corriente, es cosa hecha.

—Pues me voy, y vos me esperareis en los alrededores de la catedral.

—¡Quiá! No te suelto,—dijo Matías;—yo voy contigo hasta el fin del mundo.

—Tanto mejor. En marcha,—dijo la vieja.

XXI.

Y guiado Matías por ella, anduvieron unas cuan-

Universidad Internacional de Andalucía

tas calles, y al fin y al cabo penetraron en una casa de siniestro aspecto, donde vivia un curtidor judío, llamado Samuel, al cual dirigió la vieja en secreto algunas preguntas.

Matías no pudo apercibirse de lo que hablaban.

Unicamente notó en los gestos que hacia el curtidor señales negativas.

—Venid,—dijo la vieja al aldeano.

Y cuando salieron á la calle:

—Ya veis que he hecho lo posible por complaceros,—le dijo;—pero cuando este no sabe dónde se halla doña Beatriz, podeis estar seguro de que no hay en Córdoba quien lo sepa. Sin embargo, me ha ofrecido emplear todas sus artes para averiguarlo, y si permaneceis en la posada de maese Repulgo, yo os ofrezco ir esta noche á dáros cuenta de sus descubrimientos.

—No me engañeis, vieja taimada,—dijo Matías.

—¿A qué fin? Al contrario, deseo que seamos buenos amigos, y por la misma razon tengo empeño en satisfacer vuestra curiosidad.

—Pues corriente; mira que soy muy terco, y que si me empeño en que te emplumen, ó te encierren en un calabozo para toda la vida, poco he de poder ó he de conseguirlo.

—¡Dios me libre de que os dé semejante idea! Confiad en mí.

XXII.

Matías se volvió confiado á la posada, y quiso su

Universidad Internacional de Andalucía

buena suerte que al entrar en la calle encontrase á un jóven, que reconociéndole le llamó por su nombre.

—¿Es á mí á quien llamais?—preguntó el aldeano.

—A vos; ¿no sois Matías Sampayo, de la Rábida?

—El mismo que viste y calza.

—¿No me reconoceis?

—Francamente, no me acuerdo.

—Soy Beltran, el paje de doña Beatriz de Córdoba, en cuya casa está vuestra hija.

—¡Ah! Sí, ya caigo; no podeis figuraros la alegría que me dais.

—¿Y habeis ido á buscar á vuestra hija y no la habeis hallado? ¿Deseais verla? ¿Habeis venido de exprofeso á Córdoba para tener ese placer?

—Lo que es venir por eso solo no, aunque se me pasan todos los dias muchas ganas de emprender el viaje. Pero el prior de la Rábida me ha dado una comision para su protegido, y «¡qué diablo!» me he dicho, puedo matar dos pájaros de una pedrada.

—¿Y habeis visto á el señor Colon?

—Hace más de dos horas, y tanto por él como por mí he recorrido la ciudad, preguntando á todo el mundo el paradero de doña Beatriz.

—¿El os ha encargado?...

—¡Pues si tiene tantos deseos como yo de saberlo!...

—¿Y habeis averiguado?...

—A esta fecha nada; un demonio de bruja se ha encargado de traerme esta tarde noticias ciertas. Pe-

Universidad Internacional de Andalucía

ro ya para nada las necesito, porque supongo que, siendo vos su paje...

—Lo es mucho, buen Matías. Yo os diré dónde se halla; pero con una condicion.

—¿Con una condicion?

—Sí.

—Veamos cuál es.

—La de que habeis de ocultar en dónde se halla al señor Colon.

—¿Esas tenemos?

—Es una órden de mi ama.

—Pero, ¿por qué?

—Lo ignoro: un buen criado debe acatar las órdenes de su amos sin pedir explicaciones de ningun género.

—Eso está muy bien hablado; vengan esos cinco, que no todos los pajes son como vos. Pero el señor Colon se vá á poner como un condenado conmigo, si sabe que me habeis dicho lo que él ignora, y no se lo he contado.

—Hay un medio para que no suceda eso.

—El pajecillo se lo encuentra todo hecho,—dijo Matías muy contento ante la perspectiva de abrazar muy en breve á su hija;—vamos, hablad.

—Sin ir á la posada, partís inmediatamente al sitio que yo os indicaré, abrazais á vuestra hija, y punto concluido.

—Pero ¿he de marcharme sin despedirme de él? ¿Con qué cara me presento á su vista cuando vuelva?

—Podeis entonces pretextar que os encargaron

Universidad Internacional de Andalucía

que volviérais en seguida. En fin, amigo mio, si quereis ver á vuestra hija, es necesario que sea á ese precio.

—Pues andando. Pero se me ocurre una idea. Tengo la mula en la posada; ¿cómo la saco si él está allí?

—Os prestaré mi ayuda. Yo he llegado hoy precisamente, y no he visto al señor Colon. Iré á verle, procuraré entretenerle en su cuarto, y mientras tanto podeis partir. De esta manera, hasta es más fácil que disculpeis vuestra descortesía, diciéndole cuando volvais á verle, que no quisísteis molestar su atencion, porque os dijeron que se hallaba ocupado.

—Me parece muy bien. Es listo el mozo,—añadió Matías, decidiéndose á poner en práctica los planes de Beltran.

XXIII.

Dirigiéronse los dos á la posada, subió el paje á la habitacion del extranjero, despues de decir á Matías dónde podria encontrar á su señora, y un cuarto de hora despues caminaba el aldeano hácia Baeza.

Entre tanto, preguntaba Colon á Beltran por qué razon habia rodeado su ama de misterio su ausencia de la ciudad.

XXIV.

—Cosa es esa,—respondió el paje,—á la que no os puedo contestar.

Universidad Internacional de Andalucía

—Y sin embargo,—dijo Colon,—me habeis llamado algunas veces amigo.

—Es muy cierto; pero ¿qué haríais vos en mi caso?

—Lo que sin duda alguna vá á hacer dentro de poco el honrado padre de Inés.

—¿Qué vá á hacer?

—Averiguar dónde se halla su hija, y comunicármelo.

—Y si llega á saberlo, ¿sereis capaz de contrarestar la voluntad de doña Beatriz? ¿No os he dicho mil veces en su nombre que estoy autorizado para prestaros toda clase de auxilios?

—Es verdad; pero entonces, ¿por qué se oculta de mi vista?

—Respetad, señor Colon, la resolucion que ha tomado. Si conociérais los motivos, que no me ha dicho, pero que yo adivino, comprenderíais su conducta.

—¿Vos adivinais las causas que le han obligado á partir?

—He dicho que las presumo.

—¿Y no podeis decírmelas? Vuestra ama no os ha mandado que me las oculteis.

—Eso no.

—Pues bien; creeré que no teneis en ningun aprecio mi amistad si no sois franco.

—No en vano apelais á mi afecto,—dijo Beltran;—voy á deciros lo que creo. Mi señora se apiadó de vuestra desgracia, y quiso dispensaros algunos beneficios.

Universidad Internacional de Andalucía

La maledicencia, que vé siempre detrás del bien miras interesadas, atribuyó la proteccion que empezó á dispensaros á un afecto más egoista que el que inspira la piedad.

En el Alcázar se pronunciaron algunas palabras que llegaron á su oido. ¿No han podido muy bien ser estas indiscreciones causa de su alejamiento?

¿De qué manera podia hacer enmudecer á los murmuradores, más que alejándose de vuestro lado y renunciando á la influencia que pudiera emplear en vuestro obsequio?

No sé si son estas las causas; pero conociendo á mi ama como la conozco, estoy seguro de que no me engaño.

Ahora bien: ¿creeis que debeis dar pábulo á las murmuraciones averiguando su paradero, yendo á buscarla, aunque sólo sea para mostrarla la gratitud que os han merecido los cuidados, las atenciones que en su nombre he podido prestaros?

—Teneis razon, Beltran, teneis razon. ¡Dios querrá que algun dia brille la verdad! Entonces, entonces...

XXV.

Colon no acabó la frase.

Un pensamiento fúnebre cruzó por su mente.

¿Qué podia hacer despues de haber oido las palabras de Beltran?

No tenia más que dos caminos: ó alejarse para

Universidad Internacional de Andalucía

siempre de España y continuar su vida aventurera, ó seguir los consejos del prior de la Rábida, aceptar los recursos que le enviaba, y presentar la carta de recomendacion que le habia dirigido para fray Pedro Antunez.

Su corazon le impulsaba á seguir este segundo camino.

XXVI.

Eran las cuatro de la tarde, y salia de la posada con ánimo de dirigirse al convento de Mercenarios, cuando al bajar al hogar halló á maese Repulgo.

—¿Ha vuelto el aldeano en cuya compañía vine á Córdoba?

—Sí, señor.

—¿Dónde está?

—Se ha marchado.

—¿De la ciudad?

—Sí, por cierto.

—¿Sin verme?

—Me preguntó por vuesa merced; pero apenas supo que teníais visita, por no molestaros, se resolvió á marcharse sin despedirse.

—¿Y no os ha dicho nada para mí?

—Nada.

XXVII.

—¡Otro desengaño!—pensó Colon.—Tal vez ha

Universidad Internacional de Andalucía

averiguado Matías lo que deseo; pero le han exigido que me lo oculte.

Dominado por esta idea, avanzó lentamente hácia el convento de Mercenarios.

¿Qué es lo que allí le esperaba?

Universidad Internacional de Andalucía

Capítulo XXII.

Misterios del corazon.

I.

Fray Pedro Antunez era un hombre de unos sesenta años y de un carácter angelical.

En su rostro se revelaba desde luego la bondad de su alma.

Todo contribuia en él á darle el aspecto del verdadero pastor.

Habia vivido en el mundo hasta los cuarenta años; habia sido víctima de las debilidades humanas y esclavo de las pasiones, y tenia la suficiente experiencia para comprender y dispensar los extravíos de cuantos llegaban á él á confesar sus culpas, y á pedirle que les abriera las puertas del arrepentimiento.

II.

Amigo y deudo del condestable don Alvaro de

Universidad Internacional de Andalucía

Luna, tal vez ambicioso como el célebre privado, habia tenido ocasion de ver en él los efectos de la mudable fortuna; tal vez anticipándose á la historia, que más tarde hizo justicia al privado de don Juan II, conocia hasta qué punto eran injustas las persecuciones de que fué objeto, y todas estas causas, y acaso alguna oculta, le impulsaron á abandonar el mundo por el cláustro, y á buscar en la más humilde regla un correctivo á la soberbia que le habia dominado en los primeros años de su vida.

III.

Antes de llegar á Córdoba habia vivido en Valladolid, y en aquella ciudad habia conocido á fray Juan Perez de Marchena.

Uno y otro se estimaron, llegando á ser grandes amigos.

Su ejemplar virtud, su notable talento, su profunda sabiduría, habian aumentado el respeto y veneracion que inspiraba su rostro, y nada más á propósito que él, aunque en inferior esfera, podia hallar Colon para confidente de sus ideas y protector de sus desdichas.

IV.

Cuando llegó Colon al convento, estaban todos los frailes en el coro rezando vísperas.

Preguntó al demandadero por el guardian, y le

Universidad Internacional de Andalucía

anunció que no podria verle hasta despues que saliera del coro.

Colon entró en el templo para esperar.

La iglesia en aquellos momentos estaba casi desierta.

Sólo ardian á los lados del altar mayor dos lámparas, que despedian una débil luz.

El resto de la nave estaba casi á oscuras.

El aspecto que presentaba la iglesia era imponente.

Mucho más aún, si á la oscuridad se añadia el murmullo de la oracion de los frailes.

V.

Y sin embargo, Colon halló un dulce consuelo al encontrarse en aquella mansion de Dios, que tan bien retrataba el estado de su alma.

Postrándose de hinojos, elevó al cielo una ferviente plegaria.

—¡Dios mio;—dijo,—tú que lees en mi pensamiento; tú que has inspirado á mi inteligencia las ideas que abriga, apiádate de mí; haz que halle al ménos en el venerable eclesiástico cuya caridad voy á implorar, el consuelo que reclama mi alma, y si no, dáme fuerzas para soportar los infortunios con que quieres probar hasta qué punto debe ser grande la humanidad de los hombres más altivos ante el Criador.

Los murmullos del rezo de los frailes se extinguieron.

El coro quedó desierto.

Universidad Internacional de Andalucía

VI.

Colon se levantó y abandonó la iglesia.

Poco despues volvió á entrar en el locutorio, y se hizo anunciar al prior.

Fray Pedro Antunez acababa de entrar en su celda, y uno de los legos iba á servirle un parco refrigerio.

Apenas le anunciaron la llegada del forastero, dió órden para que le llevasen á su celda.

VII.

—Venís á tiempo,—dijo á Colon con amable sonrisa.—Tomad asiento, y compartid conmigo estos manjares.

—Os doy gracias por vuestra bondad; pero os agradezco la fineza.

—Hijo mio, nuestro mayor placer es dar lo que tenemos. Tomad asiento de todos modos, y decidme cuál es el objeto de vuestra visita.

Os traigo una carta del prior del convento de la Rábida.

—¿De mi buen amigo fray Juan Perez de Marchena? ¡Dios sea loado! porque al fin voy á realizar uno de mis mayores deseos.

Hace ya mucho tiempo que nada sé de él. ¿Vos le habeis visto? ¿Está bueno?

Universidad Internacional de Andalucía

VIII.

Colon le refirió todo lo que le habia pasado desde su llegada á Córdoba, añadiendo que al ver lo infructuosa que habia sido la carta de recomendacion que fray Juan Perez de Marchena le habia dado para el confesor de la reina, le habia enviado otra nueva carta, que tenia el honor de entregarle.

Leyóla el superior del convento con marcadas pruebas de regocijo, y salpicándola de frases benévolas para el que la habia escrito, y despues de acabada su lectura.

—Pues figuráos que yo soy para vos fray Juan Perez de Marchena, y habladme con franqueza, disponiendo en todo y por todo de mi humilde persona.

Dios habia oido la plegaria de Colon.

IX.

Estaba tan poco acostumbrado Colon á esta clase de recibimientos, que no pudieron ménos de asomar á sus ojos las lágrimas producidas por la emocion que habia experimentado.

¿Cómo podia pagar aquella acogida tan bondadosa, sino confiando toda su historia y todas sus desdichas al superior del convento de Mercenarios?

Interesado vivamente por el relato del extranjero, el bondadoso fray Pedro Antunez, que tenia suficiente talento é ilustracion para comprender hasta qué pun-

Universidad Internacional de Andalucía

to debia prestar su atencion á las ideas del recomendado de su buen amigo fray Juan Perez de Marchena, y que al mismo tiempo comprendia lo doloroso de la situacion de Colon, sintiendo hácia él un vivo afecto, y deseando al mismo tiempo que cumplir con los deberes de su conciencia, con los de la simpatía que le habia inspirado el extranjero, le tendió la mano.

X.

—No en balde fray Juan Perez de Marchena os ha enviado á mi casa. Desde este instante pongo una de mis habitaciones á vuestra disposicion, y no sólo el hospedaje, que es muy poco para persona de tantos merecimientos como sois vos, sino cuanto podais necesitar para vuestra subsistencia y para llevar á cabo los proyectos que abrigais, lo pongo desde ahora á vuestra disposicion. Y no son estas, palabras cortesanas, sino la expresion de mis verdaderos sentimientos.

—Os agradezco vivamente tanta fineza, y creed que si en algun apuro me hallara, que si tuviera necesidad de algun auxilio, vendria á suplicaros que me favoreciéseis, del mismo modo que lo haria con el prior de la Rábida, á quien tantas bondades debo.

Pero hoy, gracias á Dios y á la munificencia del caritativo fray Juan Perez de Marchena, cuento con recursos para vivir algun tiempo, y confio, con vuestra proteccion, en poder alcanzar una entrevista de los reyes, para poder exponerles los proyectos que constituyen toda mi vida.

Universidad Internacional de Andalucía

—De cualquier modo,—añadió fray Pedro Antunez,—confio en que vendreis á verme á menudo, y siendo como soy tan aficionado á las ciencias, tendré el mayor placer en oiros, en conocer vuestra opinion sobre materia tan importante como la navegacion, y al mismo tiempo, en apreciar las ideas que vuestra imaginacion ha despertado en vuestra alma y que la reflexion ha madurado.

XI.

Colon se despidió del prior del convento de Mercenarios, y al salir de allí llevaba la esperanza en el corazon.

Estaba acostumbrado á leer en la fisonomía de los hombres las condiciones de su carácter, y habia comprendido que fray Pedro Antunez era un hombre leal y que al prestarle su apoyo gozaria en extremo.

Por de pronto, y entre otras cosas, le habia ofrecido emplear toda su influencia para ponerle en relaciones con el arzobispo de Toledo, que se hallaba á la sazon en la córte, que tenia gran influencia en Palacio, que era tambien muy aficionado á las ciencias y muy amigo de proteger á los desvalidos.

Colon estaba seguro de que entre uno y otro lograrian proporcionarle la audiencia que con tanto afan solicitaba, y satisfechas sus esperanzas por una parte, su pensamiento buscó de nuevo los recuerdos que Beatriz habia dejado en él.

Universidad Internacional de Andalucía

XII.

Las palabras que habia pronunciado Beltran para manifestarle las sospechas que abrigaba acerca de los móviles que habian impulsado á su ama á abandonar la córte, eran sin duda alguna la verdad.

Pero por la misma razon, le mortificaba más aún que si hubiera sido una mal fundada conjetura.

No habia duda; la maledicencia se habia cebado en aquella mujer virtuosa, y habia atribuido un fin perverso á lo que no era en ella más que un sentimiento de piedad.

De lo contrario, ¿hubiera renunciado á la brillante posicion que ocupaba cerca de la augusta soberana, y habria ido á sepultarse en un rincon ignorado acaso para siempre?

Y que eran ciertas las apreciaciones de Beltran, lo demostraban las órdenes que le habia dado su señora al partir.

Colon estaba seguro de no haber dado motivo á aquella inesperada ausencia.

Porque de haberlo dado, le hubiera retirado Beatriz por completo su gracia, le hubiera dejado sumido en el abandono, y no hubiera mandado á su paje que velase por él, que se anticipase á sus deseos, y que procurase que no le faltase nada absolutamente.

Todo esto demostraba que habia tenido que obedecer á la imperiosa ley de las circunstancias al alejarse de la córte.

Universidad Internacional de Andalucía

Pero de cualquier modo, si no la causa moral, habia sido la causa material de aquella dolorosa partida.

XIII.

Colon aguardó algunos dias antes de volver al convento de Mercenarios.

Aprovechemos este intervalo para indicar cuál era la situacion del ánimo de Beatriz.

En el primer instante, satisfecha su dignidad, porque habia tenido bastante valor para dominar un sentimiento que llenaba su alma, creyó que habia podido vencer para siempre la debilidad que habia empezado á notar en su corazon.

XIV.

Retirada á la casa que le habian dejado en Baeza los padres de su madre, casa en donde habia pasado una temporada durante su niñez, los recuerdos de la infancia ocuparon las largas horas de su soledad.

Pero á los pocos dias de su llegada nada le distraia; ni las labores propias de su sexo, ni los paseos, ni el cuidado de las flores de su jardin, ni los melodiosos sonidos que arrancaban al arpa sus delicados dedos, bastaban á satisfacer la necesidad de emociones que experimentaba su alma.

XV.

Era natural que esto sucediese.

Habia abierto un momento su corazon al amor, y

Universidad Internacional de Andalucía

cuando el amor penetra en el corazon de una mujer, causa infaliblemente los mayores estragos.

Los matices de las flores le parecian pálidos.

Veia en su imaginacion colores más vivos que los que ellas tenian.

Las notas que arrancaba al arpa no bastaban á expresar los gemidos de su corazon.

Todo le parecia triste, sombrío, y era por que guardaba en su pecho un sentimiento dulcísimo, que no podia manifestar, y esto era muy suficiente para que viera oscuros todos los horizontes.

El sueño se alejaba de sus ojos desde el momento en que, cediendo al cansancio, buscaba el reposo en el mullido lecho.

Entonces, en medio de la soledad y del silencio que reinaba en torno suyo, su imaginacion calenturienta evocaba esperanzas que hasta entonces no habia querido ver ni oir.

XVI.

La imágen de Cristóbal Colon no se apartaba un instante de su vista.

El secreto de su historia penetraba en su corazon, y hasta sentia, al pensar que otra mujer le habia llamado su esposo, una pesadumbre tan grande, que no tenia más remedio que confesarse, al fin y al cabo, despues de aquellas largas horas de insomnio, que el interés que le inspiraba el extranjero era mucho mayor del que sólo inspira la más cariñosa amistad.

Universidad Internacional de Andalucía

No queria, sin embargo, pronunciar el verdadero nombre de su enfermedad... de su enfermedad, que no era otra que el amor.

XVII.

En los primeros años de su juventud habia luchado y habia vencido.

Engreida con este triunfo, se figuraba que su corazon estaba cerrado para siempre al amor, y no era así.

El torrente comprimido tanto tiempo, pugnaba por hallar salida.

El afecto que habia despertado en su alma Colon, era ya una pasion de las más violentas.

Pero todavía tenia fuerzas para reprimirla.

XVIII.

—¿Qué seria de mí,—pensaba en medio de su delirio;—qué seria de mí, si cediendo á la voluntad de esta sed que me abrasa, diese alas al deseo? ¡Oh! ¿Qué pensarian de mí aquellos á quienes he desdeñado? ¡No, no, Dios mio! Antes la muerte que ceder al influjo de esta ilusion, que al mismo tiempo me hiere y me acaricia.

Y sin embargo, despues de haberse hecho estas reflexiones, despues de haberse resuelto á dominar al amor, en vez de ser su esclava:

—Si yo pudiera favorecerle,—se decia;—si yo lo-

Universidad Internacional de Andalucía

grase prestarle apoyo sin que él lo supiera, ¡qué felicidad tan grande la mia!

XIX.

En el amor, esta clase de ideas no son más que una retirada ficticia.

Es una tregua, un paréntesis de la pasion, para tomar mayor impulso.

Inés, que habia desarrollado su alma al calor del cariño de su ama, por más que adivinase los pensamientos que turbaban su razon, no se atrevia á dar crédito á sus sospechas.

Estaba tan acostumbrada á verla defenderse del influjo del dios vendado.

Y sin embargo, notaba que poco á poco iba perdiendo el terreno que habia ganado en su corazon.

XX.

Beatriz, que hasta entonces habia sido la bondad misma, se mostraba irascible.

Nada le contentaba, todo lo encontraba mal hecho.

Parecia como que necesitaba desahogarse riñendo á sus criados.

Cuando esto sucedia, no podia ménos Beatriz de retirarse á su habitacion, y allí á solas lloraba, porque comprendia muy claro, que su irascibilidad, su despecho, su desden para con sus servidores, no era otra cosa más que un desahogo injusto, que le probaba

Universidad Internacional de Andalucía

hasta qué punto estaba presa sin querer en las redes del amor.

XXI.

Una tarde, despues de haber pasado el dia en la mayor agitacion, salió á dar una vuelta por su jardin acompañada de Inés.

—¿Qué tienes?—le preguntó Beatriz.

—Nada, señora.

—En vano tratas de ocultármelo; adivino perfectamente la causa de tu tristeza.

—¡Oh! ¡No creais!...

—Tal vez me culpas...

—¡Por Dios, señora!

—La causa de tu tristeza no es otra que la ausencia de Beltran. ¿Me he engañado?

—Ya sabeis que no sé mentir; es cierto.

—Y si está ausente, es por mi causa.

—Es vuestro servidor, y se complace en obedecer vuestras órdenes.

—Pero tú,—añadió Beatriz con sonrisa de bondad,—le agradecerias más que no me obedeciese.

—¿Podeis pensar eso de mí?

—No me lo ocultes; sé que le amas mucho.

—Sí, le amo más que á mi vida,—dijo Inés, abriendo su corazon para que saliera la emocion que la dominaba.

—¿Y eres feliz amando?—le preguntó Beatriz.

—¡Que si lo soy, señora! ¡Ah! ¿Qué seria la vida sin la esperanza, sin la realidad del amor?

Universidad Internacional de Andalucía

—¡Oh! no digas eso, Inés; el amor no es la felicidad, es el tormento.

—Vos no habeis amado, señora.

XXII.

Estas palabras, dichas con la mayor inocencia por Inés, hirieron como un dardo envenenado en Beatriz.

—No he amado, y Dios me libre de amar,—exclamó.

—No le pidais eso al Señor: yo comprendo que las desdichas de que habeis sido víctima, han podido cerrar vuestro corazon á ese dulcísimo sentimiento. Pero, ¡ay! cuando pienso que haceis todo lo posible por buscar la soledad, me entristezco, y pido á Dios en mis oraciones que os dé con el amor la felicidad que mereceis.

—Nunca me has hablado como ahora.

—Es que nunca os he visto tan taciturna, tan melancólica como desde hace algun tiempo.

—¿Tú has observado?...

—Sí; os debo tanto y es tanto mi cariño, que ya me he acostumbrado á leer en vuestros ojos.

—¿Y qué has leido, qué has leido?—preguntó Beatriz.

—He leido que no sois muy dichosa.

—¿Y por ventura crees que lo seria con el amor?

—¡Ah! Sí; pensad un solo instante en que el amor es la union de dos almas que se comprenden, que viven la una para la otra, que comparten en la vida las

Universidad Internacional de Andalucía

alegrías y los dolores, que al influjo de la felicidad que experimentan pueden sufrir con más resignacion toda clase de desdichas, porque el amor les lleva para conseguirlo á esa mansion dulcísima de la buenaventuranza, donde todo es sublime, donde todos los dolores del mundo no pueden penetrar.

Ved un ejemplo, señora.

Yo era una pobre aldeana á quien un sentimiento de ambicion separó del seno de su honrada familia.

Sin saber por qué, deseaba para mí las galas, la fortuna, el esplendor de las ilustres damas, á quienes alguna que otra vez habia visto en mi pobre aldea.

Alucinada por este deseo, llegué hasta el borde del abismo, y un corazon generoso me detuvo.

Beltran pudo empujarme á la perdicion, y sin embargo, un sentimiento generoso se despertó en su alma, y la pobre mujer abandonada, inspirándole el amor que hoy nos une, le hizo bueno, le hizo generoso.

El imploró vuestra proteccion para mí; me recibísteis á vuestro servicio, me colmásteis de favores, y á un tiempo sentí en mi corazon la gratitud y el afecto.

Cuando pienso que algun dia, gracias á vuestra bondad, nos unirá la bendicion del sacerdote, cuando pienso que tendré derecho para llamarle á los ojos del mundo esposo mio, poder velar á su lado, poder apartar de su corazon la tristeza, poder colmarle de felicidad, no me cambiaria por la mujer más poderosa del mundo.

—Te enloquece el amor.

—Tal vez sea cierto. Pero ¡ay! Muchas veces he

Universidad Internacional de Andalucía

pensado qué seria de mí si la desgracia me alejase de vuestro lado. Pobre mujer, abandonada en el mundo, sin recursos, sin amparo... ¡Oh! Me horroriza la idea de los padecimientos que sufriria si no contase con el cariño de Beltran. Pero con él, ¡oh! Dios me conserve siempre á vuestro lado; pero si la desgracia me separase de vos, en su afecto hallaria consuelo, amparo, proteccion, todo cuanto necesitase para vivir honrada y feliz.

¿Qué son las pobres mujeres si no logran con su virtud, con los sentimientos de su alma, inspirar á un hombre el deseo de amarlas y de protegerlas?

XXIII.

Todas estas reflexiones, muy acertadas por cierto, hacian meditar á su pesar á Beatriz, que no dejaba de comprender cuánto tenian de verdad.

—¿Y tú llamas amor á esas ideas?—le preguntó de pronto Beatriz.

—Amor son.

—No, egoismo.

Esta palabra demostraba bien claramente que habia ido mucho más lejos en su pensamiento.

—El amor que calcula, no es amor; el amor verdadero, es el que todo lo atropella, el que todo lo avasalla, es el que vive de los sacrificios, es el que dá por un instante de felicidad un siglo de martirio y de vergüenza.

Universidad Internacional de Andalucía

XXIV.

La exageracion de estas teorías demostraba cuán voraz era el incendio que se habia formado en el corazon de Beatriz.

Inés fijó sus ojos en ella para descubrir hasta qué punto podria continuar hablando de la misma manera que lo habia hecho.

Beatriz se detuvo.

Todo demostraba en su fisonomía que sufria muchísimo, que se formaba en su mente una tormenta, que no debia tardar mucho tiempo en estallar.

Despues de permanecer algun tiempo sin pronunciar una sola palabra, se retiró á su habitacion, donde pasó sola la mayor parte de la noche.

XXIV.

Al dia siguiente llamó á Inés, y estrechando su mano con afabilidad:

—Dios querrá que muy pronto labre tu dicha,—le dijo;—he perdido la gracia de la reina, y no me atrevo á pedirle una espada para Beltran. Pero no importa: soy rica, y para nada necesito las riquezas. Si no se la conceden, yo le daré los medios para que pueda comprar un oficio en la córte, y sereis dichosos.

Estas reacciones eran muy frecuentes en ella.

No habia duda de que se hallaba en plena enfermedad.

Universidad Internacional de Andalucía

XXV.

Cuanto más meditaba en las palabras que le habia dicho Inés, á pesar de los triunfos que obtenia la razon sobre la obcecacion, se acercaba más y más al noble extranjero que le inspiraba aquel sentimiento.

Cuando volvia Beltran á darle cuenta de lo que pasaba, por más que al esperarle habia resuelto no preguntarle nada acerca de Colon, involuntariamente, obedeciendo á una fuerza superior, pronunciaba el nombre del extranjero, y deseaba saber hasta los más insignificantes detalles de su vida.

Beltran é Inés habian llegado á comprender lo que pasaba á su ama.

Pero ni aun ellos mismos se atrevian á decírselo.

Tal era la veneracion y el respeto que les inspiraba su dolor.

XXVI.

Una de las cosas que más sentia Beatriz, era que Colon hubiese respetado su secreto.

Verdad era que habia prohibido á Beltran que le dijese dónde se hallaba, y que se habia alegrado mucho de que al principio intentase saberlo.

Pero aquella resolucion tan pronta, tan fácilmente adquirida, aquella calma con que podia vivir lejos de ella, le llenaban de tristeza y hacian asomar muchas veces á sus ojos lágrimas de desesperacion.

Universidad Internacional de Andalucía

La llegada de Matías le sorprendió agradablemente.

XXVII.

—¿A qué se debe vuestro viaje?—le preguntó.

—Me envió á Córdoba el prior de Santa María de la Rábida para entregar una carta al señor Colon, y una bolsa con algunas doblas.

Esta última noticia le recordó las amarguras que pasaba su protegido, y admiró en él una vez más la delicadeza con que se negaba á recibir de ella auxilios pecuniarios.

—¿Le habeis visto?—le preguntó.

—Y tanto: el pobre está muy aviejado. El poco tiempo que ha trascurrido para mí sin verle, ha debido ser para él muy largo.

—¿Y cómo habeis sabido dónde yo estaba?

—Me lo ha dicho Beltran.

—¿Y fuísteis á despediros de Colon?

—Sí, sí; ¡facilillo era! ¿Despues de las instrucciones que me habia dado Beltran habia yo de ir? Le he jugado una mala pasada.

—¿Vos, Matías?

—Bien sabe Dios que me ha pesado. ¡Si viérais con qué afan me animaba el pobre, así que supo los deseos que yo tenia de ver á mi hija, á que la buscase!...

—¿Sin duda para saber dónde estaba yo?

—Naturalmente; y por cierto que anduve todo un dia de ceca en meca preguntando por vos, sin que nadie me lo dijese. Afortunadamente hallé á Beltran, y

Universidad Internacional de Andalucía

si él no me avisa, le cuento al señor Colon lo que, segun parece, quereis que ignore. Así es que aproveché una ocasion en que estaba ocupado, y me marché de la posada sin despedirme de él. Todavía puede ser que esté esperando mi vuelta para ver si le llevo alguna noticia.

—Sí,—dijo Beatriz de pronto;—se la llevareis.

—Pues ello ha de ser pronto, porque si vuesa merced no manda otra cosa, me voy mañana.

Mientras que el bueno de Matías pasó algun tiempo al lado de su hija y recibió algunos agasajos de la moza para él y para su madre, Beatriz trazó en un papel algunos caractéres.

—¿Supongo que pasareis por Córdoba al volver á la Rábida?

—No habia necesidad; pero si vos quereis...

—Sí; os suplico ese favor. Vais á llevarle á Colon esta carta.

—¡Cuánto me alegro! Me quita vuesa merced un gran peso.

Matías hablaba de corazon.

Beatriz, no pudiendo sostener más tiempo la lucha que la mortificaba, habia resuelto quemar las naves.

XXVIII.

El aldeano salió al dia siguiente muy de mañana para Córdoba y llegó muy entrada la noche; pero á tiempo para evitar que Colon llevase á cabo una resolucion desesperada.

Universidad Internacional de Andalucía

Los recursos que le habia enviado fray Juan Perez de Marchena se le habian agotado casi por completo, gracias á un acto de generosidad de su corazon.

XXIX.

Aquella misma tarde, pasando por una de las calles del arrabal, habia oido gritos desesperados en el piso bajo de una casa.

—¡Socorro!... ¡Socorro!...—gritaba una voz femenil.

Maquinalmente entró en la casa de donde salian aquellas voces, y halló á una pobre jóven, de diez y seis á diez y siete años, que al mismo tiempo que gritaba, subida en un taburete, pugnaba por desatar una cuerda de la que pendia un hombre.

XXX.

Aquella mujer era judía.

Se llamaba Rebeca.

El hombre que pendia de la cuerda era su padre.

—Caballero, caballero,—dijo al ver á Colon,—apiadáos de mí, y ayudadme á salvarle.

Un instante despues la cuerda estaba cortada, y el cuerpo del suicida caia exánime en los brazos de la jóven.

Entre ella y Colon le prestaron lo más eficaces auxilios, y le volvieron á la vida.

Universidad Internacional de Andalucía

Todavía respiraba; todavía habia esperanza de salvarle.

Acostáronle entre los dos en una cama, le arroparon bastante para proporcionarle una reaccion, y mientras tanto, Colon, que deseaba vivamente saber cuál era la causa de aquel conato de crímen, interrogó á Rebeca.

XXXI.

—¡Ay, caballero!—dijo la jóven,—no podeis imaginaros cuán grande es mi desgracia.

—Pues, ¿qué os pasa?

—Mi padre, mi anciano padre, el único amparo que tengo en el mundo, habia podido á fuerza de privaciones reunir una cantidad bastante crecida, que guardaba como si fuera un precioso tesoro. Nadie sabia en dónde la ocultaba: ni yo misma le habia inspirado suficiente confianza para revelarme ese secreto. Pero hace poco, cuando yo estaba más tranquila, le ví entrar azorado, con los ojos inyectados en sangre, con la respiracion trabajosa, y al verme, deshaciéndose en lágrimas:

—«¡Me han robado, hija mia, me han robado!—exclamó.—Corre, corre y avisa al curtidor Samuel para que él averigüe quién ha podido apoderarse de mi tesoro.»

—Salí inmediatamente; pero aun no habia llegado al extremo de la calle, cuando mi corazon me dijo que volviese, presintiendo una gran desgracia.

—Volví, y al llegar, ¡ay! ¡Dios mio! ¡todavía me

Universidad Internacional de Andalucía

horroriza el recordarlo! hallé á mi padre pendiente de esa cuerda que me habeis ayudado á cortar. ¡Dios mio, Dios mio! ¡Queria á su tesoro más que á su hija!

Y la pobre jóven se deshacia en lágrimas.

—Tranquilizáos, jóven,—dijo Colon.—Vuestro padre vive, y se arrepentirá de un acto que sólo ha podido llevar á cabo en un momento de desesperacion.

—¡Ah! Su desdicha será inmensa, porque es anciano, no puede trabajar, y habiendo perdido lo único que tenia, sólo nos queda la miseria.

XXXII.

No hay quien comprenda ni socorra con mayor entusiasmo á los pobres, que los pobres mismos.

Colon, olvidándose de su posicion, del oscuro porvenir que le aguardaba, maquinalmente metió la mano en el limosnero, y sacó de él una gran parte de las monedas que llevaba.

—Tomad,—dijo á la jóven hebrea,—y remediáos con eso.

—¡Ah! Gracias, caballero, gracias; permitid que bese vuestra mano,—dijo Rebeca.

Y al mismo tiempo le indicó con sus negros, rasgados y elocuentes ojos, toda la gratitud de que se hallaba poseida.

XXXIII.

Colon se despidió de Rebeca, y al marcharse se hizo esta reflexion:

Universidad Internacional de Andalucía

—Aún hay séres más desgraciados que yo en la tierra.

Y como era religioso de corazon, no pudo ménos de dar gracias á Dios y de pedirle fervorosamente que perdonara las acusaciones que fulminaba contra su suerte.

Pero más tarde, al llegar á la posada, al ver que se habia quedado poco ménos que sin recursos, pensó en fray Pedro Antunez.

—Me ha ofrecido el convento para que me sirva de morada; allí nada me faltará á su lado. Sus ofertas han sido hijas del corazon: iré á implorar su ayuda; porque sólo la caridad puede llevarme en medio de mis desventuras al puerto de salvacion.

XXXIV.

Resuelto estaba á llevar á cabo esta resolucion al dia siguiente, cuando llegó Matías con la carta de Beatriz.

—¿Me perdonais la mala pasada que os jugué?—dijo á Colon el aldeano.

—Con alma y vida... vos no habeis sido culpable.

—Bien sabe Dios que no... pero las apariencias me condenan, y si no me perdonais...

—Venga esa mano.

—Eso es otra cosa; ahora ya estoy contento, y me parece que voy á contagiaros con mi alegría.

—¿Habeis visto á doña Beatriz?

Universidad Internacional de Andalucía

—Pues no: me empeñé en buscarla, y soy más terco que un aragonés.

—¿Y sabeis dónde está?

—Naturalmente, pero no puedo decíroslo.

—Entonces...

—Ella me ha dado una carta para vos; tomadla.

Colon la cogió, y leyó en ella con avidez lo siguiente:

«No deseeis saber en dónde estoy,—le decia Beatriz;—pero aguardadme: yo os juro que no tardaremos en volvernos á ver.»

Esto era mucho más de lo que podia desear.

El amor comprimido en su pecho brotó á sus ojos convertido en lágrimas de gratitud y de esperanza.

Universidad Internacional de Andalucía

Capítulo XXIII.

La semilla del bien.

I.

Al dia siguiente de recibir aquella carta, que tanta dicha brindó á su corazon, fué á ver á fray Pedro Antunez, el cual, recibiéndole con gran intimidad y agasajo, departió con él largo tiempo acerca de sus proyectos.

El resultado de su conversacion fué que el guardian de los Mercenarios quedó admirado del peregrino ingenio de Colon.

II.

—He concebido un plan,—le dijo,—para apoyaros en vuestras pretensiones. Los pasos que he dado en vuestro obsequio me han demostrado que la incredulidad del confesor de la reina es uno de los más poderosos obstáculos con que tendremos que luchar, y como á ella se une la incredulidad de los cortesanos, es-

Universidad Internacional de Andalucía

tos, que pueden más que nosotros, destruyen nuestra obra. Tened paciencia; el que ha esperado tanto tiempo, aun puede esperar más para no malograr sus ideas.

—Estimo en mucho vuestro consejo,—dijo Colon,—y estoy seguro de que me habeis comprendido, y de que al ayudarme tendreis un verdadero placer; por lo tanto, estoy á vuestras órdenes!

—Quiero que sepais mi plan: hay en España un insigne prelado, de gran talento y superior penetracion, de una bondad sin límites, y tiene tal influencia en la córte, que le llaman el tercer rey de España: es el arzobispo de Toledo.

—En efecto: he oido ponderar las nobles prendas que le acompañan.

—Yo le conozco mejor que todos, porque he vivido algun tiempo á su lado, y sé que su mayor satisfaccion es volver la esperanza á los que la han perdidido, é interpretar en la tierra la voluntad de Dios, contribuyendo á dar el premio á los que lo merecen.

Está en Castilla contribuyendo á propagar, al mismo tiempo que los santos principios de nuestra religion, la política á la vez cristiana y grandiosa de nuestros reyes. Pero de un momento á otro debe llegar á Córdoba.

Hoy, en los Consejos de su majestad, se ocupan activamente en combinar los medios de llevar á cabo el pensamiento de doña Isabel, cuya realizacion es el más vehemente deseo de don Fernando.

Las recientes batallas ganadas á los moros, hacen seguro el triunfo. Reconcentrados los infieles en el

Universidad Internacional de Andalucía

espacio que media entre Granada y Almería, todo hace presumir que las armas cristianas, venciéndoles en todos los combates, les alejarán para siempre de este país, en el que la unidad monárquica debe llegar y seguir en todo su apogeo á la unidad religiosa.

Tened paciencia para esperar su venida, y no dudeis, que lo que él no consiga de los reyes, no lo alcanzará nadie. Es la única influencia que puede contrarestar la que ya ejerce en vuestro asunto fray Fernando de Talavera.

III.

La expresion del rostro de Colon al oir aquellas palabras, hizo comprender claramente al mercenario, que si no tenia ánimos para esperar, no era por que faltasen fuerzas á su alma, sino á su cuerpo.

—Ya os he dicho,—añadió,—que en esta santa casa puedo daros hospitalidad, que podeis disfrutar á nuestro lado de todo cuanto poseemos.

IV.

Colon hubiera aceptado de buena gana aquel ofrecimiento, tanto más, cuanto que el dia anterior habia pensado ir á pedirle á fray Pedro Antunez hospitalidad.

Pero pensó que de acceder, perdia la libertad de accion, y prefirió la pobreza con la esperanza de ver muy pronto á Beatriz, á la prosperidad con la certeza de una perpétua clausura.

Universidad Internacional de Andalucía

—Os doy de nuevo gracias por vuestras mercedes; pero lo único que os suplico, es que me proporcioneis, cuando tengais ocasion, los medios de vender los globos y los mapas que hago para ganar el sustento. En los conventos son muy útiles; vos tendreis relaciones con todos los de vuestra órden, y esto me basta para satisfacer mis escasas atenciones.

V.

Fray Pedro Antunez le encargó algunos trabajos, más que por nada, por tener ocasion de ayudarle.

No era aquello gran cosa para esperar á que su porvenir se convirtiese en presente.

Pero habia dicho la verdad.

Sus atenciones eran muy escasas, y esperando á Beatriz, pensando en ella, las escaseces que sufria no eran para él ni siquiera privaciones.

Trascurrió un mes de esta suerte, yendo á menudo á ver al mercenario, con el que conversaba acerca de su proyecto y discutia los puntos más importantes de la ciencia geográfica.

VI.

Un dia, despues de haber pasado muchos en que no habia ido á verle Beltran, entró el paje en su habitacion.

—Os noto muy contento,—dijo Colon.

—Es cierto, lo estoy mucho.

Universidad Internacional de Andalucía

—¿Traeis buenas noticias?

—Muy buenas: mi ama regresa á Córdoba.

Con estas palabras comunicó toda su alegría á Colon.

—¿Cuándo regresa?—preguntó con ansiedad.

—Mañana mismo. Bondadosa para conmigo y para con Inés, nos ha otorgado su licencia para que nuestra union se verifique muy en breve, y una vez enlazados, me vá á dar sus poderes para que administre los bienes que ha heredado de sus padres en Baeza.

—¿Y ella partirá con vos?

—Nada me ha dicho; pero creo que no: la reina, que la estima mucho, no ha podido pasar más tiempo sin su compañía, y la ha mandado á llamar.

—¿Esto más?—pensó Colon, creyéndose cerca del colmo de la felicidad.

VII.

Despues de la revelacion que le habia hecho Beltran, podia Colon dirigirle algunas preguntas, sin ser indiscreto, acerca de lo que habia pasado á su ama durante su ausencia; pero al ir á formular su pregunta, se vió sorprendido por la llegada de maese Repulgo, que entró seguido de un anciano y de una jóven en la estancia de Colon.

—Estas buenas gentes vienen á veros,—dijo el posadero.

Universidad Internacional de Andalucía

VIII.

—Perdonad,—dijo Isac, que este era el nombre del padre de Rebeca.—Os debo algo más que la vida, y he querido venir á demostraros mi gratitud. Mi hija me ha dicho que vos fuísteis quien me libró de la muerte, cortando la ligadura que yo mismo habia atado á mi cuerpo en un momento de desesperacion. Despues de recuperar la salud, cesó la causa que habia motivado mi arrebato. El dinero que me habian robado ha parecido; con él puedo labrar la dicha de mi hija. Natural es que venga á veros, á daros gracias y á manifestaros toda mi gratitud. Tomad, tomad,—añadió,—de manos de mi hija este anillo, que lo estima en mucho, por haber sido de su madre. Ella me ha pedido licencia para dároslo como una muestra de su agradecimiento, y yo mismo he querido acompañarla para bendeciros una vez más, y ofreceros todo cuanto soy, todo cuanto tengo.

Rebeca se adelantó á ofrecerle el anillo.

—Lo conservaré,—dijo Colon,—para tener el gusto de regáloslo de nuevo cuando vengais á anunciarme vuestra boda.

—Eso no será nunca,—dijo Rebeca.

IX.

Estas palabras indicaron á Colon que aquella jóven encerraba un secreto en su alma.

Universidad Internacional de Andalucía

Beltran, que asistió á aquella escena, hizo varias preguntas, y cuando Isaac y su hija se alejaron, felicitó á Colon por haber salvado la vida á aquel hombre.

Al dia siguiente refirió á su ama la escena que habia presenciado, y esta noticia fué más tarde para Beatriz un rayo de luz, que aprovechó en obsequio de su protegido.

X.

Colon aguardó con impaciencia la llegada de Beatriz á Córdoba; pero á medida que avanzaba el tiempo, se sentia con ménos ánimos para presentarse á su vista.

Con el pensamiento habia ido tan lejos en su intimidad, que temia no saber cómo hablarla, porque la verdad era que al despedirse se habian separado como dos amigos, como dos hermanos cuando más, y al volver á verse era muy distinto el sentimiento que llenaba su alma.

XI.

La reina, que pensaba con frecuencia en su dama, no la habia mandado llamar.

Preocupada con las grandes cuestiones que se ventilaban en aquellos momentos, tenia que sacrificar al esplendor de su monarquía las afecciones íntimas de su corazon.

Pero Beatriz, que ya no podia vivir más tiempo separada de aquel hombre que tan vehemente pasion habia despertado en ella, quiso al ménos justificar la

Universidad Internacional de Andalucía

resolucion que tomaba volviendo á Córdoba, no sólo á sus ojos, sino á los de Beltran é Inés, sus servidores favoritos.

Si se anticipó á los deseos que ambos tenian de unirse, fué para hallar una ocasion de alejarlos de su lado, porque su altivez no podia permitir que los que la habian contemplado fuerte gozasen en verla débil.

Por otra parte, tampoco queria que Colon atribuyese á su influencia su regreso, y por esta razon mandó á Beltran que al anunciarle su resolucion le indicase que volvia á Córdoba por mandato de los reyes.

Beatriz y Colon temian su primera entrevista, despues de una ausencia que tan larga les habia parecido, y al mismo tiempo la deseaban.

XII.

Al fin se celebró.

Los dos comprendieron al verse que habian sufrido mucho.

Ella habia perdido los hermosos colores que asemejaban sus mejillas á las de una niña de quince abriles.

En él, la enfermedad, la ausencia, acaso las privaciones, habian dejado huellas dolorosas.

Cada cual de los dos habian pensado las palabras que deberian pronunciar en el momento de verse; y sin embargo, al hallarse uno en frente de otro, se olvidaron por completo de cuanto habian calculado, y ella, dominándose más que él, le acogió con cierta frialdad.

Universidad Internacional de Andalucía

XIII.

Como si no se hubiera enterado por Beltran de todo lo que habia pasado á Colon, le preguntó en qué estado se hallaban sus asuntos, demostrándole que no se habia preocupado de él absolutamente en todo el tiempo que habia durado la ausencia.

Esta conducta dejó helado á Colon.

Aquella mujer no le amaba, ni podria amarle.

De otro modo, no le hubiera recibido con tanta frialdad.

—¿Podré volver á veros?—se atrevió á preguntarle Colon al despedirse.

—Venid cuando gusteis,—añadió Beatriz en el mismo tono.

XIV.

—¡Nécio de mí,—se dijo el pobre genovés,—vivia de ilusiones y las pierdo otra vez! No hay sentimientos en su alma: no es una mujer, es una estátua de mármol.

Y el infeliz resolvió no volver á verla, olvidarla, trocar su amor en ódio, porque creia que habia jugado con su corazon.

Para justificar este deseo, procuró verla bajo el punto de vista de todos sus defectos, sin hallar ninguno.

Quiso culparla de cruel, y el recuerdo de la piedad que le habia demostrado, y de la benevolencia con

Universidad Internacional de Andalucía

que le habia tratado aun aquel mismo dia, sin que él tuviera títulos para despertar en ella el más insignificante interés, le hizo considerarla como la más caritativa, como la más buena de todas las mujeres.

Dejó pasar algunos dias sin verla, dias de atroz martirio para él, y una mañana se presentó á buscarle el padre de Rebeca.

XV.

—Os extrañará mi visita,—le dijo;—pero, ¡qué quereis! Soy muy agradecido, y los que me hacen un bien, pueden estar seguros de que hasta que se lo pague, no estoy tranquilo.

—Yo no he hecho nada por vos,—dijo Colon.

—Me habeis dado la vida, y fuerza es que la consagre á serviros. Pero vamos al caso. Hablando de vos, me han dicho que haceis mapas preciosos, y que fabricais globos en los que pueden estudiarse las divisiones de la tierra. Un gran amigo mio, rico mercader, que comercia con los más nobles señores, quiere compraros unos cuantos globos y una buena porcion de mapas, que, si los venden bien como espero, continuará ocupándoos. ¿Podeis comprometeros á servirme?

—No cuento con más recursos que con mi trabajo,—contestó Colon;—por lo tanto, os agradezco la proposicion, y la acepto.

—Pues en ese caso, tomad á cuenta esta bolsa. En ella hallareis cien doblas, y cuando necesiteis más pedidme; ya ajustaremos cuentas.

Universidad Internacional de Andalucía

—Sin embargo, es preciso que sepa vuestro amigo el premio de mi trabajo.

—Harto lo sabe ya, y como tiene buen corazon, y está seguro de que le pagarán muy caros los mapas y los globos, sacareis más partido con él que con cualquiera otro.

Colon aceptó aquella cantidad, porque estaba seguro de ganarla, y bendijo á la Providencia que le proporcionaba medios para vivir cuando lo creia todo agotado.

XVI.

Isaac no habia cumplido más que la mitad de su propósito al ir á casa de Colon.

—Ahora, amigo mio,—le dijo,—desearia pediros un favor.

Nada más lógico en un judío.

Colon adivinó que la generosidad que habia desplegado para con él iba á encontrar la remuneracion en el favor que se proponia pedirle.

—Hablad con confianza,—le dijo.

—Pues bien: vos conoceis á mi hija; más que por nada, porque no tiene madre, deseo darla una buena compañía. Sé que una ilustre dama que os estima y protege, doña Beatriz Enriquez de Córdoba, casa á su camarista. Si vos os dignáseis hablarla de mi hija para que reemplazase á esa jóven, me haríais un señalado favor, y completaríais la obra de caridad que habeis hecho al arrancarme de los brazos de la muerte.

Universidad Internacional de Andalucía

XVII.

Colon se apresuró á aceptar aquel encargo, no tanto por que Rebeca le habia inspirado simpatías, sino por que le proporcionaba un pretexto para volver á ver á Beatriz.

Fué en efecto á verla, y entonces le recibió con una amabilidad inaudita.

XVIII.

—No os creia tan egoista,—le dijo.

—¿Egoista yo, señora?

—Sí por cierto.

—No comprendo la causa de esa acusacion.

—Habeis dejado trascurrir muchos dias sin venir á verme, y antes, cuando tenia influencia, cuando podia ser útil á la realizacion de vuestros proyectos, os veia más á menudo.

A estas palabras unió una mirada, en la que el ménos lince hubiera notado la pasion que ardia en su pecho.

XIX.

Todas las dudas de Colon se disiparon.

Alentado por la amabilidad de Beatriz, cuando esta la dijo que al dia siguiente se verificaria la boda de Inés y de Beltran, le habló en favor de Rebeca.

Universidad Internacional de Andalucía

—Vos la recomendais y eso basta; que venga, y si merece mi proteccion, no sólo reemplazará á Inés en el puesto de mi primera servidora, sino en el afecto que siempre la he profesado.

El cariño con que le habia recibido aquella segunda vez, acabó de volverle loco.

XX.

¿Qué clase de sentimiento era el que le inspiraba?

¿Qué mujer era aquella tan desigual?

¿Lo era efectivamente, ó le parecia á él que lo era?

A todas estas preguntas, sólo se daba una respuesta: que la amaba con toda su alma, que no podia vivir sin su amor.

XXI.

Rebeca entró al servicio de Beatriz el mismo dia en que Beltran é Inés, unidos por indisolubles lazos, partieron á Baeza.

La llegada de Beatriz se habia sabido en la córte, y la reina la mandó llamar.

—Basta ya de licencia,—le dijo;—necesito tu afecto, y quiero que vuelvas á mi lado.

No podia suceder otra cosa, y aunque lo sintió en extremo, Beatriz tuvo que conformarse con la voluntad real.

Pero al mismo tiempo, se prometió no pronunciar una sola vez el nombre de Cristóbal Colon delante de la reina.

Universidad Internacional de Andalucía

Otro motivo tenia para que le disgustara volver á Palacio.

Necesitaba renunciar á recibir á Colon, ó por lo menos, á recibirle en público.

XXII.

Como luchaba, como queria á toda costa defenderse, como preferia la muerte á aparecer débil á los ojos de los que tantas veces habian sentido y admirado su fortaleza, al pronto creyó que su vuelta á la córte le haria olvidar los sentimientos que la soledad habia inspirado á su alma, y recuperaria el valor que la habia abandonado.

Era ya tarde, muy tarde.

Habia preparado las cosas de tal manera, que no tenia más remedio que sucumbir.

XXIII.

Por medio de Beltran habia sabido la escena de Colon en casa de Rebeca, y la llegada del padre y de la hija á la posada con el fin de manifestarle su reconocimiento.

Al mismo tiempo de saber esto, habia descubierto en el rostro y en el traje de Colon las huellas de la pobreza.

Podia favorecerle; pero él era incapaz de aceptar sus socorros.

Por medio de su paje mandó llamar á Isaac.

Universidad Internacional de Andalucía

XXIV.

Apenas estuvo en su presencia, sobornando su codicia:

—Debo grandes favores á un hombre,—le dijo,—á quien tambien vos estais reconocido. Es noble, aunque desgraciado, y su nobleza le prohibe aceptar ni de vos ni de mí, lo que más necesita: auxilios pecuniarios. Pero vive de su honrado trabajo, y es necesario que no le falte nunca. Lo que yo no puedo hacer por mí vais á hacerlo vos, olvidando que yo os lo he encargado.

Entre los dos concertaron un plan, cuyos resultados conocen ya mis lectores.

Aun hizo más Beatriz.

Deseaba á toda costa para reemplazar á Inés una mujer que no conociera su pasado, que tuviera bastante fortaleza y discrecion para ocultar sus secretos y favorecerla en sus planes.

Quiso ver á Rebeca, la vió, comprendió que podia llenar cumplidamente sus deseos, y mandó á Isaac que pidiera á Colon que le recomendase á su hija, porque de esta manera justificaria más á los ojos del extranjero desgraciado el interés con que le proporcionaba los medios de vivir.

Al mismo tiempo nadie mejor que Rebeca podria ayudarla á realizar los planes que abrigaba en su mente, sobre todo si tenia que agradecer su fortuna al extranjero.

Universidad Internacional de Andalucía

XXV.

Así las cosas, no tuvo más remedio que dar al traste con sus propósitos y utilizar los medios que se habia proporcionado para llegar al colmo de su soñada felicidad.

Isaac trasladó su morada á una casa contígua á la de Beatriz, cuya puerta daba á un callejon sin salida.

Habia sido una antigua dependencia de la casa, y los últimos que habian habitado en ella fueron unos antiguos servidores de D. Iñigo Enriquez.

Hacia ya mucho tiempo que estaba deshabitada; pero nada tenia de extraño que hallándose Rebeca al servicio de Beatriz, viviera Isaac en aquella casa.

XXVI.

Colon habia sabido por fray Pedro Antunez que Beatriz habia vuelto á la gracia de la reina.

—Ahora más que nunca debo contener mi pasion,—se dijo;—podria considerar mi afecto como un medio de conseguir su proteccion.

Y muy á pesar suyo, y resolviendo al ver su estado de ocultarse de las promesas que habia hecho á fray Juan Perez de Marchena de partir de Córdoba, fué de nuevo una tarde á llevar á Isaac algunos mapas que habia concluido.

El judío quiso agasajarle y le obligó á que participara de sus manjares.

Universidad Internacional de Andalucía

—Gracias á vos,—le dijo,—al cabo de mis años he encontrado los medios de ver bien colocada á mi hija y de disfrutar de una gran parte de los beneficios que ella disfruta.

Esta habitacion la ha destinado para mí doña Beatriz. Por una puerta, que difícilmente puede hallarse á no saber el secreto, comunica con su palacio, y ha ha tomado en tan poco tiempo tanto afecto á mi hija, que la permite todas las noches venir á verme y traerme algo de los manjares que han sobrado de su mesa.

XXVII.

Aquella confidencia despertó un pensamiento en Colon.

Antes de partir para siempre necesitaba verla, y el único medio de realizar este deseo, sin comprometer en lo más mínimo su reputacion, era aprovechar aquella puerta secreta para llegar á su estancia, sin que se apercibieran de ello más que las personas quepor la gratitud deberian ocultarlo.

—¿Con que aceptais mi humilde ofrecimiento?—dijo á Colon.

—Lo acepto de buen grado,—contestó el genovés;—de esta manera, veré á Rebeca,—se dijo Colon,—y la suplicaré un favor.

XXVIII.

La jóven israelita no se hizo esperar.

De pronto se abrió una mampara, que parecia una parte de la pared y entró Rebeca.

Universidad Internacional de Andalucía

Sorprendida al pronto, no tardó en mostrarse bondadosa con el hombre á quien llamaba dos veces su protector.

Sirvió á Colon y á su padre los manjares que traia, y en tanto que Isaac fué á buscar una redoma, donde guardaba un vino que no solia sacar á luz más que en las grandes solemnidades, Colon habló á Rebeca.

XXIX.

—¿Puedo contar con vos?—la dijo.

—Os debo la vida de mi padre; mandadme.

—Pues bien: decid á doña Beatriz que me habeis visto aquí, que he resuelto partir para siempre de Córdoba; pero que antes necesito verla por la última vez; que sé que es imposible que yo pueda entrar en su casa á la luz del dia; pero que por esta comunicacion puedo llegar á su estancia sin comprometerla en lo más mínimo.

—Bien, sí; se lo diré.

—Volved á participarme su respuesta.

—¿Sin que mi padre se entere?

—¡Oh! sí; es necesario que él lo ignore todo.

—En ese caso volveré en seguida, y si veis que le alejo de aquí con cualquier pretexto, volved mañana á estas horas. El no estará aquí, yo os aguardaré, abriré la puerta sin que se aperciba, y entrareis á ver á doña Beatriz.

Universidad Internacional de Andalucía

XXX.

Isaac llegó con la redoma, y escanció el vino en el vaso de su huésped.

Rebeca se alejó.

Colon aguardaba con impaciencia su vuelta.

Trascurrió más de media hora; media hora que le pareció un siglo.

XXXI.

Ya se disponia á marchar desesperado, cuando se abrió de nuevo la puerta secreta.

—Padre, padre,—dijo Rebeca,—es necesario que vayais á casa de Samuel á buscar las yerbas con que cura el dolor de cabeza.

—¿Te encuentras mal?

—Sí, un poco, pero no es nada. Ya sabeis que con eso me pongo buena en seguida.

—Yo os acompañaré,—dijo Colon tratando de ocultar la alegría que aquella noticia le habia dado.

Samuel y Colon abandonaron aquella pobre morada, y aunque quiso el segundo acompañar al primero, este se obstinó en dejarle en su posada.

XXXIII.

Beatriz accedió á recibirle.

¿Seria para aconsejarle que partiera?

Universidad Internacional de Andalucía

¿Seria para disuadirle de su intento?
Colon esperó con ansia el dia siguiente.
A la hora señalada llamó á su puerta.
La puerta se abrió, y Rebeca estaba sola.

XXXII.

—Venid, venid,—le dijo,—y pensad para siempre, que siendo vuestra esclava, no haré más que pagaros el inmenso favor que me habeis hecho, salvando la vida á mi padre.

Rebeca le guió por una escalera estrecha, y sin que nadie los viera, le introdujo en la habitacion en donde estaba Beatriz.

Beatriz y Colon quedaron solos.

Universidad Internacional de Andalucía

Capítulo XXIV.

Dos almas en una.

I.

—Ya veis que vengo á veros como un criminal, dijo Colon; es tanta mi desdicha, que el mundo que me niega su amparo para todo, me prohibe tambien que pueda entrar á la luz del dia en casa de mi protectora.

—Haceis bien; y obedeciendo á sus leyes, que son muy duras, os lo confieso, me habia propuesto no volver á admitiros en mi casa; pero me han dicho que vais á partir, que estais resuelto á abandonar para siempre esta pátria, que tan poco hospitalaria ha sido para vos, y he sentido tal pena al oir esa resolucion, que aun á riesgo de pasar á vuestros ojos como una mujer débil, os he llamado y os he hecho entrar en mi morada de una manera que no es digna ni de vos ni de mí.

Universidad Internacional de Andalucía

—Os doy las gracias, porque si hubiera tenido que partir sin veros hubiera llevado la muerte en mi corazon.

—¿Pero estais resuelto á llevar á cabo vuestro propósito?

—Sí.

—Pensadlo bien.

—Lo he pensado; la fatalidad me persigue; he hallado en vuestro corazon piedad y sólo he conseguido daros disgustos, á vos que habeis vivido siempre en la tierra como los ángeles en el cielo. Todas las puertas se me han cerrado, hasta las de vuestra compasion, y ya no puedo vivir aquí.

II.

Pronunció con tal tristeza estas palabras, que Beatriz profundamente conmovida, le tendió su mano diciéndole al mismo tiempo:

—¡Pobre amigo mio!

—¿Aun me compadeceis?

—Si; aún siento en mí bastante afecto para lamentar esa resolucion que comprendo y deploro.

—Y, sin embargo, yo hubiera podido ser tan feliz, tan feliz... Voy á partir, señora; mañana me alejaré para siempre de este país, que no podré olvidar nunca, porque vivís bajo su cielo. Sed buena, sed generosa conmigo; permitidme que antes de alejarme de vuestro lado os abra mi corazon, os confie los sentimientos que le llenan. Si me oís, en medio de mis desventuras, esto será un consuelo.

Universidad Internacional de Andalucía

—¿Qué vais á decirme?

—Lo que no habeis adivinado, lo que tal vez no podreis sospechar.

—¡Ah! no; callad, callad,—dijo Beatriz.

—¿Me condenais á ese nuevo suplicio?

—¿Y quién os dice que no he leido en vuestros ojos la confesion que vais á hacerme?

—¡Beatriz!...

—Sí, Colon; por la misma razon de que he adivinado vuestro sentimiento os he cerrado las puertas de mi casa; por la misma razon estoy resuelta á aconsejaros que partais, porque la dicha que habeis soñado puede convertirse para nosotros en un tormento más atroz, más cruel, más terrible que el que sufrimos.

—Y si habeis conocido mis sentimientos, si conoceis el temple de mi alma, ¿quereis que devore en silencio las lágrimas que pugnan por salir á mis ojos? Oidme, oidme por piedad.

III.

Cuando yo estaba enfermo en el hospital de Lisboa, cediendo al cansancio, se cerraron mis ojos una noche y soñé.

Soñé que una mujer angelical compadecida de mi suerte me aconsejaba que saliese cuanto antes de Portugal, que buscase en España la realizacion de mis proyectos. Aquella mujer desapareció de mi vista, pero no pude olvidar la espresion de su rostro, el fuego de su mirada.

Universidad Internacional de Andalucía

Impulsado por su consejo abandoné aquella córte, en la que tanto habia sufrido, llegué á España, vine á Córdoba, entré en el templo y en él os ví por la primera vez. No habia duda; vos érais aquella aparicion sublime que me habia guiado á España; vos érais la que habia pronunciado frases consoladoras, mágico bálsamo para las heridas de mi corazon.

Os apiadásteis de mi, me brindásteis una leal, una desinteresada proteccion; mi alma sintió una viva gratitud hácia vos, y esta gratitud no tardó en convertirse en un afecto más vehemente, más grande. ¿Por qué no hé de decíroslo? En un amor eterno, en una pasion que llena mi vida.

Perdonad que el pordiosero de los reyes se haya atrevido á soñar en la ventura de vuestro cariño.

¡Ah! si supiérais cuánta felicidad me ha ofrecido la imaginacion con vuestro amor; si supiérais cómo al influjo de vuestra mirada renació en mi pecho la fé, la esperanza; si supiérais los sacrificios que hubiera hecho por hallar eso en vuestro corazon....

Vos érais una dama ilustre; yo un extranjero desvalido. Vos habíais sufrido mucho y habíais cerrado vuestro corazon al amor: yo habia sufrido tambien, pero necesitaba un amor para consolarme. ¿Qué habia de hacer sino amaros?

Os amé al principio sin esperanza. Era mi amor un purísimo sentimiento; más tarde se convirtió en pasion, y la pasion es avasalladora.

Despreciadme, aborrecedme, pero al menos oid-

Universidad Internacional de Andalucía

me una sola vez, una sola; yo os amo, yo os amo con toda mi alma.

Al decir esto cayó á sus piés, y besando la mano que Beatriz le abandonó, la cubrió con sus besos y sus lágrimas.

IV.

Beatriz no sabia qué responder.

Estaba conmovida.

Toda su resolucion se habia debilitado al influjo de la palabra mágica de Colon.

La pasion mal adormecida en su pecho se despertó de nuevo.

Todavía una vez más le recordó su conciencia los deberes que se habia impuesto, las desgracias que le aguardaban si cedía.

Pero la pasion venció á la razon, y despues de una breve pausa, con palabras en las que latia su corazon:

V.

—Colon,—le dijo,—no partais, no partais; yo tambien os amo y estoy resuelta á sacrificarlo todo á vuestro cariño.

Colon alzó los ojos, los fijó en los de Beatriz, y no dudó de sus palabras.

—¡Dios os bendiga!—exclamó,—soy vuestro esclavo.

Universidad Internacional de Andalucía

VI.

A pesar de la confesion que acababa de hacer Beatriz, se temió y le dijo:

—Ahora, partid; partid: que no sospeche nadie mi debilidad.

—Pero, ¿volveré á veros?

—¿Cómo, Dios mio, cómo?

—¡Ah! si me amáseis como yo os amo, arrostraríais todos los obstáculos.

—Venid á verme como esta noche; necesitamos un confidente que nos ayude: Rebeca lo será.

—¡Oh! sí; haceis bien; es incapaz de vendernos.

—Pero su padre es necesario que ignore los lazos que nos unen.

—Ella podrá alejarle todas las noches. ¡Oh! no temais; Dios que ha inspirado nuestro cariño, lo bendecirá; tened como yo fé y esperanza. Siendo mio vuestro afecto, nada me arredra.

—Adios, adios,—dijo Beatriz muy agitada.

—Adios, ídolo mio,—exclamó Colon, besando su mano.

Y se alejó.

VII.

—¿Qué es lo que he hecho?—pensó Beatriz.

Y despues de reflexionar un instante:

—No, no puedo vencerme, le amo más que á mi vida. ¡Dios mio, amparadme: sin él, la muerte!

Rebeca condujo á Colon por el mismo camino

Universidad Internacional de Andalucía

hasta la casa de su padre, que aún no habia vuelto, y le despidió.

Beatriz llamó á su camarista.

VIII.

—Te he dado una gran prueba de mi afecto,—la dijo.—Sólo tú puedes adivinar la debilidad de mi alma. Nadie me ha visto ceder un sólo instante á los halagos del amor. ¡Ay de tí si me vendes!

—No me conoceis, señora, si dudais de mí; no sólo por la veneracion, por el cariño que os profeso, sino por la gratitud que siente mi alma hácia el salvador de mi padre, seré vuestra esclava, y arriesgaré mi vida por vos.

IX.

Beatriz, obedeciendo á esa necesidad que tienen los que creen que delinquen de hallar cómplices:

—¿Y tú nunca has amado?—le preguntó.

—Sí, señora,—exclamó Rebeca bajando los ojos,—he amado, sí; pero he sido muy desgraciada.

—Yo protegeré tus amores,—dijo Beatriz,—queriendo ganar más y más la confianza en el corazon de Rebeca.

—Ya he perdido las esperanzas.

—¿Amais acaso sin ser correspondida?

—¡Quién sabe! Yo muchas veces creó que sí.

Rebeca le contó la historia de su amor.

Universidad Internacional de Andalucía

X.

No tenia quince años cuando un soldado, prendado de sus gracias, la requirió de amores.

Este soldado, jóven entonces, valiente, lleno de fé y entusiasmo, lo que habia juzgado como un pasatiempo al principio llegó á ser para él un verdadero afecto, porque la virtud de Rebeca desarmó sus livianas intenciones.

Los dos se hablaron sin que Isaac lo supiera, y en aquellas conversaciones procuraba el soldado apartarla de su secta religiosa é inclinar su alma hácia el catolicismo.

El soldado tuvo que partir á la guerra, y Rebeca quedó adorando su recuerdo.

XI.

La vida militar, las compañías, las aventuras acallaron sus buenos instintos, despertaron los malos, y cuando volvió, queriendo aprovecharse del amor que sentia hácia él Rebeca, aspiró á seducirla.

La jóven resistió, y aunque su amante perdió á sus ojos todo el prestigio que habia adquirido, cuando le vió ausente renació en su alma el cariño que le habia profesado.

Rebeca perdió de vista á su amante.

XII.

Sola en el mundo, sin madre á quien confiar sus penas, porque la habia perdido al poco tiempo de na-

Universidad Internacional de Andalucía

cer; reconcentró todo su cariño en su padre, la avaricia que dominaba al anciano desapareció á sus ojos, vió en él la imágen de la Providencia, y dotada como estaba de un alma generosa, capaz de los mas grandes sacrificios, amó á su padre con delirio.

XIII.

Natural era en vista de eso que agradeciera á Colon el beneficio que le habia hecho librando á su padre de las garras de la muerte.

Natural era tambien que al apercibirse de que Beatriz era el objeto de la adoracion de su protector y de que ella correspondia á su afecto se prestase á secundar sus planes.

Natural era en fin que al herir Beatriz una de las fibras mas delicadas de su corazon, respondiera contándole la historia de sus amores.

El resultado de aquella conversacion fué que Beatriz convirtió á Rebeca en su cómplice, y que la jóven se dispuso con alma y vida á proteger aquel amor que haciendo la felicidad de Colon y de su ama, era un consuelo á sus penas amorosas.

XIV.

Uno de los primeros obstáculos que tenia que vencer Beatriz era el de que Isaac no se enterase de que Colon entraba en su casa.

Nada mas fácil que comprar su silencio, porque era avaro; pero Rebeca habia hablado muchas veces con su ama lamentándose de aquella pasion que domi-

Universidad Internacional de Andalucía

naba al autor de sus dias, y era ofender á la hija sobornar al padre.

Pero Rebeca encontró un medio de alejarle de su casa.

XV.

Samuel el curtidor era muy dado al juego, y por las noches reunia á algunos de su tribu para jugar á los dados.

Rebeca aconsejó á su padre que fuera á casa de Samuel, y hasta le dió algunas monedas para que jugase.

Isaac ganó durante algunos dias, y ya no fué preciso más estímulo para él.

Todas las noches salia al anochecer, precisamente casi al mismo tiempo que Colon se despedia de maese Repulgo anunciándole que iba á ver á su protector Fr. Pedro Antunez.

Muchas veces se encontraban los dos en la calle.

Colon entraba en el callejon, é inmediatamente le abria Rebeca la puerta, y no tardaba en hallarse al lado de Beatriz.

XVI.

El amor llegó en Colon y en Beatriz á ser una necesidad de las más apremiantes de su alma.

Pero por la misma razon de que su amor era sincero parecia, aun cuando estaban solos, que un ángel velaba á su lado.

El verdadero amor respeta á su ídolo.

Universidad Internacional de Andalucía

Para qué repetir aquellas espansiones de su corazon, aquellos suspiros que se escapaban de sus lábios, aquellas esperanzas que acariciaba con su imaginacion, aquellos delirios de su fiebre ardorosa.

El torrente comprimido se desbordó.

Beatriz que habia sofocado tantas veces en su alma los sentimientos amorosos, los dejó libremente salir á sus lábios, y Colon en aquellos momentos no se cambiaba, en medio de sus desventuras, por los más poderosos soberanos de la tierra; porque todo su mundo era el amor de Beatriz, y lo poseia por completo.

XVII.

Una noche despues de haberse entregado largo tiempo á la espansion de su sueño:

—Somos unos locos y unos desventurados, esclamó Beatriz.

—¿Por qué, bien mio?

—Porque nos entregamos á un amor que no puede tener más consecuencia que nuestra desgracia.

—¿Qué dices?

—¡Ah! sí; cuanto más pienso en el estrecho lazo que nos une, mayor es el temor que me causa la seguridad de que ha de romperse porque no puede aparecer á la luz del dia.

—¿Por qué? ¿Acaso mi pobreza?...

—Tú eres más poderoso que todos los hombres de la tierra: arde en tu frente el génio; tu corazon no tiene igual; pero yo no puedo ser tu esposa.

Universidad Internacional de Andalucía

—¿Por qué? ¿Temes que te deshonre con mi nombre?

—No, eso nunca; pero preferiria la muerte, la vergüenza á tener que abjurar ante todos los que han oido mis enérgicas protestas contra el amor. ¡Oh! esta humillacion es superior á mis fuerzas, superior al amor mismo que te profeso.

Colon quedó abismado en sus pensamientos.

XVIII.

—¡Ah! dijo, ¿por qué no habré realizado ya mis esperanzas? Entonces tendria un nombre glorioso que ofrecerte; y hoy... tienes razon, la fatalidad es la que nos ha unido: la fatalidad es la que ha de concluir con nuestra dicha.

Pero yo te amo, yo te amo más que á mi vida; yo no puedo separarme de tí.

Si me rechazas, si quieres que rompamos este sagrado lazo que une nuestros corazones, haz que claven un puñal en mi pecho, yo te bendeciré en el instante supremo de nuestra eterna despedida; pero no tendré valor para apartarme de tí, para morir ausente de tu lado.

—¿Y qué hacer?

—Renuncia á tus riquezas, sé pobre como yo, ten fé en mi amor. Yo haré imposibles para que nada te falte; huyamos de España; léjos de ella podrás ser mi esposa. Yo buscaré en otros paises la proteccion que necesito. ¡Ah! ven, ven conmigo, no me abandones,

Universidad Internacional de Andalucía

y tendré valor para conquistar la gloria que ambiciono.

Tanta generosidad, tanto cariño, no pudieron ménos de conmover á Beatriz.

XIX.

—Has dicho que la fatalidad nos ha unido; sí, es cierto. Qué ella se encargue de separarnos ó de unirnos más aun si esos son sus designios.

Poco despues se resolvió Colon á partir.

Acababa de despedirse de su ama, cuando entró Rebeca con el semblante descompuesto, con la respiracion agitada, con los ojos desencajados.

XX.

—¡Señora, señora!—dijo.

—¿Qué pasa? preguntó Beatriz sorprendiéndose al verla de aquel modo.

—Mi padre ha llegado.

Y dirigiéndose á Colon:

—Es imposible que salgais,—añadió.

—¡Dios mio!—dijo Beatriz,—¿qué hacer en esta situacion?

XXI.

En un momento pensó que entonces ménos que nunca podia hacer su cómplice á Isaac.

Universidad Internacional de Andalucía

Pensó asimismo que no podia salir Colon por la puerta principal de su casa, pero conservarle en ella, pero acceder á que pasase allí una noche era imposible.

A tanto no se atrevia en presencia de su cómplice.

Colon, por su parte, pensaba que si no iba como tenia de costumbre á la posada, maese Repulgo temeroso de que le hubiera acaecido algo, saldria á buscarle y por de pronto se sabria que habia pasado una noche fuera de su hogar, y tendria que esplicar donde la habia pasado.

La complicacion era terrible.

XXII.

—No temais—dijo Colon de pronto—la noche está muy oscura y saldré por la puerta principal aprovechando un momento en que esté sola la calle.

—Sí, sí, es preciso,—dijo Beatriz:—vé tú Rebeca, vé delante y observa.

—Adios,—dijo Colon,—adios.

Beatriz se quedó en la mayor zozobra aguardando á que volviese Rebeca á decirla que Colon habia partido sin ser visto de nadie.

XXIII.

Al dar los primeros pasos oyó Rebeca á los criados que se hallaban en una antecámara, y pensando que tanto Colon como su señora se habian olvidado de aquellas gentes:

Universidad Internacional de Andalucía

—No, no,—se dijo,—es necesario que estos no sepan que ha estado aquí este hombre:

—Venid, venid,—añadió dirigiéndose á Colon.

Y llevándole á su aposento le ocultó en él.

XXIV.

No hacia mas que dejarle cuando oyó á su ama que gritaba pronunciando su nombre.

—¡Rebeca! ¡Rebeca!—decia Beatriz con angustioso acento.

Al dirigirse al cuarto de su ama, vió entrar de pronto por uno de los corredores de la casa á un hombre que llegaba todo azorado con una espada ensangrentada en la diestra.

—Ah!—exclamó reconociéndole al resplandor de una lámpara que pendia del techo.

—¡Rebeca!—dijo el hombre,—¿tú aquí?

—¡Martin!—esclamó la jóven,—¿qué pasa?

—Ocúltame, por Dios; acabo de matar á un hombre y la Santa Hermandad me persigue.

Olvidándose ante aquel hombre que era su amante, su amante á quien no habia visto en tanto tiempo, del servicio que acababa de prestar á Colon, instintivamente fué á abrir la puerta de su cuarto para ocultarle en él.

Pero recordando de pronto que era imposible:

—No, no entres aquí,—dijo colocándose delante de la puerta al mismo tiempo que el recien llegado iba á abrirla.

En esto se oyeron en la escalera voces.

Universidad Internacional de Andalucía

XXV.

Era la Santa Hermandad que subia acompañada de los escuderos de Doña Beatriz.

—Ya llegan,—ya llegan, gritó el que era perseguido;—si me encuentran mi muerte es segura, porque el hombre á quien he dejado tendido es un alto personaje.

—Ah!

—Por aquí, por aquí, gritó al mismo tiempo una voz, la de uno de los cuadrilleros de la Santa Hermandad.

El amante de Rebeca huyó precipitadamente en tanto que la jóven permaneció delante de la puerta de su habitacion para estorbar el paso á todo el mundo.

Beatriz continuaba llamándola.

Un segundo despues el corredor se llenó de gente.

Beatriz por distinto lado apareció tambien.

XXIV.

—¿Qué es lo que pasa?—preguntó reuniendo todas sus fuerzas para no descubrir el temor que sentia.

¿Por qué ultrajais mi casa de ese modo?

—Perdonad, señora,—dijo el oficial de la Santa Hermandad,—á la puerta de vuestra casa acaba de cometerse un asesinato. El asesino se ha guarecido aquí. El muerto es, á juzgar por su aspecto, un hidalgo: nuestro deber es buscar al culpable.

Universidad Internacional de Andalucía

—Aquí no está—decian los criados de Doña Beatríz.

—Yo respondo de que no está en mi casa,—exclamó.—No ignorais que soy dama de la Reina y que no hay derecho para ultrajar de este modo mi hogar.

—Teneis razon y os pido mil perdones,—dijo el oficial—pero ó me equivoco mucho ó la persona se ha guarecido en el cuarto que defiende vuestra camarista.

—¡Ah!—exclamó Rebeca,—comprendiendo todo lo horrible de su situacion.

—Eso no es verdad,—dijo Beatriz.

—No es verdad, señora; pero impedid que entren,—exclamó Rebeca.

—Ya comprendeis, señora, que el culpable está ahí; que esta mujer le ampara; que no tenemos más remedio que llevarle á sufrir el castigo que merece.

—No entraréis,—dijo Beatriz.

—En ese caso, señora, dispensadnos; nos retiramos; pero al hacer nuestras declaraciones diremos que vos misma habeis amparado el crímen.

—¡Oh! eso no,—exclamó Beatriz,—entrad, entrad.

Rebeca tuvo una inspiracion.

XXVII.

—Yo os juro,—dijo,—que aquí no hay nadie. Pero si no me creeis bajo mi palabra, en nombre de mi señora, en el mio, os suplico que mandeis alejar á toda esa gente: vos sólo entrareis en este aposento para

Universidad Internacional de Andalucía

convenceros de que habeis ultrajado á mi noble señora y á mí.

—Bien está.—dijo el oficial;—despejad.

Los cuadrilleros de la Santa Hermandad, los escuderos y los servidores de doña Beatriz, y las gentes de la vecindad que habian ido á enterarse de lo que allí pasaba, abandonaron la habitacion.

XXVIII.

Cuando estuvieron solos

—Oid,—dijo Rebeca al oficial;—oidme vos, señor, y perdonadme.

—¿Pues qué pasa?—preguntó Beatriz, no comprendiendo aún lo que iba á decir.

—El verdadero culpable no está aquí.

Y arrodillándose delante de su ama:

—Os suplico que me perdoneis, señora; en ese aposento está un hombre que es mi amante.

—¡Tu amante!

—Sí, entrad si quereis. Arrestadme,—añadió dirigiéndose al oficial de la Santa Hermandad.—El asesino era un soldado, ¿vos le habeis visto?

—Sí, un soldado.

—Pues bien, entrad.

Y abriendo la puerta, entró el oficial con la linterna sorda, en tanto que Beatriz estrechando la mano de Rebeca

XXIX.

—Gracias, gracias,—le dijo,—te debo más que la vida; te debo la honra.

Universidad Internacional de Andalucía

El oficial salió.

—Ahí dentro hay un hombre; no le conozco. Pero, ¿quién me dice que no se ha disfrazado?

—Aquí está, aquí está,—gritaron al mismo tiempo los cuadrilleros.

—Perdonad,—repuso el oficial;—oigo decir que ya le han preso; vos, señora, dispensadme el atrevimiento que he tenido, y si de algo valen mis ruegos, puesto que mi indiscrecion ha sido causa de que una de vuestras más leales servidoras haya tenido que hacer una confesion vergonzosa, os ruego que la perdoneis.

XXX.

El oficial se alejó, y efectivamente encontró al matador en poder de los suyos.

Rebeca habia salvado á su ama, sacrificando su honra para toda la vida.

Colon pudo aprovechar la ocasion para alejarse.

En cuanto al matador, cuando le preguntaron su nombre al llevarle al calabozo donde debia aguardar su sentencia, respondió que se llamaba Martin Carrasco.

Universidad Internacional de Andalucía

Capítulo XXV.

Esplicacion de un suceso.

I.

Al dia siguiente de aquel suceso, se habló de él en la ciudad, siendo, como acontece siempre, muchas y muy variadas las versiones que de él se hicieron.

Como la riña habia tenido lugar junto á la casa de Beatriz, los enemigos de esta dama, que eran todos los que habian solicitado sus favores y no los habian obtenido, y cuantos envidiaban la posicion que ocupaba en la córte, atribuyeron á su causa la pendencia que habia obligado á Martin Carrasco á ser de nuevo matador.

Otros, inspirados por lo que habia contado el oficial de la Santa Hermandad, decian que la causa habia sido la camarista de doña Beatriz, y los que más se aproximaban á la verdad, aseguraban que la cuestion

Universidad Internacional de Andalucía

habia empezado en un meson, donde jugaban á los dados el matador y su víctima.

En efecto: esta era la verdad.

II.

D. Mendo de Aguilera era un libertino en toda la estension de la palabra; y aunque pertenecia á una familia ilustre, manchaba los timbres de sus blasones pasando el dia en la ociosidad, y la noche en la crápula.

Martin Carrasco, que habia vuelto á hospedarse en el meson de maese Repulgo, habia conocido á don Mendo en una mancebía, y se habian hecho muy amigotes.

Una casualidad habia proporcionado á Aguilera ocasion de ver á Rebeca, y los hechizos de la jóven israelita le habian entusiasmado.

III.

Sin que ella lo supiera, hacia ya dias que rondaba su calle aguardando una ocasion en que poder hablarla, y precisamente ocupábase en esto cuando acertó á pasar á su lado Martin Carrasco, y le reconoció.

—¡Vos por aquí!—dijo,—qué os trae por estos barrios?

—Cuidados amorosos,—contestó D. Mendo.

—La noche está muy fria, y si quereis os ofrezco un buen jarro de vino y unos dados. ¿Traeis mucho dinero que perder?

—Algunas doblas.

Universidad Internacional de Andalucía

—Pues cenaremos bien en mi posada, y allí maese Repulgo nos proporcionará lo necesario para que honradamente pueda desbalijaros.

Dirigiéronse, en efecto, á la posada, y los dos amigos, á pesar de su diferencia de clase, se metieron en uno de los cuartos, y entre trago y trago de lo añejo, jugaron á los dados algun tiempo.

Martin Carrasco estaba de suerte.

IV.

En poco tiempo ganó veinte doblas á su contrincante.

—Decididamente voy á ser muy afortunado en amores,—le dijo el soldado.

Y temeroso de que si continuaba jugando volviese á ganarle aquel dinero Aguilera:

—Si quereis que dejemos el juego para que vayais á disfrutar de vuestra fortuna.

—No,—exclamó D. Mendo,—quiero seguir jugando.

—Es que vais á perder.

—Tanto mejor.

V.

Martin Carrasco ganó diez doblas más.

Aguilera comenzaba á ponerse de mal humor.

—¿Con que os traen los amores por estos barrios? —continuó el soldado.

—Si por cierto.

—Lo celebro infinito. Y ¿quién es ella?

—Ella es la mujer más hermosa de Córdoba.

Universidad Internacional de Andalucía

—Mucho decir es eso.

—Estoy resuelto á sostenerlo con la punta de mi espada.

—Os ha flechado, por lo visto.

—Mas de lo que quisiera.

VI.

La vena de suerte de Martin Carrasco empezó cambiar.

—Me habeis ganado cuatro doblas.

—Justo es que me resarza de mis pérdidas.

—¿Con que deciais?...

—Decia, mi querido Martin, que es la mujer más hechicera de Córdoba.

—Os he hallado frente á la casa de doña Beatriz Enriquez de Córdoba... ¿Habeis fijado en ella vuestros ojos?

—¡Ah! no; es una mujer de mármol. No hay quien pueda rendir su corazon. Pero la señora de mis pensamientos vive á su lado.

—¿Alguna de sus camaristas?

—La más bella de todas.

—¡Diablo! ¿Sabeis que me estais desplumando? Ya pierdo quince doblas.

—Todavía no perdeis; no hago más que recuperar lo mio.

—Y ¿cuál es el nombre de esa deidad que os enamora?

—Y qué os importa el nombre; acaso la conoceis?

—Teneis razon; hace ya tiempo que no conozco á

Universidad Internacional de Andalucía

los servidores de doña Beatriz, pero eso no importa.

—Ya estamos en paz,—dijo Aguilera,—¿quereis que lo dejemos?

—De ningun modo; ¿pues qué, creeis que habiendo perdido voy á quedarme satisfecho?

—No perdeis nada.

—Todo buen jugador pierde, si lo que ha ganado lo vuelve á perder.

—Pues adelante.

VII.

Los dados resonaron dentro del cubilete.

—Con que decid, decidme el nombre de esa sirena que os ha preso en sus redes.

—Es judía.

—¿Judia?—preguntó Martin Carrasco al mismo tiempo que se desesperaba porque ya perdia diez doblas.

—Sí; se llama Rebeca.

—¿Rebeca habeis dicho?

—Sí; he averiguado su nombre y todos sus antecedentes.

—Vaya, vaya, hablad.

—Es hija de un judío que se llama Isaac.

—¿Y decís que es camarista de doña Breatriz?

—Desde hace poco tiempo. Segun la historia que me han contado, un extranjero que vive en esta posada...

—¿Cristóbal Colon?

—Creo que ese es su nombre.

Universidad Internacional de Andalucía

—¿Y bien, qué?

—Agradecido al padre de la jóven que le encarga trabajos y se los paga bien, ha empleado su influencia para darla el puesto que ocupa cerca de doña Beatriz.

VIII.

No habia duda para Martin Carrasco.

La jóven á quien galanteaba ó aspiraba á seducir D. Mendo Aguilera, era la que habia sido objeto de su amor, la que se habia negado á satisfacer sus infames propósitos, y la que por esta misma razon le inspiraba al mismo tiempo cariño y respeto.

Y como al saber estas noticias vió que perdia,

IX.

—¿Sabeis,—dijo de pronto levantándose,—que el que ponga los ojos en esa mujer tiene necesidad antes de hablarla de matarme primero?

—¿Qué decís,—exclamó D. Mendo preparándose á rechazar aquel ataque de aquel hombre á quien á un mismo tiempo dominaban el amor propio herido y la pérdida del juego.

—Os digo que á esa mujer me unen estrechos lazos y que no consentiré nunca que un libertino como vos ponga en ella sus ojos.

—Bien se vé que habeis perdido; os ciega la rabia.

—Ese es un nuevo insulto.

—Tomadlo como querais.

Universidad Internacional de Andalucía

—Venid á darme cuenta de vuestras palabras,—dijo Martin levantándose y dirigiéndose hácia él.

—No solo á dárosla, sino á pedírosla.

—Salgamos.

X.

Los dos salieron con ánimo de dirigirse hácia el callejon sin salida en donde podian luchar sin temor de que los sorprendiesen.

Pero D. Mendo de Aguilera conocia demasiado la fortaleza del brazo de Martin Carrasco, y temiendo ser su víctima, precisamente al llegar cerca de la casa de Beatriz tiró de la espada, y se dirigió á él gritando:

—¡Muere, miserable!

Martin Carrasco pudo parar el golpe, y lanzándose con su daga sobre D. Mendo, se la clavó en el pecho, obligándole á caer exánime en medio de la calle.

XI.

Instantáneamente comprendió hasta qué punto se habia hecho culpable á los ojos de la justicia, y se refugió en casa de Beatriz.

La puerta estaba mal cerrada sin duda, puesto que cedió á su empuje, y subiendo precipitadamente las escaleras, llegó hasta donde estaba Rebeca y habló con ella lo que ya saben mis lectores.

XII.

Como D. Mendo pertenecia á una familia ilustre, apenas le reconoció la Santa Hermandad persiguió con

Universidad Internacional de Andalucía

mas encarnizamiento á su matador y se lo llevó preso.

La familia del muerto se mostró parte, y Martin Carrasco fué encerrado en un calacozo para aguardar su sentencia.

Rebeca, que no habia podido olvidar que aquel hombre habia sido su primer amor, tuvo que unir al sacrificio que habia hecho por su ama el dolor de no haber podido salvar á su amante.

Beatriz, que se habia conmovido profundamente con las escenas que habia presenciado, aguardó con ánsia el dia siguiente para averiguar cuál habia sido la suerte que habia cabido á Colon en aquellos tristes sucesos.

Ya estaba tan resuelta á sacrificarle hasta su vida, que no vaciló en decir á Rebeca que si era necesario confiar á su padre la verdad para que Colon fuese á verla aquella noche, se la confiase.

XIII.

Afortunádamente la codicia del viejo Isaac le hizo abandonar su casa como de costumbre al anochecer, y Colon, que por su parte deseaba tambien ver á Beatriz, voló á su lado.

—Jamás os pagaré lo que habeis hecho por mí,—dijo á Rebeca estrechando su mano con gratitud.

—No he hecho más que pagar una deuda,—dijo la jóven sin poder ocultar su emocion.

XIV.

Las cosas habian llegado á tal estremo para Bea-

Universidad Internacional de Andalucía

triz y Colon, que era ya de todo punto imposible permanecer en la situacion en que se hallaban.

O tenian que renunciar á su amor, y este era un sacrificio superior á sus fuerzas, ó tenian que santificar el lazo que unia á sus almas; ó tenian, por último, que ocultar á todo el mundo las relaciones que entre ambos existian.

La escena que tuvieron los dos fué en estremo acalorada.

XV.

—Oye mis ruegos—dijo Colon—si el amor puede en tí mas que el orgullo pidamos á la religion que bendiga el cariño que nos profesamos. Y para que nadie pueda creerlo y tu no crees porque conoces mi corazon, para que nadie pueda pensar que es egoista el cariño que te profeso, huyamos de España. Recorramos otros paises: yo lograré en ellos que me hagan justicia.

A todo estaba resuelta Beatriz menos á dar su brazo á torcer, como se dice vulgarmente.

—Si yo te amo mas que á mi vida—le decia—no crées que tendré un placer al darte mi mano en que disfrutes de todo cuanto es mio? Pero no es eso; es tal vez mi capricho, llámalo como quieras, pero en mí es una fuerza superior á todo. He asegurado mil veces que ningun hombre me dominaria y prefiero la muerte á tener que hacer esa confesion.

—Esa obstinacion es horrible; no me amas.

—Que no te amo? Si no te amara habrías rendido

Universidad Internacional de Andalucía

mi corazon á tu voluntad? Todo, todo lo sacrifico á tu afecto menos la herida que causaría en mi amor propio la debilidad que me exijes.

—Estás resuelta á probarme que me amas?

—Sí.

—¿Y si hubiera algun medio de que la religion bendijese nuestro cariño con el mas profundo misterio?

XVI.

Beatriz vió un rayo de luz.

—La religion, añadió su amante, oculta con su manto bienhechor á las miradas de todo el mundo á los que solo quieren confiarle sus secretos; pero tarde ó temprano todo se descubre.

—Y nuestra fuerza de voluntad?

—Soy demasiano noble y te amo demasiado para arrastrarte al abismo. O renuncio á tu amor para siempre que es lo mismo que buscar la muerte, ó accedes á mis ruegos.

—Pero de qué manera?

—Tengo un amigo, nn hombre que me quiere de corazon, un ministro de Dios, el superior del convento de mercenarios. El puede unirnos en secreto y no hay miedo de que jamás revele que nos ha dado su bendicion.

—Sea en buenhora,—dijo Beatriz.—En ese caso desde mañana mismo será mi confesor.

—Yo le hablaré primero, le abriré mi corazon, sabrá nuestros propósitos y despues... despues nuestra felicidad será inmensa.

Universidad Internacional de Andalucía

Beatriz y Colon oian la voz del deber, tenian muy arraigados en su alma los sentimientos religiosos, y no podian menos de pedir al ministro de Dios, ya que no la bendicion nupcial á los ojos del mundo, la bendicion á los ojos de Dios.

XVII.

Al dia siguiente, muy temprano, fué Colon á visitar á Fr. Pedro Antunez.

—Os veo agitado,—le dijo el guardian de los mercenarios,—¿qué teneis?

—Hoy no vengo á buscar al amigo, sino al confesor.

—¿Qué os pasa?

—Tengo que revelaros un secreto, un secreto, como confesor, como ministro del Altísimo.

—Hablad.

—Amo á una mujer que ha sido para mí en mis desventuras un instrumento de la Providencia. Antes de ahora os he indicado el nombre de mi protectora.

—¿Amais á doña Beatriz?

—Sí, pero no olvideis que eso no debe saberlo mas que ella y Dios: vos sois su ministro.

Mi amor es correspondido, pero motivos que respeto, impiden que nuestra union pueda ser pública. Sin embargo, los dos sentimos en nuestra alma la fé; los dos acatamos las leyes del Supremo Hacedor; los dos queremos arrodillarnos ante el ara, pronunciar nuestro juramento, recibir la bendicion; pero solo

Universidad Internacional de Andalucía

á los ojos de Dios y para vivir separados á los ojos del mundo.

—Todo lo comprendo,—dijo Fr. Pedro Antunez, y estoy dispuesto á ejercer mi sagrado ministerio, uniéndoos para siempre á esa dama que tantas virtudes atesora, que tan digna es de la adoracion de un hombre como vos.

—¿Y de qué modo hemos de llevar á cabo nuestro propósito sin que nadie lo sepa?

—Esta mañana,—dijo Fray Pedro Antunez,—he recibido un recado de doña Beatriz, mandándome llamar á su casa. Su confesor es muy anciano, pasa la mayor parte del tiempo en su celda sufriendo con resignacion las dolencias que la llevan poco á poco al sepulcro; y si vos le habeis dicho que soy vuestro amigo y os estimo en lo que valeis, es muy posible que al llamarme sea para confiarme la direccian espiritual de su alma. Si es así, como creo, esto no tardará en saberse en la córte, y mis visitas á su casa nada tendrán de estraño. Mi deber es procurar que las almas no se pierdan. Si me confiais como sacerdote los sentimientos que os unen, si me pedís la bendicion para santificar el lazo de vuestras almas, yo no puedo negároslа. En su palacio hay un oratorio. En estos casos no hay necesidad de testigos: reconciliaos con Dios, y con el alma limpia de pecado, yo os uniré para siempre en su nombre.

XVII.

Aquel mismo dia fué Fray Pedro Antunez á visitar

Universidad Internacional de Andalucía

á Beatriz, y esta le hizo la misma confesion que Colon.

Algunas noches despues tenia lugar una escena solemne en el oratorio de la casa de Beatriz.

La visita del prior de los mercenarios no habia extrañado á los servidores de doña Beatriz.

Rebeca, que estaba en el secreto, entretenia á los criados contándoles ejemplos de la piedad de aquel santo varon, en tanto que Fray Pedro enlazando las manos de Cristóbal Colon y de Beatriz, recibia sus juramentos, santificaba su union y la bendecía en nombre del Altísimo.

XVIII.

Terminada la ceremonia:

—Dios os haga dichosos,—les dijo,—porque debeis serlo, aunque lamento las circunstancias que os obligan á ocultar á los ojos del mundo vuestra felicidad.

—¡Quién sabe si algun dia—dijo Colon,—podré decir con orgullo y con gloria quién ha sido mi esposa!

XIX.

Fray Pedro Antunez abandonó á los dos esposos, y le acompañaron hasta el convento dos escuderos de doña Beatriz.

Solo Rebeca pudo felicitar á su ama.

Al separarse de su lado, la emocion de su pecho se revelaba en las lágrimas que anegaban sus ojos.

Universidad Internacional de Andalucía

CRISTÓBAL COLON.—...santificaba su union y la bendecia en nombre del Altísimo.

Universidad Internacional de Andalucía

Universidad Internacional de Andalucía

Ella tambien habia soñado en ser feliz y sin embargo, habia tenido que sacrificar su felicidad.

Como necesitaban los dos esposos tener oculta á todo el mundo su union, continuó viviendo el extranjero en la posada de maese Repulgo, viendo con el mayor secreto á Beatriz, para lo cual fué necesario que Rebeca confiase á su padre lo que pasaba.

Tomadas todas las precauciones para que no fueran sorprendidas sus visitas, todos los dias se veian y pasaban dulces horas hablando de su amor y sus proyectos.

El amor de Beatriz á su esposo rayaba en adoracion.

Cuanto mas profundizaba en su alma, mayores atractivos hallaba en él.

XX.

Algunas veces tomaba parte en sus conversaciones su confidente Fray Pedro Antunez, y los tres esperaban en que cuando cesasen las causas que tenian á los Reyes Católicos preocupados, tal vez valiéndose de medios indirectos conseguirian llamar la atencion hácia los planes de Colon y le facilitarian los medios de realizarlos.

Pero en honor de la verdad por mas que le preocupasen mucho sus ideas vivia Colon mas de sus sentimientos.

Beatriz era un ángel.

La vida á su lado era un eden, y las privaciones que pasaba, la modestia con que vivia porque necesi-

Universidad Internacional de Andalucía

taba ocultar á los ojos del mundo sus desventuras, y porque al mismo tiempo un sentimiento de dignidad le impedia aceptar las dádivas de Beatriz, eran para él gustosas porque hacian que su felicidad fuera mayor.

Ebrio de amor, considerándose el mas feliz de los mortales, ni se preocupaba del porvenir ni siquiera recordaba el pasado.

Beatriz era toda su vida

Cuando estaba en su presencia, cuando veia en sus miradas el amor que sentia—Óh!—entónces no era el más dichoso de los hombres, sino la misma dicha.

XXI.

Algun tiempo despues le reveló Beatriz un secreto que á un mismo tiempo le hizo sufrir y le hizo gozar en estremo.

—Dios ha bendecido nuestra union,—le dijo—voy á ser madre.

Su dicha era inmensa, pero el temor de que por aquella circunstancia podria ser descubierto su amor, amenguaba su felicidad.

—Demos gracias á Dios—dijo Colon estrechando su mano,—y respetemos su voluntad.

Instintivamente se arrodillaron los dos y elevaron al cielo sus plegarias.

Universidad Internacional de Andalucía

Capítulo XXVI.

Sacrificio de Rebeca.

I.

Habia llegado un momento en el que Beatriz tenia que alejarse de la córte para no verse obligada á revelar lo que con tanto empeño habia ocultado á todo el mundo.

En medio de la desesperacion y de la alegría que luchaban en su alma, habia pasado por su imaginacion una idea terrible, pero la habia rechazado.

La mujer se humillaba ante la madre.

La que por nada del mundo hubiera sucumbido á declarar su estado por amor á un hombre, estaba dispuesta á humillarse por el amor de su hijo.

II.

La excitacion en que vivia abatió sus fuerzas y cayó enferma:

El médico, á quien pudo ocultar la situacion en

Universidad Internacional de Andalucía

que se hallaba, la aconsejó para restablecerse que viviera en el campo.

No deseaba otra cosa Beatriz.

Colon aceptó el sacrificio.

Beatriz partió á Baeza, su esposo quedó en Córdoba, Rebeca, que sufria mucho, no pudo acompañar á su ama.

Estaba muy enferma y se quedó con su padre al cuidado de la casa.

III.

La causa de su enfermedad fácilmente la adivinan mis lectores.

El sacrificio que habia hecho era inmenso.

No conocia lo bastante á Martin Carrasco, para comprender cuán indigno era de su cariño.

Le veia bajo el prisma del primer amor, tal como se habia presentado á sus ojos en la primavera de su vida, y sabia que habia sido juzgado, y que de un momento á otro debería dictarse contra él sentencia de muerte.

No tardó en efecto en ser condenado.

Pero como era un bizarro militar, como habia servido á las órdenes de los más ilustres capitanes de aquel tiempo, todos intercedieron por él, y lo más que consiguieron fué que se aplazase su castigo.

Con esto se aumentaba el tormento de Rebeca, porque en situaciones como las en que ella se encontraba, la duda es más terrible mil veces que la realidad.

Universidad Internacional de Andalucía

IV.

Llegó á tal estado la infeliz, que Colon y su padre que no la abandonaban, llegaron á temer por su vida.

Colon no tardó en conocer su secreto.

Él, era la causa de su mal, y sin embargo, la infeliz bendecia su suerte por haber podido mostrar su gratitud al hombre que habia salvado la existencia de su padre.

No queriendo entristecer al autor de sus dias, sólo cuando se hallaba á solas con Colon, le preguntaba por el estado en que se hallaba la causa de Martin Carrasco.

Colon le ocultaba la verdad para no aumentar su afliccion.

Llegó el momento en que Martin Carrasco fué condenado á muerte.

V.

La sentencia debia ejecutarse algunos dias despues, é Isaac que habia descubierto el secreto de su hija, por más que ella se lo habia ocultado, fué á ver á Colon y le dijo lo que pasaba.

Las únicas esperanzas del angustiado padre consistian en que la reina indultase al reo, y para inclinarla á su favor no contaba mas que con la influencia de doña Beatriz.

Pero esta no podia hacer nada en su obsequio.

Escondida de las miradas de todo el mundo, aguardaba con ánsia y con temor el momento que para ella

Universidad Internacional de Andalucía

debia ser, al mismo tiempo que el más dichoso de su vida, el más amargo.

Era, pues, imposible contar con el influjo de Beatriz.

Pero Colon poseia toda la confianza del prior de los mercenarios, y fué á verle para ver si por su mediacion se conseguia algo.

Isaac aguardaba con impaciencia su regreso.

Cuando llegó Colon, su hija parecia dormida.

VI.

—¿Qué nuevas me traeis?—dijo el anciano, impulsado por su febril ansiedad.

Colon le hizo una seña dándole á entender que no podia hablar delante de Rebeca.

—¡Oh! no temais,—añadió Isaac,—duerme.

—¿Estais seguro?

—Sí, ahora descansa.

Colon se acercó al lecho de la pobre niña y vió en efecto que estaban cerrados sus ojos, y que su acompasada respiracion demostraba que dormia.

—¿Qué habeis logrado?

—Poner de nuestra parte al prior de los mercenarios, pero nada más. Muchos de los prelados que tienen influencia con los reyes estiman sus nobles prendas, su elevado carácter, su profunda sabiduría. Si los interesa en nuestro favor, tal vez podremos librar de la muerte á ese desgraciado.

—Creo que será tarde. El reo va á ser puesto en capilla. La que va á ser sentenciada es mi pobre Re-

Universidad Internacional de Andalucía

beca,—exclamó Isaac con el acento de la mas profunda tristeza.

VII.

Una voz que heló la sangre en sus venas llegó á su oido.

—¡Padre, padre!—dijo Rebeca.

—¡Callad!—añadió Isaac;—¿si os habrá oido?

—¿He dormido?—continuó la jóven.

—Sí, hija mia, sí; ¿acaso te hemos despertado con nuestra conversacion?

—No; no he oido nada.

Isaac respiró.

—¿Quién está con vos?

—Nuestro buen amigo.

—¡Ah! ¡vos Sr. Colon! ¡Cuán bueno sois!

—¡Infeliz!—dijo Colon contemplándola con amargura.

Hubo una breve pausa.

VIII.

—Padre, quiero pediros un favor,—dijo Rebeca.

—¿Cuál, hija mia?

—Id á ver á Alí-Afan el renegado; posee un elixir que cura las fiebres, y os lo venderá si quereis hacer ese sacrificio por vuestra hija.

—Todo cuanto poseo en el mundo me pareceria poco si en cambio recuperaras la salud.

—Pues sí; id en seguida y no tardeis.

—¿Cómo dejarte sola?

Universidad Internacional de Andalucía

—Nuestro buen amigo el Sr. Colon se quedará á mi lado; ¿no es verdad?

—Sí, Rebeca, si; si la gratitud no me inspirase el deseo de vuestro bien, las nobles prendas de vuestra alma bastarian á interesarme en vuestro favor.

Isaac se apresuró á complacer á su hija.

IX.

Cuando quedaron solos Colon y ella:

—Todo lo he oido,—dijo de pronto la jóven.

—¿Qué decís?

—Todo, absolutamente todo; no trateis de ocultármelo.

—Pero ¿qué habeis oido?

—Que Martin Carrasco está condenado á muerte.

—¡Infeliz!

—No, no temais: tengo un proyecto.

—¡Vos!

—Sí; Dios me dá fuerzas, me hallo completamente bien. ¿No es verdad que me ayudareis?

—¿Qué es lo que intentais, desventurada?

—Salvarle.

—¡Vos!

—Yo, sí; Dios me ha dado una inspiracion; pero necesito vuestro auxilio. ¡Por Dios, no me lo negeis, porque entonces me matariais!

X.

Rebeca corrió el cortinaje de su lecho, y algunos segundos despues apareció completamente vestida.

Universidad Internacional de Andalucía

—¿Vos conoceis al prior de los mercenarios?

—Yo, sí.

—No ignorais que conozco todos vuestros secretos.

—Bien; ¿qué es lo que pretendeis?

—Necesito á toda costa, pronto, muy pronto, un habito de su órden.

—Pero Rebeca...

—Es la súplica de una moribunda.

Colon comprendió el pensamiento de la jóven.

—Quiero salvarle, lo oís, quiero salvarle y solo hay ese medio. Va á ser puesto en capilla y ya veis que tengo valor para soportar esta desgracia. Sólo los frailes pueden llegar á verle: oculta bajo ese hábito entraré en la capilla, le pediré por mi amor que huya disfrazado con mi traje, y se salvará. ¡Oh! sí; se salvará: me lo dice mi corazon.

XI.

La empresa era arriesgada, y Colon no creia que diera buenos resultados.

—Pero Rebeca estaba segura de que triunfaria.

Y como la fé salva, Colon se decidió á satisfacer aquel deseo, porque si no lograba su objeto, al ménos sosteniendo su esperanza mitigaria su dolor.

Colon salió y poco despues volvió con el hábito.

XII.

Era de noche.

Rebeca se disfrazó con aquel traje.

—Acompañadme;—dijo á Colon.

Universidad Internacional de Andalucía

Al llegar á la prision estrechó la mano de su amigo, y confundiéndose con algunos otros frailes que entraban en la capilla á exhortar al reo para que elevase su espíritu á Dios, llegó hasta el fúnebre aposento en donde yacia el infeliz Martin Carrasco.

Nadie la estorbó el paso.

Oculta en un rincon oscuro permaneció largo tiempo hasta que pudo aprovechar un instante en que Martin Carrasco se quedó solo.

XIII.

Levantándose la capucha:

—Martin,—le dijo,—no hay tiempo que perder; he venido á salvarte.

—Tú, Rebeca?

—Yo, sí.

—¿Me has perdonado?

—No hablemos de eso. Tu vida es muy preciosa para mí. Ponte este hábito, sal inmediatamente y yo me quedaré en tu puesto.

—Eso es imposible.

—¡Ah! no temas; de ese modo salvo tu vida; y aunque yo sufra el castigo nada me importa.

—De ningun modo. Antes prefiero que muramos los dos.

—Oh!, no;—huye, huye; te lo suplico por lo que mas ames en el mundo. Yo estoy segura de que alcanzaré el perdon. ¿Olvidas que estoy al servicio de doña Beatriz Enriquez de Córdoba?

—Y si no sucede así? Y sí sucumbes?

Universidad Internacional de Andalucía

—Si llega ese momento haz lo que te dicte tu corazon.

—Bien está; solo de esa manera cedo.

—No hay tiempo que perder.

XIV.

Martin Carrasco se puso el hábito, y Rebeca la túnica de estameña que tenia el reo.

El soldado cayó de rodillas á los piés de la jóven.

No olvidaré nunca que te debo la vida. Si Dios oye mis súplicas los dos nos salvaremos; yo conquistaré honores y riquezas en las batallas y algun dia te pagaré esta deuda.

Inmediatamente salió sin que los centinelas notasen el engaño.

Pero despues entró en la capilla el padre agonizante.

El y Rebeca se quedaron solos.

Apenas se acercó á ella el venerable anciano, la jóven cayendo de rodillas á sus piés le descubrió la verdad.

XV.

—¿Qué habeis hecho desventurada?—exclamó el sacerdote.

—Sacrificar mi vida por un hombre á quien amo con toda mi alma.

—Pero, ignorais la muerte que os espera?

—Por terrible que sea la endulzará la dicha de haberle libertado del patíbulo.

Universidad Internacional de Andalucía

—Yo no puedo permitir que lleveis á cabo vuestros designios.

—Oh! por piedad, no me descubrais!

El agonizante se detuvo.

Rebeca le contemplaba con ansiedad.

XVI.

—¿Qué hacer para salvaros?—dijo despues de una breve pausa el ministro de Dios.

—Mi corazon me dice que Dios me librará de perecer en el cadalso.

—Pero, ¿vivís sola en el mundo, no teneis familia?

—Si, aun vive mi pobre padre; mi pobre padre que me busca tal vez, que ignora donde estoy.

—Y le habeis sacrificado á una pasion funesta para vos?

—¡Dios se apiadará de mí!

—Pidámosle,—dijo el anciano conduciéndola hasta el altar donde estaba el Crucifijo,—pidámosle que se apiade de vos.

—Mi religion me prohibe prosternarme ante esa imágen.

—No sois cristiana?

—Soy judía.

—Desgraciada! ¿esto mas?

—Sí; es la religion de mis padres.

—Os compadezco porque en medio de vuestras desventuras los consuelos de la religion, la fé inundando vuestra alma con sus divinos resplandores en-

Universidad Internacional de Andalucía

dulzaría las tristes horas que os aguardan si os perdonan la vida y os inspirarian la resignacion si teneis que pasar por el duro trance de la muerte.

—Padre mio—dijo Rebeca,—sin saber por qué tengo vivos deseos de comprender los arcanos de vuestra religion porque, sin ser cristiana invoco algunas veces el nombre de la Vírgen, sus dolores me parecen sublimes y la ofrezco los mios.—¿Por qué no habré nacido en el seno de vuestra religion?

—Nunca es tarde para el bien, hija mia; si comprendeis los dolores de la Santa Madre de Dios Hijo; si admirais la humildad, la sabiduría, la grandeza y la mansedumbre de Jesucristo; si quereis en vuestra angustiosa situacion hallar dulces consuelos, venid, venid conmigo, prosternaos ante la Santa Imágen del Crucificado, implorad su perdon y su gracia, abjurad de vuestros errores y yo os aseguro que cualquiera que sea la suerte que os esté reservada la sufrireis con resignacion, con mansedumbre, con humildad porque la religion cristiana es un bálsamo que consuela todas las aflicciones, es la fé, es la caridad.

XVII.

Al decir esto el padre agonizante condujo á Rebeca al pié del altar, y prosternándose la jóven maquinalmente, repitió la *Salve* que pronunció el ministro de Dios con fervoroso recogimiento.

Largo rato trascurrió durante el cual sólo pronunciaron oraciones los lábios de Rebeca.

Universidad Internacional de Andalucía

XVIII.

—Gracias, padre mio, gracias.—dijo.—¡oh! me habeis dado la felicidad; habeis abierto á mi vista nuevos y risueños horizontes. Si es mi destino morir, si logro al ménos morir en el seno de la religion cristiana; si logro que mi martirio sea agradable á los ojos, y que todas mis lágrimas y todos mis dolores sean un tributo á la admiracion, al entusiasmo, al fervor que me inspira, moriré contenta.

XIX.

Deseoso el padre agonizante de hacer menos dura la situacion de la jóven, la dejó sola para dar parte de lo que habia sucedido, y predisponer en su favor á sus jueces.

Inspirado por el deseo de favorecerla pidió una audiencia á la reina doña Isabel, haciéndose anunciar como el confesor del reo que estaba en capilla.

La reina se apresuró á recibirle.

XX.

El padre agonizante la refirió lo que habia pasado, y la anunció los deseos que abrigaba la jóven neófita de recibir el agua del bautismo, de abjurar de sus errores, de pertenecer á la religion cristiana.

—Otra gracia pido á V. M.,—añadió;—la de que en la pila bautismal seais su madrina.

Universidad Internacional de Andalucía

XXI.

El corazon de la augusta Isabel, era generoso y magnánimo.

Nadie como ella podia comprender la grandeza del alma de Rebeca.

Su corazon se sintió profundamente conmovido, y desde aquel momento solo un deseo tuvo: su perdon.

XXII.

¡Hermosa prerogativa la de los reyes!

Representantes en la tierra de la omnipotencia y al mismo tiempo de la bondad divina, pueden, acatando los fallos de la justicia, devolver la esperanza al corazon de un reo arrepentido.

Con una sola palabra, con un solo movimiento de su corazon, pueden separar del borde del sepulcro al que, en un momento de estravío ó de alucinacion, ha manchado su conciencia con un crímen; pueden devolver la paz al corazon de un padre que llora la desdicha de su hijo, de una esposa que vé marchar al cadalso á su esposo, de un hijo que con el corazon herido de muerte y las lágrimas en los ojos, vé á su pobre padre subir las fúnebres gradas del patíbulo, más desgraciado aún porque deja un borron al hijo de sus entrañas, que porque vá á recibir el castigo de sus culpas.

Universidad Internacional de Andalucía

XXIII.

¿Cómo teniendo en su mano la vida de una mujer, y de una mujer que se sacrificaba por su amor á un hombre, de una mujer que tan altas prendas demostraba; cómo, repito, teniendo Isabel en su mano los medios de absolverla habia de condenarla?

Enterada de sus antecedentes, supo que se hallaba al servicio de su dama doña Beatriz, y esta circunstancia fué un motivo más para aumentar la piedad de su corazon.

XXIV.

—Tranquilizad á esa infeliz,—dijo al padre agonizante;—yo la perdono, yo acojo su deseo y seré su madrina cuando reciba el agua del bautismo.

Y aún haré más por ella.

Despues de lo que le ha pasado, no puede vivir en el mundo dichosa.

Si siente vocacion, el cláustro le abrirá sus puertas: vivirá en un convento bajo mi proteccion, y allí, elevando al cielo sus plegarias, encontrará la calma que no ha podido hallar en el mundo.

El venerable anciano besó la mano de la reina, dándole gracias por su munificencia, y corrió á participar tan funesta noticia á Rebeca.

Universidad Internacional de Andalucía

XXV.

—Sí, sí,—dijo la jóven,—eso deseo; la paz del convento, la oracion: esta es ya mi única felicidad.

. . . . . .

El perdon de la reina fué pregonado, y las palabras del pregonero al llegar á oidos de Isaac, que sufria horriblemente porque Colon le habia revelado la verdad, le devolvieron la esperanza.

Corrió á la prision, y al mismo tiempo experimentó una inmensa alegría y un profundo pesar.

XXVI.

Podia estrechar en sus brazos á su hija, podia saber que viviria, pero tambien supo que habia abjurado de su religion y que estaba resuelta á profesar en un convento.

—Es morir para mí si no muere para el mundo,—se dijo.

No habia remedio, sin embargo.

XXVII.

Rebeca, protegida por la reina, entró de novicia en un convento de Carmelitas, y antes de entrar escribió una larga carta á Beatriz, confiándola todo cuanto le habia pasado.

De Martin Carrasco no se supo nada por entonces.

Universidad Internacional de Andalucía

Isaac quedó al cuidado del palacio de doña Beatriz.

XXVIII.

Colon estaba satisfecho; porque Rebeca se habia salvado del inmenso peligro que habia corrido.

Pero al cesar su inquietud por ella, se aumentaba la suya.

Tenia que vivir léjos de Beatriz, sus asuntos no adelantaban nada, y de un momento á otro podria descubrirse la situacion en que se hallaba su esposa.

Fray Pedro le animaba, y participando cada vez más de sus ideas, le auguraba un brillante porvenir.

XXIX.

Transcurrió el tiempo, y al fin llegó el momento en que Beatriz debia dar vida al fruto de sus amores.

La idea de no estar á su lado en aquellos instantes, era un martirio para Colon.

No apartaba de su esposa su pensamiento.

Su zozobra era cruel.

XXX.

Una mañana le sorprendió Beltran.

—Dadme los brazos,—le dijo,—sois padre de un hermoso niño.

—Vos sabeis...?

—Lo sé todo; confiad en mí.

—La Providencia nos ha escuchado,—exclamó Colon ¡Bendita sea su voluntad!

Universidad Internacional de Andalucía

Capítulo XXVII.

Un dolor más.

I.

Beatriz al llegar á Baeza cuando se retiró de Córdoba, llamó á Inés y le confió la situacion en que se hallaba. No sólo la seguridad que tenia respecto de aquella mujer que en tantas ocasiones le habia manifestado su lealtad, sino la necesidad de ocultar á las miradas de todo el mundo que era madre sin poder decir al mismo tiempo que era esposa, le impulsaron á abrir su corazon á Inés.

II.

La jóven comprendió la ternura, la felicidad que experimentaba el corazon de Beatriz porque tambien ella estaba á punto de ser madre, pero no así la

Universidad Internacional de Andalucía

tristeza, el dolor de aquella mujer que no podia ni aún expresar la ventura que llenaba su corazon.

Autorizada para que hiciese partícipe del secreto á Beltran, Inés que era buena, al participar á su esposo lo que ocurria:

III.

—Un pensamiento ha cruzado por mi mente.

—¿Cuál, Inés?

—Animada, como tú lo estás seguramente, por el deseo de ocultar á las miradas de todo el mundo el secreto de nuestra señora, ya que la Providencia ha querido que casi al mismo tiempo experimente nuestra alma la dicha de ser madres, nada más fácil que explicar el nacimiento de su hijo aceptándole nosotros como nuestro y presentándole como tal á todo el mundo.

La presencia aquí de doña Beatriz podrá justificarse con el anuncio de que se ha detenido para no abandonarme en los momentos críticos.

Beltran, que sentia verdadera gratitud hácia su ama, admiró aquel pensamiento de su esposa, y estrechando su mano con efusion:

—Eres un ángel,—le dijo,—apruebo tu proyecto y Dios nos dé toda la felicidad que tu virtud y tu piedad merecen.

IV.

Inés, temerosa de ofender con su proposicion á

Universidad Internacional de Andalucía

Beatriz, buscó los medios de insinuarla su pensamiento, y adivinándole su ama:

—Tú eres mi ángel salvador,—la dijo;—si, acepto tu proposicion. ¡Bien sabe Dios que sólo á tí confiaria el hijo de mis entrañas.

V.

Beatriz que habia llegado á Baeza de exprofeso en horas en que nadie podia enterarse de su llegada, se ocultó á las miradas de todo el mundo, habitando una parte de la casa que comunicaba con una huerta de elevadas paredes, razon por la cual podia disfrutar del aire y de la luz sin que miradas escudriñadoras ó maliciosas pudieran sorprenderla en sus momentos de esperanza ó de afliccion.

VI.

Llegó para Beatriz ese sublime instante de la vida de la mujer, en que debe al dolor más acerbo la más inmensa felicidad, y quiso Dios que cuatro ó cinco dias despues fuese Inés tambien madre.

Beatriz habia dado á luz un hermoso niño.

Inés era una niña.

Con inmensa pena tuvo Beatriz que dejar á su hijo para confiarle á su leal servidora.

VII.

Cuando pudo restablecerse se anunció el suceso, y

Universidad Internacional de Andalucía

Beatriz quiso que los dos niños fueran bautizados con los nombres de Fernando é Isabel, como un homenage rendido á los augustos reyes sus protectores.

Inmediatamente mandó á Beltran á Córdoba para que noticiase aquel fausto suceso á Colon.

VIII.

Todas estas esplicaciones dió el page al extranjero, cuando despues de entregarse á la felicidad que despertó en su alma la nueva que le comunicó, le dirigió infinitas preguntas acerca de todo lo que habia ocurrido.

Ocultamente, porque no podia ser de otro modo, se encaminó Colon á Baeza acompañado de Beltran, y á favor de la oscuridad de la noche penetraron en la casa donde habitaba Beatriz.

Grande fué la emocion que esperimentaron los dos esposos al ver que hasta su propia dicha les hacia sufrir.

IX.

Con lágrimas tiernísimas imprimió Colon un ósculo en la frente de su segundo hijo, y despues de estas escenas conmovedoras, aquella misma noche, á la madrugada, se puso en camino para Córdoba, porque su presencia en Baeza, podia dar lugar á sospechas que menoscabasen la honra de Beatriz.

Pero si grande fué el pesar de Colon, la amargura con que se inundó el alma de Beatriz, fué mayor.

Universidad Internacional de Andalucía

X.

Cuando pensaba que por un sentimiento de soberbia habia preferido sacrificar las alegrías de su alma, á la satisfaccion de su amor propio, se aborrecía á sí misma, lloraba, sufria horriblemente y estos padecimientos morales contribuian á aminorar su salud quebrantada.

No se roba impunemente á la naturaleza sus más preciosas atribuciones.

La madre que tiene que ocultar á las miradas de todo el mundo que lo es, compromete su vida; la compromete más aun si tiene que cegar las fuentes de la vida que han brotado de su seno, y cuando á esto se añade el martirio moral, que la salud se quebrante, es lo mas natural del mundo.

XI.

Beatriz cayó enferma, y aunque no tardó en levantarse del lecho, comprendió que estaba herida de muerte, y que su mejoría no era mas que una tregua.

Lo que trabajaba su imaginacion, lo que padecia su alma en aquella lucha que venia sosteniendo porque unas veces se resolvia á jugar el todo por el todo, y declarar en la córte que era la esposa de Colon, y á retirarse á vivir con él por el derecho que le daba la bendicion que habia recibido del sacerdote, y otras se presentaba á su imaginacion el sarcasmo y la burla

Universidad Internacional de Andalucía

de que seria objeto, y su orgullo se rebelaba ante este sacrificio.

Aquella crísis en que vivia, no hacia mas que agotar sus fuerzas, que empujarla al sepulcro.

XII.

Complicada la enfermedad moral con el padecimiento físico, no tardó en caer de nuevo en el lecho, inspirando aquella vez sérios temores á cuantos la rodeaban.

No quiso, sin embargo, aumentar la amargura de Colon, y prohibió que le anunciasen el estado en que se hallaba.

Pero al mismo tiempo, como conocia que su existencia iba á extinguirse, y necesitaba hacer algo por aquel hombre, que era incapaz de aceptar de ella toda clase de auxilios, pensó en su hijo, y no sólo en el que habia nacido de su enlace con ella, en el fruto de su amor; sino en el que Colon habia tenido de su primera esposa.

XIII.

Beatriz debia ser hasta el último momento la mujer magnánima, la mujer sublime, la mujer generosa que habia adivinado Colon desde el primer instante, en que la vió.

Conociendo que su vida angustiosa se acababa, envió un emisario á Fray Pedro Antunez, su confesor, con órden expresa de que inmediatamente se pusiera

Universidad Internacional de Andalucía

en camino para Baeza, sin que dejase traslucir á Colon el objeto de su viaje.

XIV.

Fray Pedro Antunez, profundamente conmovido porque habia tenido ocasion de conocer las nobles prendas que adornaban á Beatriz, y la estimaba en cuanto valia, emprendió el viaje inmediatamente, y algunas horas despues estaba á su lado, á la cabecera de su cama escuchando su confesion y consolando su abatido espíritu.

XV.

Al dia siguiente fué Colon á visitarle al convento y no le halló.

—Ha tenido que emprender un viaje de pronto,—le dijo el lego portero.

—¿Y no sabeis á dónde?

—Me encargó que no lo dijera á nadie, pero como vos sois su íntimo amigo, nada tiene de extraño que lo sepais: ha ido á Baeza.

—¿A Baeza?

—Sí; llamado por una noble dama de quien es confesor

—¿Por ventura está enferma?

—Me parece que sí.

La ansiedad de Colon fué inmensa.

Universidad Internacional de Andalucía

XVI.

No pudiendo conformarse con aguardar á recibir noticias de Beatriz, se puso inmediatamente en camino, y cuando llegó.....

Pero no anticipemos los sucesos.

Asistamos á los momentos solemnes en que Beatriz manifestaba su última voluntad al prior de los mercenarios.

XVII.

Aquella pobre mujer en el lecho del dolor, trocado el vivo carmin de sus megillas por la palidez de la muerte, tristes sus negros y rasgados ojos, con la mirada fija en el cielo, con el pensamiento en la Divinidad, y lleno el corazon de los afectos más dulces, más delicados, más tiernos, confiaba á Fray Pedro Antunez cuál era el porvenir que queria proporcionar á aquellos dos séres á quienes llamaba hijos.

XVIII.

—Colon, mi dulce esposo,—dijo á Fray Pedro,—vá á sufrir horriblemente al saber el triste estado en que me encuentro; yo hubiera deseado hacerle el más feliz de los hombres, porque nadie como yo ha comprendido cuán buena, cuán hermosa es su alma, cuán generosos son los sentimientos que abriga, cuán grande, cuán poderoso es su génio.

Universidad Internacional de Andalucía

Bien sabe Dios que yo queria, al alejarme para siempre del mundo, sembrar su camino de flores y facilitarle con la fortuna que debo á mi familia todas las felicidades posibles para el hombre que ha convertido su corazon en tumba de mi recuerdo.

Pero yo le conozco. Es un hombre digno, y jamás aceptaria de mí nada absolutamente, porque yo le he negado el título de esposo ante el mundo, y este es el único pesar que acibara los últimos dias de mi existencia.

—Es cierto, Beatriz; su carácter enérgico le haria primero sucumbir á la miseria que aparecer á los ojos de los maldicientes como partícipe de vuestra fortuna.

—Y, sin embargo, yo tengo el deber y el deseo de labrar la felicidad, no solo de nuestro hijo, sino de Diego, del hijo de su primera esposa.

He buscado el medio de lograr mi designio y voy á confiaros el proyecto que tengo.

Beltran é Inés han sido y son mis fieles servidores. Ellos han hecho el sacrificio de robar á su hijo una gran parte del cariño que sienten en su corazon para dárselo al mio. Yo quiero compartir mis bienes con Fernando é Isabel; me propongo nombrarles mis herederos universales para que despues de su muerte vaya á parar á sus hijos mi herencia.

Pero el hermano de mi Fernando debe tambien tener asegurado su porvenir, y para eso os necesito. ¿Puedo contar con vos?

—¡Alma angelical, alma sublime! dijo fray Pedro;

Universidad Internacional de Andalucía

vuestros proyectos son los mas nobles, los mas grandes, los mas generosos; ¡Dios desde el cielo os bendice, y podeis estar segura de que si dispone de vuestra vida, vuestra bendicion caerá sobre esos séres, y con ella la mayor felicidad!

—Ese es mi único deseo. Oidme: yo he pensado en vos, que sois mi confesor: os dejaré una manda con el objeto de que la apliqueis á algun pobre huérfano que merezca vuestra compasion; y natural es, que siendo vos amigo de Colon, que tiene un hijo en el convento de la Rábida, destineis esa cantidad para labrar su porvenir.

—Contad conmigo para todo; yo os aseguro que vuestra voluntad solo, sin ese sacrificio, hubiera bastado para que yo, interesado ya por ese niño, por la amistad que me inspira su padre, le hubiese protegido, hubiera sido para él el instrumento de la Providencia. Vuestros designios serán cumplidos, Beatriz; estad tranquila.

XIX.

El supremo esfuerzo que habia hecho Beatriz para ocuparse de cosas tan tristes, aumentó su debilidad, y aquella misma noche se agravó tanto su mal, que fué preciso administrarle los Santos Sacramentos y prepararla á bien morir.

Beltran é Inés no se separaron de su lado.

El confesor permanecia á la cabezera de su lecho, y en esta actitud al rayar el alba, Beatriz exhaló el

Universidad Internacional de Andalucía

último suspiro bendiciendo á su hijo, y dirigiendo una mirada cariñosa á sus servidores.

La última frase que pronunció, y que no pudo concluir porque su acento se estinguió en sus lábios, fué:

—¡Esposo mio!

XX.

Al sentimiento que se apoderó de todos los circunstantes, sucedió bien pronto el pesar más profundo.

Colon llegó á la casa, y como todos estaban reunidos en la habitacion en que acababa de espirar Beatriz, pudo penetrar hasta allí sin que nadie le viera.

El espectáculo que se presentó á su vista le hizo lanzar un grito, y corriendo hácia el lecho:

XXI.

—¡Ha muerto, ha muerto! ¡Dios mio, esto es horrible!—exclamó.

En vano trataron de mitigar su pena.

Todos los consuelos fueron inútiles.

La excitacion de su ánimo era inmensa.

—¡Oh! si ella ha muerto,—exclamó,—¿para qué quiero la vida?

XXII.

Y sacando precipitadamente la daga que pendia

Universidad Internacional de Andalucía

de su tahalí, fué á clavarla en su seno, cuando Fray Pedro Antunez, presentándole á su hijo:

—Colon,—le dijo,—sereis capaz de atentar á vuestra vida en presencia de vuestro hijo?

—¡Ah!—exclamó el desgraciado padre,—teneis razon, teneis rason, soy un insensato.

—Dios os manda acatar su voluntad. Orad, orad por ella, y pedidle resignacion para soportar vuestra desventura.

El infeliz cayó á los piés del lecho, y estrechando á su hijo en sus brazos:

XXIII.

—Sí, sí; viviré para tí,—exclamó.—Dios lo quiere; cúmplase su santísima voluntad.

Al dia siguiente se celebró el entierro de Beatriz con la mayor humildad.

Así lo habia resuelto.

Colon partió con Fr. Pedro Antunez á Córdoba, llevándose traspasado el corazon por aquel nuevo dolor que inundaba su alma.

Los dias que trascurrieron fueron terribles para el desdichado marino.

Pobre, sin esperanzas, sin la ventura que le ofrecia su amor, nada le quedaba en el mundo.

Su desesperacion era inmensa.

Universidad Internacional de Andalucía

Capitulo XXVIII.

Colon ante el consejo de Salamanca.

I.

Interesaba tanto á Fray Pedro Antunez la desgracia de Colon, que ejerció toda la influencia que tenia sobre él para decidirle á habitar en su compañía una celda en el convento de Mercenarios.

Obedeciendo la última voluntad de Beatriz, confió á Colon el generoso sentimiento que le habia inspirado su primer hijo Diego, y aquella confianza demostró más y más al pobre genovés lo inmenso de la pérdida que habia experimentado al bajar al sepulcro Beatriz.

Fray Pedro Antunez escribió á Fray Juan Perez de Marchena participándole la voluntad de doña Beatriz Enriquez de Córdoba, y como al mismo tiempo Colon habia confiado durante su ausencia al prior de la Rábida el cuidado de la educacion de su hijo Diego,

Universidad Internacional de Andalucía

le autorizó desde luego para que emplease aquellos recursos como estimara más conveniente al mejor porvenir de su hijo.

II.

En cuanto á Fernando, el pobre niño, que todavía no podia echar de ménos á sus padres, porque los habian reemplazado Inés y Beltran, se criaba al calor de aquella antigua y buena servidora de Beatriz.

Todo el mundo creia que los dos niños eran gemelos, y hasta el bueno de Matías, que estuvo á ver á su hija, apenas supo su alumbramiento volvió á la Rábida ébrio de alegría, refiriendo con el entusiasmo mayor del mundo la belleza de aquellos dos nietecitos tan bien emparejados que le habia dado la Providencia.

III.

Gracias á los consuelos del prior del convento de mercenarios, Colon pudo buscar en el estudio de la ciencia, en la conversacion con hombres ilustrados, en la consecucion de sus esperanzas, un lenitivo á sus muchas amarguras.

Y como el porvenir de sus dos hijos estaba asegurado, conservando en el fondo de su alma una profunda y siempre viva adoracion hácia Beatriz, se entregó por completo á su destino.

IV.

Deseoso de ayudarle Fray Pedro Antunez, le pre-

Universidad Internacional de Andalucía

sentó á muchas ilustres personas que visitaban con frecuencia el convento, gracias á lo cual pudo Colon entrar en relaciones amistosas y hallar hombres de corazon deseosos de su prosperidad, en D. Alonso de Quintanilla, contralor de finanzas de Isabel, que más tarde le hospedó en su casa y le proporcionó su amistad con Alejandro Geraldini, sábio italiano, preceptor de los hijos de la reina, con Antonio Geraldini, nuncio del papa en la córte de Don Fernando, y por último, con el Mecenas que Fray Pedro Antunez le habia prometido, el ilustre D. Pedro Gonzalez de Mendoza, arzobispo de Toledo y cardenal.

Todos ellos eran personas de vasta ilustracion y no se desdeñaban de hablar con el ilustre genovés discutiendo sus proyectos con detenimiento y erudicion, pero temiendo siempre que hubiera algo de exagerado, algo de fantástico en sus planes.

V.

El arzobispo de Toledo, correspondiendo á la recomendacion que en favor de Colon le hizo fray Pedro Antunez, le acogió con suma bondad.

Era el consejero más íntimo y más respetado de los Reyes Católicos, hombre de gran talento y de elocuente palabra, á cuyas cualidades debia la influencia de que gozaba.

Oyó con atencion al extranjero, y al pronto le extremecieron las teorías geográficas que defendía, teorías que le parecian contradecir las nociones establecidas en la Biblia acerca del sistema astronómico.

Universidad Internacional de Andalucía

Esto consistia en que á pesar de su erudicion y de su talento, no estaba versado en la cosmografía.

Por más que el arzobispo de Toledo admiró la ilustracion y el génio con que se espresaba el estranjero, no se podia esplicar cómo le patrocinaba y le tenia en su convento fray Pedro Antunez.

En efecto; hallando en contradiccion algunas de las teorías de Colon con las que proclamaban los libros sagrados, no parecia el que las sustentaba un cristiano viejo ni con mucho.

Pero bien pronto la piedad sincera y superior de Colon le tranquilizó.

No podia ser, en efecto, un blasfemo, el hombre que con sus ideas daba más importancia, mayor grandeza á la obra de la sabiduría de Dios.

VI.

El arzobispo de Toledo habló con el confesor de la reina, y con varios personages de la córte acerca del protegido de fray Pedro Antunez y oyó á unos y á otros las palabras que Colon habia dicho tantas veces.

—Sí; ya le conocemos,—decian todos,—es un pobre loco que hace más de año y medio quiso obtener una audiencia de los reyes.

—A mí,—dijo el confesor de la reina,—me visitó de parte de un antiguo amigo, del prior de la Rábida; pero desconfiando de sus asertos, pareciéndome fabulosas sus ideas, y notando además en su porte cierta

Universidad Internacional de Andalucía

altanería, que sentaba mal con su actitud de pretendiente, le dejé en el olvido. No merecia otra cosa.

—Y, sin embargo, fray Fernando,—contestó el arzobispo de Toledo,—yo que he tenido sin duda más paciencia que vos para oirle, y un poco más de bondad para apreciar sus ideas, me he llegado á convencer de que es un hombre superior, de que sus pensamientos son generosos, y creo que me ayudareis á obtener de los reyes una audiencia para él.

—Vuestra eminencia sabe tan bien como yo, que no es la ocasion más oportuna. Todas las fuerzas de Castilla y Aragon están combinadas para llevar á cabo la conquista de Granada. Otras medidas de la mayor trascendencia son objeto de los debates que tienen lugar en los consejos de los monarcas, y todo cuanto intenteis hacer en favor de ese pobre extranjero será inútil.

—Sois el director espiritual de la reina, y, sin embargo, mi querido fray Fernando, ó sois muy reservado, ó no habeis comprendido todavía la grandeza de alma de vuestra penitente. Yo la conozco ménos que vos, y sin embargo, estoy seguro de que late su corazon siempre que se trata de algo grande, de algo noble, de algo sublime. Yo sé que habrá entusiasmo en ella para escuchar á un hombre que desde remotos países, sin mas patrimonio que la fé, viene á ofrecerla un mundo desconocido.

—Soy el primero en reconocer las altas prendas de nuestra augusta soberana. Pero distraer su atencion en estos momentos de la grandiosa empresa que

Universidad Internacional de Andalucía

en union de su esposo ha acometido, ó seria infructuoso, ó sino lograríamos preocuparla con esta idea, ó muy perjudicial á la causa de la religion, si despertando el sentimiento de aumentar esa joya que quereis ofrecerla, se amenguaba en ella el vehemente deseo que abriga de alejar para siempre á los árabes de las madrigueras de donde nunca debieron salir.

—Eso quiere decir que no estais muy dispuesto á ayudarme?

—Soy vuestro siervo.

—Pues bien, entónces dejadme á mi toda la dicha, toda la gloria de obtener para ese desvalido la proteccion de los reyes.

—Haced lo que gusteis.

VII.

—El arzobispo de Toledo aprovechó la primera ocasion en que vió á S. M. para dirigirle aquella súplica.

La recordó el nombre del extranjero y al recordarle no pudo ménos de pensar en Beatriz, en su buena amiga que habia muerto lejos de su lado, causando mucha amargura en su corazon.

Anunciando á los reyes los propósitos del genovés, les rogó que le oyeran, y ántes de abandonar la régia cámara, escuchó de los lábios de la reina la seguridad de que le concederian la audiencia que solicitaba.

El arzobispo de Toledo no tardó en comunicar tan fausta nueva á Cristóbal Colon.

Con tan buenos protectores creia asegurado su

Universidad Internacional de Andalucía

triunfo, y al cabo de dos años de martirio consiguió la audiencia por la que inútilmente habia suspirado.

VIII.

En vano habia intentado Fray Fernando, ya mas que por otra cosa, quizás por un exagerado amor propio estorbar aquella entrevista.

En vano algunos nobles habian calificado de delirios los planes de Colon.

Fernando é Isabel quisieron escucharle y le escucharon.

Colon se presentó á los reyes con la modestia de un humilde extranjero, pero con la confianza del tributario que ofrece á un soberano mucho mas de lo que puede darle á pesar de su superioridad.

IX.

Colon en sus memorias ha escrito estas palabras.

«Al pensar lo que yo era, sentia una humildad inmensa. Pero al pensar en lo que ofrecia me consideraba igual á los soberanos.

»En aquellos momentos no era yo: era el instrumento de Dios, escogido por él para llevar á cabo un gran designio.»

X.

A pesar de la humildad del extranjero se hicieron para recibirle los mismos aprestos que si hubiera sido el enviado de una córte extranjera.

El cardenal arzobispo de Toledo llevó á Colon en

Universidad Internacional de Andalucía

su carroza al alcázar, y no tardó en hallarse con él en presencia de los reyes.

Despues de presentarle á SS. MM. espuso Colon sus proyectos con la seguridad, con el aplomo del hombre que está convencido de lo que cree y comprende el valor de lo que ofrece.

XI.

El rey oyó á Colon con detencion, pero con gravedad.

Sabia juzgar demasiado á los hombres para no apreciar los proyectos de Colon y aunque el extrajero tenia una imaginacion ardiente, su plan partia de un punto eminentemente científico.

Y como ambicionaba hacer descubrimientos más importantes que el que tanta gloria habia proporcionado al rey de Portugal, el proyecto de abrir un camino directo á través de la India para el Océano, le pareció que podria llegar á arrebatar á la vecina nacion el monopolio del comercio de Oriente.

XII.

Isabel acogió con entusiasmo el proyecto de Colon.

La primera mirada, las primeras palabras de aquel hombre le inspiraron una admiracion que debia llegar hasta el fanatismo.

El extranjero tuvo tal ascendiente sobre ella, que mas que otra cosa parecia ternura el sentimiento que despertó en su alma.

La naturaleza habia dotado á Colon con esa seduc-

Universidad Internacional de Andalucía

CRISTÓBAL COLON.—... esplica al rey su pensamiento.

Universidad Internacional de Andalucía

Universidad Internacional de Andalucía

cion que fascina y con esa elocuencia que convence, y fué tal el efecto que produjeron sus palabras en Isabel, que podia decirse que la Providencia iba á convertir en su primer apóstol á una reina.

XIII.

Tanto Isabel como su augusto esposo felicitaron por sus planes al extranjero y le ofrecieron toda su ayuda.

El rey nombró inmediatamente un consejo compuesto de los astrónomos y cosmógrafos más notables para que examinaran en Salamanca sus ideas y para que informase acerca de ellas y encargó su presidencia á D. Fernando de Talavera.

XIV.

Seguro de la proteccion de los reyes, más seguro aún de la de Isabel, que le habia comprendido, aunque con gran pena de Fray Pedro Antunez, partió Colon á Salamanca á aguardar el fallo de los ilustres sábios á quienes habia confiado la corona el exámen de sus proyectos, resuelto al mismo tiempo á discutirlos y á defenderlos.

XV.

El rey habia dispuesto que se celebrara el consejo en Salamanca, porque queria pasar allí el invierno con la córte, y en efecto, allí fué despues de confiar á sus capitanes la continuacion de la guerra contra los moros de Granada y de haberse reunido con la reina en

Universidad Internacional de Andalucía

el campamento de Moclin, para ir á Galicia á sofocar la insurreccion que capitaneó el conde de Lemus.

A principios de octubre llegó la córte á Salamanca.

XVI.

Salamanca era entónces la capital literaria de España.

Cuando se supo el motivo de la reunion de aquel consejo extraordinario, acudieron á dicha ciudad los hombres más notables de los reinos unidos por el enlace de los reyes.

Colon, recomendado por su protector el arzobispo de Toledo, fué á parar al convento de dominicos de San Estéban, donde recibió agradable hospitalidad y donde celebró sus sesiones el consejo.

XVII.

Los frailes tenian entónces una gran influencia en España.

La religion y la ciencia estaban en aquella época estrechamente unidas.

Los tesoros de la erudicion se encerraban en los monasterios, y todas las cátedras estaban ocupadas por profesores que salian de los cláustros.

El clero dominaba tanto como en la iglesia en el Estado, y casi todas las posiciones que ejercian influencia en la córte se hallaban reservadas exclusivamente á los eclesiásticos, salvo algunas que por derecho hereditario disfrutaban los hijos de los nobles.

Universidad Internacional de Andalucía

No era extraño ver por entónces cardenales y obispos que trocaban el casco y la coraza por la mitra y el báculo.

XVIII.

El siglo de los Reyes Católicos se distinguia por el renacimiento de las ciencias, pero más aún por el predominio del celo religioso.

España sobrepujó en fanatismo á las demas naciones cristianas.

Sus ilustres monarcas establecieron la Inquisicion, y no hay para qué decir las persecuciones que sufrian los que proclamaban doctrinas heréticas.

Por entónces y en medio de aquella efervescencia religiosa, de aquel renacimiento científico, se reunió el consejo de sábios en el convento de San Estéban, para examinar la nueva teoría de Colon.

XIX.

Como he indicado antes, componíase el consejo de profesores de astronomia, de geografía y de matemáticas, y de otras ramas de la ciencia, como asimismo de muchos dignatarios de la iglesia y de frailes ilustrados.

Ante este respetable consejo se presentó Colon con ánimo tranquilo para esponer y defender su sistema.

No solamente el vulgo y las personas ignorantes de más elevada categoría le habian calificado de visionario, de loco.

Universidad Internacional de Andalucía

XX.

Al aparecer ante el consejo estaba seguro de ser oido sin pasion por aquellos hombres ilustrados, y como habia sufrido tanto, y tenia derecho á esperar el premio, estaba seguro de obtener el triunfo.

La mayor parte de sus examinadores y sobre todo el presidente del consejo, tenian cierta prevencion contra él.

Esto era natural.

Los que ocupan altas posiciones, los que se hallan en el apogeo, miran con superioridad á los que acuden á suplicarles.

En su mayor parte los miembros del consejo lejos de admirarle, se preparaban á considerarle como á un hombre acusado de impostor, cuya impostura era necesario descubrir para condenarle.

Sin embargo, Colon se hallaba en circunstancias favorables para ser bien acogido por aquel jurado.

XXI.

Oscuro marino, sin estar afiliado á ninguna institucion científica aparecia sin prestigio, pero sin inspirar envidia; su génio podia llegar á dominar á los jueces.

No faltaba entre ellos quien le considerase como un aventurero que aspiraba por cualquier medio á ganarse la vida.

En Salamanca y no solo en aquella ciudad, sino en todas las demás de la monarquia, donde se tenia

Universidad Internacional de Andalucía

noticia de la próxima celebracion del consejo, preocupaba grandemente el resultado de él.

XXII.

Al fin llegó el momento decisivo.

Los jueces tan solemnemente congregados se reunieron en la sala capitular del antiguo convento de San Estéban.

¡Grandioso cuadro era el que presentaba aquel simple marino defendiendo sus teorías con elocuencia y ofreciendo un nuevo mundo en una imponente reunion de profesores, frailes y dignatarios de la Iglesia!

XXIII.

Apenas comenzó á hablar Colon pudo notarse desde luego quiénes eran los que antes de escucharle estaban resueltos á condenar sus teorías y los que con buena fé deseaban oirle para juzgarle.

Entre estos últimos figuraban los dominicos de San Estéban, más versados que los demás asistentes, en la ciencia geográfica.

Al ménos oyeron á Colon con recogimiento é interés.

Los otros se habian hecho este argumento:

—Cuando tan profundos filósofos y cosmógrafos han estudiado la forma de la tierra sin descubrir lo que este pobre hombre presume haber descubierto; cuando tantos y tan hábiles navegadores han explorado los mares desde hace tantos siglos y no han presumido siquiera lo que él presume, ó es una superche-

Universidad Internacional de Andalucía

ría, ó un delirio en este pobre diablo suponer que la Providencia le ha escogido para llevar á cabo tan gran descubrimiento.

Partiendo de este principio le escuchaban con indiferencia.

XXIV.

No todos los detalles de aquella solemne sesion ha conservado la historia en sus páginas de oro.

Los que han llegado hasta nosotros prueban hasta qué punto se desarrolló la mala fé contra Colon, y más aún las escasas luces que tenian gran parte de sus jueces.

La universidad de Salamanca, célebre ya, echó sobre sí un borron que en vano ha tratado de ocultar al espíritu moderno.

Cierto fanatismo que existia por entonces era el mayor obstáculo que hallaba el progreso de la ciencia.

Las luces de la antigüedad habian desaparecido.

La fé, acaso exagerada, habia ocupado el puesto del exámen.

Extraviada en un dédalo de controversia religiosa, la humanidad habia retrocedido.

XXV.

Por lo tanto, en lo más intrincado de la discusion, en vez de ser combatido el noble genovés en el terreno de la geografía, se vió abrumado por citas de la Biblia y del Nuevo Testamento.

El libro del *Génesis*, los *Salmos de David*, *El li-*

Universidad Internacional de Andalucía

bro de los Profetas, *Las Epístolas*, *Los Evangelios*, fueron el arsenal de argumentos para sus adversarios.

Y no solamente se invocó el *Antiguo Testamento*, sino á sus venerables comentadores San Crisóstomo y San Agustin, San Gerónimo y San Gregorio, San Basilio y San Ambrosio y hasta el llamado campeon de la fé, el célebre Lactancio, fueron invocados para contrarestar las opiniones de Colon, estableciéndose una confusion entre los puntos de doctrina y las comparaciones filosóficas.

Para la mayoría de los sábios reunidos en el consejo, ninguna demostracion matemática tenia valor si no estaba de acuerdo con algun texto de la Escritura ó algun comentario de los Padres de la Iglesia.

XXVI.

Así, pues, cuando llegó el momento de hablar de los antípodas, de la posibilidad de su existencia en el hemisferio meridional, opinion tan generalmente adoptada por los sábios de la antigüedad y objeto de grandes discusiones entre los ignorantes y las gentes instruidas, fué por decirlo así, uno de los caballos de batalla que sacaron á la palestra los eruditos de Salamanca.

Colon la apoyó con energía, con conviccion, con datos.

Pero sus jueces le combatieron con citas de las obras de Lactancio y de San Agustin, escritores que, aunque dotados de una vasta erudicion y de luces tan admirables que, no en vano figuran en la edad de oro

Universidad Internacional de Andalucía

de la Iglesia, no por eso dejaron de mantener las ciencias en la mayor oscuridad.

Colon se vió sorprendido por un pasaje de Lactancio, indigno por lo absurdo de un teólogo tan grave como él.

XXVII.

«¿Hay algun loco,—preguntaba Lactancio,—capaz de creer que existen antípodas, gentes que andan con los piés arriba y la cabeza abajo? ¿Hay quien crea que existe una parte del mundo en donde todo pasa al revés que en el nuestro, en donde los árboles crecen desde la copa al tronco, no desde el tronco á la copa, en donde llueve, nieva y graniza de abajo á arriba?»

Este texto, con todas sus letras, fué uno de los argumentos que se pusieron á Colon.

Otras objeciones más sérias fueron sacadas de los libros de San Agustin, el cual, como es sabido, declara la teoría de los antípodas inconciliable con los fundamentos históricos de la fé, porque en su concepto afirmar que hay tierras habitadas en el confin del globo, es pretender que hay naciones que no descienden de Adan, y desmentir la Biblia que dice que todos sómos hijos de Adan.

XXVIII.

Para refutar la teoría de la redondez de la tierra, apelaron sus jueces á las Sagradas Escrituras.

Se recordó que en uno de los Salmos se dice «que el cielo se extiende como una piel, *extendens cælum*

Universidad Internacional de Andalucía

sicut pelem,» (1) ó lo que es lo mismo, segun los comentadores, como un cortinaje, puesto que las tiendas y cabañas de los antiguos pueblos estaban cubiertas con pieles de animales.

Asimismo se invocó que San Pablo en su *Epístola á los hebreos*, compara al cielo con un tabernáculo, en el que hay un cortinaje extendido sobre la tierra, razon por la cual debe ser llana.

XXIX.

Colon, que como mis lectores han tenido ocasion de ver, era religioso, creyente, é incapaz de incurrir en la menor heregía, fué considerado al refutar aquellos argumentos como herege.

Sin embargo, otros examinadores más versados en la ciencia, admitieron la redondez de la tierra como tambien la posibilidad de un hemisferio opuesto al habitado; pero, reproduciendo el error de los antiguos, sostenian que no podia llegarse á él á causa del insoportable calor de la zona tórrida.

«Pero aun suponiendo que se pudiera llegar, añadian, la circunferencia de la tierra es tan grande, que se necesitaba lo ménos tres años para el viaje, y por consiguiente, que los que le emprendieran tendrian que morir necesariamente en el camino víctimas de la sed y del hambre, puesto que era imposible llevar provisiones para tanto tiempo.»

(1) Salmo 103.

Universidad Internacional de Andalucía

Los más atrevidos, los que más avanzaban, hacian una objecion que era seguramente la ménos absurda, esto es: que aunque un navío lograse llegar á la extremidad de la India, no podria jamás volver, porque siendo la tierra redonda, se hallaria delante de una especie de montaña que le seria imposible salvar, aunque soplase el viento más favorable.

XXX.

Estos eran en general los errores, las preocupaciones, la mezcla de ignorancia, de erudicion y de pedantismo que Colon tenia que combatir durante el curso de su exámen.

No una sesion, sino muchas, no bastaron para que pudiera hacerse cargo de todos aquellos argumentos y refutarlos.

Las esperanzas de Colon quedaron defraudadas.

XXXI.

Se habia figurado que en breve tiempo podria salir victorioso de aquella prueba.

Pero los disgustos que experimentaba al ver que cuando invocaba los principios de la ciencia le contestaban con el fanatismo religioso, volvieron á sumirle en la desesperacion, tanto mayor entónces cuanto que ya habia vencido las principales dificultades, cuanto que contaba con la benevolencia de los reyes y veia que otra vez iba á estrellarse la proteccion de un so-

Universidad Internacional de Andalucía

berano en la ignorancia, en la envidia, ó en la mala fé de sus consejeros.

XXXII.

Respondiendo á sus contradictores durante el curso de los debates expresó la opinion de que los autores inspirados por las Sagradas Escrituras no habian hablado en términos técnicos como cosmógrafos, sino por medio de figuras retóricas, en un lenguaje al alcance de todo el mundo.

Trató con respeto y veneracion las intenciones de los padres de la iglesia, admitiendo muchas de sus teorías como *homilías* y no como proposiciones filosóficas.

En cuanto á los filósofos antiguos los combatió con energía y habilidad, y probó que los más ilustrados de entre ellos creian que los dos hemisferios habitados por más que se imaginaban en la zona tórrida impedían su comunicacion.

Fundado no sólo en la teoría, sino en la práctica, refutó este error y consignó lo que era cierto; que habia llegado hasta San Jorge de la Mina en Guinea casi bajo la influencia del Ecuador y habia visto que no sólo aquella region no era inabordable, sino que habia en ella gran número de moradores y que producia pastos y frutos abundantes.

XXXIII.

Como sentía verdaderamente la fé; como estaba

Universidad Internacional de Andalucía

plenamente convencido de que no sólo no eran heréticas sus teorías, sino que contribuian á poner en evidencia la grandeza de Dios, abandonando la modestia con que se presentó á sus jueces, y fué poco á poco mostrándose tal cual era.

Su génio atrevido, dominador, que se crecia luchando con los obstáculos, que con la verdad y su elocuencia lo avasallaba todo, y que oponia á los argumentos vulgares razones sólidas, á los escrúpulos fanáticos los resplandores del más profundo sentimiento religioso, se creia llamado á llenar una gran mision en el mundo, y cuantos más obstáculos tenia que vencer mayor era su energía; mas contundentes sus argumentos.

XXXIV.

Hubo un momento en el que desesperado al ver que á sus razones científicas contestaban con argumentos rebuscados en el mas pueril fanatismo, arrojando lejos de sí los mapas, los planos y los globos, buscó á sus adversarios en el terreno donde le llamaban, en el terreno religioso.

Con los mismos magníficos pasajes de la Sagrada Escritura, les demostró las milagrosas predicciones de los profetas, en las que vió anunciado el sublime descubrimiento que proyectaba.

No todos sus jueces cedieron al influjo de su génio. Pero en honor de la verdad preciso es confesar que en aquellas sesiones ganó muchos prosélitos.

Universidad Internacional de Andalucía

XXXV.

Fué entre ellos su más entusiasta partidario, Diego de Deza, digno y sábio dominico, profesor de teología del convento de San Estéban, y que mas tarde ocupó la silla arzobispal de Sevilla, que era la segunda dignidad eclesiástica de España.

Este hombre de talento superior se interesó vivamente por Colon, le secundó con todas sus fuerzas y calmó el celo de sus hermanos hasta el punto de lograr que le escuchasen sin pasion.

Unidos los esfuerzos de este ilustre dominico y de Colon, lograron avasallar á los profesores más instruidos de cuantos se hallaban en el consejo.

XXXVI.

A pesar de todo, hubo en la asamblea una gran mayoría de hombres tímidos, de sábios orgullosos que se negaban á conceder crédito á las demostraciones de un pobre extranjero, sin fortuna y sin títulos académicos.

Colon no podia destruir las preocupaciones de unos ni la mala fé de otros.

Se celebraron muchas conferencias, pero en ellas no se adelantaba nada.

XXXVII.

Los ignorantes persistian en su opinion con una tenacidad inconcebible.

Universidad Internacional de Andalucía

Los más intransigentes comenzaban á fatigarse con aquellas discusiones, en las que no veian solucion alguna.

Muchos de los partidarios que Colon habia conseguido atraer á su causa, aunque admirando su talento, consideraban su proyecto como un sueño.

Sentian la probabilidad de la empresa, pero desconfiaban que la realizase nunca.

XXXVIII.

Fray Fernando de Talavera, más preocupado de los negocios públicos que de las decisiones del consejo, cuya presidencia ejercia, hizo causa comun con los incrédulos, y despues de tantos afanes, de tantas luchas, de tantas esperanzas, de tantos desengaños, Colon tuvo que aguardar todavía mucho tiempo antes que pronunciase su fallo la docta asamblea.

La desgracia volvia de nuevo á aprisionarle en sus brazos.

Todavía le quedaba un amigo. Este amigo era el dominico Diego de Deza.

Universidad Internacional de Andalucía

Capítulo XXIX.

Nuevas contrariedades.

I.

Habiendo cesado las deliberaciones entre el consejo de Salamanca, porque Fray Fernando de Talavera fué nombrado obispo de Ávila, y porque todas las miradas se apartaron de la ciencia para consagrarse á la guerra, Colon tuvo una conferencia con el arzobispo de Toledo.

—Veo que sois muy desgraciado,—le dijo éste despues de oir sus amargas quejas.— Pero, amigo mio, vuestro plan es grandioso; si le llegais á realizar, os aguarda un triunfo inmenso, y lo que mucho vale, mucho cuesta.

Si quereis seguir mi consejo, no desespereis; el rey os estima, pero más que la estimacion puede en él el deseo de eclipsar los descubrimientos que ha hecho Portugal, y no dudo que en cuanto termine la guerra

Universidad Internacional de Andalucía

contra los moros, prestará mayor atencion á vuestros proyectos, y aunque la opinion de vuestros examinadores sea desfavorable, tal vez, ante la perspectiva del triunfo, se resuelva á ampararos.

La reina que no sólo es cristiana, sino que cree en vos y que influye poderosamente en el ánimo de su augusto esposo, ambiciona la gloria, no para ella que es humilde y bondadosa, sino para su corona, para sus pueblos, será vuestra más constante protectora, sobre todo si no os pierde de vista, porque en la córte amigo mio, hay tanto que hacer, son tan varias las emociones y se multiplican tanto los acontecimientos que es necesario refrescar á menudo la memoria de las personas á quienes necesitamos para que no nos echen en olvido.

—Segun eso vuestra eminencia me aconseja...

—Que sigais á la córte á todas partes, que aprovecheis todas las coyunturas de poner en evidencia vuestra persona y de cultivar las relaciones de las personas á quienes conoceis y que en un momento dado puedan favoreceros.

Ya sé que no teneis recursos, pero no en balde soy vuestro amigo. En todas vuestras necesidades acudid á mí.

Yo conseguiré además que en las jornadas que hagais con la córte participeis de bagaje y racion como agregado á la servidumbre real, y si perseverais en vuestro plan á pesar de las desdichas que os aguardan, todavía alcanzareis la gloria que os espera.

Universidad Internacional de Andalucía

II.

En vista de estos consejos resolvió Colon acompañar á los reyes en todas sus espediciones, y en los primeros dias de la primavera de 1487 volvió á Córdoba con la córte, que hacia todos los preparativos para comenzar la memorable campaña de Málaga.

III.

Colon creyó que, habiendo sido nombrado fray Fernando de Talavera obispo de Avila, se alejaría de la córte, y como por un fin inconcebible, era el que contrarestaba el buen deseo que hácia él tenian los reyes, pensó que su influencia ganaria más terreno en la voluntad de los monarcas.

Pero fray Fernando de Talavera no solamente era el confesor de la reina, sino uno de sus más activos consejeros en las cuestiones militares, y acompañó á la córte.

IV.

Agradecido Colon, á la buena acogida que le habian dispensado los dominicos de San Estéban se despidió de ellos y particularmente de su amigo Diego Deza, el cual antes de darle aquel cariñoso adios:

—Tened fé, amigo mio,—le dijo,—como yo os he comprendido llegarán á comprenderos, y no hay duda,

Universidad Internacional de Andalucía

vuestro poderoso génio alcanzará el galardon que merece.

Los buenos dominicos llenaron su bolsa, le proporcionaron relaciones para otros conventos de su órden por si acaso necesitaba hospitalidad ó recursos y le despidieron con las lágrimas en los ojos, porque la verdad es que su noble corazon y su profundo talento les habian cautivado.

V.

Antes de llegar á Córdoba, se separó de la régia comitiva para acercarse á Baeza y tener el placer de estrechar en sus brazos á su querido hijo Fernando.

El niño crecia al calor de los buenos y leales servidores de Beatriz, y en medio de sus desventuras experimentó el pobre marino la satisfaccion de ver, que gracias al cariño que habia inspirado á Beatriz, los dos únicos séres más queridos de su corazon que le habian quedado en el mundo, vivian con desahogo y tenian un porvenir risueño.

Con ménos ánimos para continuar luchando, se dirigió á Córdoba, y su historia desde entónces hasta el momento en que llegó al monasterio de la Rábida, marchó enlazada con la de los gloriosos monarcas, que consiguieron arrojar de los últimos minaretes de la oriental Granada, la media luna, para clavar en ellos la cruz, signo sublime de la religion.

Universidad Internacional de Andalucía

VI.

Ante la necesidad de la guerra, quedaron olvidadas las grandiosas conquistas que ofrecia Colon.

El rey, valiente y entendido capitan, habia resuelto, de acuerdo con su consejo y con el de la reina, empezar las operaciones militares contra Málaga, apoderándose antes de Velez-Málaga, plaza fuerte situada á más de cinco leguas de aquella ciudad en el extremo meridional de una cordillera de montañas que por estenderse hasta Granada debia facilitar una gran posicion á los soldados españoles para combatir á la morisma.

VII.

La rendicion de esta plaza fué el principal objeto de aquella campaña.

Las fuerzas que habian dado las ciudades de Andalucía, las de las huestes de los nobles, y de la caballería que habian proporcionado todas las provincias del reino, ascendia por aquel tiempo á unos doce mil hombres de á caballo y cuarenta mil infantes.

Este crecido contingente de tropas, era la mejor prueba del vehemente entusiasmo que habia en los pueblos por auxiliar á sus reyes, y del deseo que tenian de alejar para siempre de España á los árabes.

VIII.

Amaneció el dia 7 de abril; un sol hermoso resplandecia en el cielo.

Universidad Internacional de Andalucía

La vega cordobesa estaba tapizada de verdura.

Todo sonreia en la naturaleza.

Todo parecia augurar el triunfo de las huestes de los Reyes Católicos.

La ciudad se aprestaba con alegría y fé á despedir á los guerreros, y desde muy temprano empezó á notarse gran movimiento en la poblacion.

A cada instante, en cada calle, en las plazas formando corros, se hallaban soldados, sobre cuyas aceradas corazas y relucientes cascos, jugueteaban los rayos del sol, conversando con las mugeres y los hombres del pueblo, demostrando en sus palabras el profundo entusiasmo que tenian en su alma, los vehementes deseos que llevaban de hacer triunfar la religion de sus abuelos.

IX.

La noche anterior habia ocurrido un funesto accidente en la ciudad.

Un terremoto habia destruido una parte del Palacio Real, y algunos otros edificios.

Pero este suceso que en otra ocasion hubiera contristado á todo el mundo, no solo pasó poco menos que desapercibido, porque nadie pensaba mas que en la gloria que aguardaba á las armas españolas, sino que hasta una frase de la augusta Isabel pronunciada en aquellos momentos del conflicto, apenas se divulgó por la ciudad, aumentó el fuego en el corazon de

Universidad Internacional de Andalucía

los soldados, y fortaleció el espíritu abatido de los débiles.

—El alcázar de Córdoba se ha arruinado,—dijo la reina.—Volemos á Granada para que mis soldados me conquisten un palacio, y yo tenga una morada bendecida por los ministros de nuestra santa religion.

X.

Las tropas, al frente del rey, abandonaron la ciudad en medio de las alegres aclamaciones de sus habitantes.

Colon formaba parte de la expedicion.

La campaña debia ser dura y penosa.

XI.

Despues de atravesar el ejército el rio Yeguas y la noble y antigua ciudad de Antequera, entró en el terreno áspero y montañoso que se extiende hácia Velez.

Los rios estaban tan crecidos por las grandes lluvias y los vados eran tan malos y difíciles, que hubo dias en los que aquella numerosa hueste no pudo adelantar mas que una legua y llegó el caso de que no hallando ningun paraje donde acampar en el espacio de cinco leguas, morian los hombres agobiados por el cansancio, y las acémilas caian bajo la pesada carga para no volver á levantarse más.

Doce dias tardó el ejército en llegar á asentar sus reales delante de Velez Málaga y al encontrarse allí

Universidad Internacional de Andalucía

el desaliento de los capitanes fué grande porque los caminos tortuosos y difíciles habian sido causa de que no pudieran llegar hasta donde estaban las tropas, los ingenios grandes de batir que habian trabajosamente preparado.

Tenian, pues, que valerse, de los pequeños ingenios de batir.

XII.

Mientras los cristianos hacian estos preparativos, los moros que conocian la importancia de Velez para la seguridad de Málaga se alarmaron.

Fué tal la sensacion que produjeron en Granada las noticias del peligro que corria aquella plaza, que el mismo Zagal quiso ponerse al frente del ejército para libertar á la ciudad sitiada.

Durante el dia vieron los moros de Velez coronadas las alturas de las montañas próximas á la ciudad por millares de enemigos y por la noche continuaron viéndoles al siniestro resplandor de las hogueras.

XIII.

En vista de esto concibieron el plan de desbaratar por sorpresa á sus sitiadores, y así lo hicieron saliendo al campo y comenzando á luchar sin precaucion de ningun género.

El marqués de Cádiz les obligó á retirarse á su capital, desbaratando en breve tiempo el numeroso ejército que acaudillaba el Zagal.

No era esta su última derrota.

Universidad Internacional de Andalucía

XIV.

Olvidándose los suyos de sus antiguas victorias volvieron sus ojos á Abdallah, cerraron al Zagal las puertas de la ciudad cuando llegaba perseguido por los cristianos, y aquel desgraciado arabe no tuvo mas remedio que retirarse á Guadix, plaza que con las de Almería, Baza y algunas otras continuaba siendo fiel á su causa.

XV.

En aquella jornada estuvo á punto de perecer Don Fernando el Católico.

Algunas partidas de cristianos se retiraban en desórden ante un escuadron enemigo, y el rey que estaba á la sazon en su tienda, sin pensar en el peligro que corria, sin mas arma defensiva que su corazon, montó á caballo, se arrojó en medio de los enemigos y consiguió reanimar el valor de sus soldados que decidieron el triunfo.

Pero en medio del combate, habiendo perdido Don Fernando la lanza, hacia los mayores esfuerzos para sacar la espada que pendia del arzon de su silla, cuando se vió acometido por algunos moros.

Logró desenvainar su acero, y batiéndose como un leon evitó los tajos de sus adversarios que ignoraban cuán grande, cuán soberano triunfo les aguardaba si le hubieran vencido.

Universidad Internacional de Andalucía

Afortunadamente corrieron á su ayuda el marqués de Cádiz y Garcilaso de la Vega.

XVI.

—¿Qué habeis hecho, señor?—le preguntaron despues de hallarse en salvo;—no conoce V. M. que vuestra direccion es más preciosa en el ejército que vuestra lanza?

—Y qué monarca,—contestó el rey,—puede detenerse á calcular los riesgos cuando por causa suya vé peligrar la vida de sus vasallos?

Esta respuesta que no tardó en divulgarse en todo el campamento, le granjeó el amor de su ejército.

XVII.

Despues de aquellas reñidas batallas los habitantes de Velez estaban seguros de que no tenian más remedio que rendirse.

Vencidos por mar y tierra, sin esperanza de socorros, capitularon.

A la capitulacion de esta ciudad siguieron otras y las huestes cristianas se abrieron paso hácia la antigua Málaga.

XVIII.

Málaga, que en los siglos XII y XIII era capital de un principado independiente, era despues de Granada la ciudad más importante de los moros.

Universidad Internacional de Andalucía

Los fértiles campos que la rodeaban, su cómodo puerto en el Mediterráneo, le proporcionaba un comercio de los más importantes con las regiones apartadas del mundo.

Ricos sus habitantes, sus casas rodeadas de risueños jardines y de bulliciosos saltadores de agua se asemejaban á los oasis del desierto.

XIX.

Bien conocian sus moradores que aquella joya debia excitar la codicia de los cristianos, y anticipándose á sus proyectos, rodearon la ciudad de fortalezas de gran resistencia, y mandaron construir una ciudadela unida á la ciudad por medio de un camino cubierto con una segunda fortaleza, inespugnable por su posicion, y situada en la falda de la sierra de la Ajarquía.

XX.

Cuando las tropas de los Reyes Católicos se aproximaron á Velez, fué reforzada la guarnicion de Málaga con voluntarios de las ciudades inmediatas y con una legion de mercenarios de Africa llamados *gomeles*, hombres de un valor á toda prueba, y de una disciplina singular.

Hemet Zelí obtuvo el mando de este importante punto.

Universidad Internacional de Andalucía

XXI.

Creyendo el rey que capitularia le envió al marqués de Cádiz para que tratase de las condiciones; pero todas sus ofertas y proposiciones fueron desechadas y no hubo más remedio que sitiar la plaza.

El sitio duró mucho tiempo.

Todos los dias habia escaramuzas y combates en los que el triunfo se dividia por partes iguales.

El rey hizo llevar desde Velez por mar, á su campamento, las lombardas más gruesas que habian tenido que quedarse en Antequera al sitiar á Velez Málaga, y se mandó á buscar á Algeciras balas.

XXII.

En el campamento unos se ocupaban en hacer balas, en preparar toda clase de municiones, miéntras que otros reunian los ingenios de guerra, máquinas que continuaron en uso mucho tiempo despues de conocerse las armas de fuego.

Una nueva complicacion aplazó la conquista de aquella ciudad.

XXIII.

La peste se habia desarrollado en Málaga, algunos árabes desertores comunicaron la noticia al campamento, y al ver los espías de los moros el efecto que

Universidad Internacional de Andalucía

habia producido en las tropas cristianas, animaron á los caudillos á perseverar en la defensa asegurándoles que el rey católico no podia permanecer mucho tiempo delante de sus murallas.

El desaliento que se apoderó de las tropas de Don Fernando fué causa de que llamase éste á su esposa Doña Isabel para que con su presencia, como lo habia hecho otras veces, infundiese valor á los soldados.

XXIV.

La reina sin vacilar un sólo instante á pesar de los peligros que corria, se puso en camino acompañada del cardenal de España, de otros elevados dignatarios de la iglesia, de la infanta Isabel y de gran número de damas y caballeros de su córte.

XXV.

Durante la ausencia de D. Fernando habia permanecido en Córdoba, y Cristóbal Colon habia tenido ocasion algunas veces de conversar con ella acerca de sus proyectos.

Con gran pena la vió partir, tanto más cuanto no sólo habia logrado interesarla más y más en sus esperanzas, sino que aguardaba de un momento á otro la llegada á Córdoba de su amigo D. Alvaro, personage portugués á quien habia tenido ocasion de conocer en Lisboa, y que por lo elevado de su linage estaba llamado á tener gran influencia en la córte de España.

Universidad Internacional de Andalucía

Pero todavía no se habia cansado la desgracia de perseguirle, y debia experimentar otro nuevo dolor.

XXVI.

Dejemos á los reyes, Isabel alentando á los soldados; Fernando ocupado en concertar con sus capitanes los medios más eficáces de apoderarse de la ciudad de Málaga; abandonemos aquellos reales en los que debia suceder á Colon una nueva desdicha, y retrocedámos para conocer cuáles eran los lazos que ligaban al noble genovés con el alto personaje que no era otro que D. Alvaro de Portugal, hermano menor del duque de Braganza; el cual, huyendo de su país, se refugiaba en España y llegaba á Córdoba poco despues de haber salido para el campamento de Málaga, Isabel la Católica.

Solo de esta manera podremos comprender los motivos que tenia para protegerle, y la trascendencia del infortunio de Colon.

Universidad Internacional de Andalucía

Capítulo XXX.

De cómo Colon hizo amistad con D. Alvaro.

I.

Colon, que como refirió al prior de la Rábida y sáben mis lectores, habia nacido en Génova, de una familia en la que estaba vinculada, por decirlo así, la aficion á la vida marítima; desde muy niño hizo algunas expediciones con su tio, el antiguo almirante genovés de su mismo nombre, y con su primo, á quien para distinguirle de su pádre, llamaban Colon el jóven.

II.

Era este un corsario famoso, tan terrible para los berberiscos, que la tradicion cuenta que las mujeres de los infieles asustaban á sus hijos citando el nombre del corsario.

Universidad Internacional de Andalucía

Nuestro héroe sintió desarrollarse en su alma desde muy niño la pasion por las aventuras, y le acompañó en muchas de sus expediciones.

III.

Supo el corsario un dia que cuatro galeras venecianas volvian de Flandes con joyas y dinero, y fué á esperarlas en la costa de Portugal, entre Lisboa y el cabo de San Vicente.

No tardaron en llegar; y verse y trabar una desesperada lucha, todo fué uno.

Fuéronse al abordaje, y los marineros combatieron cuerpo á cuerpo.

La lucha duró todo el dia, batiéndose como leones unos y otros, y ocasionándose ambos contendientes grandes pérdidas.

IV.

Una de las galeras, mas poderosa que las otras, llevaba á bordo un jóven que sobre poco mas ó menos tendria la edad de Cristóbal Colon.

Era el hijo de una noble familia portuguesa, aficionado tambien á las espediciones marítimas y que volvia á su pátria.

Mas valeroso que los mismos venecianos, con unos cuantos marineros de su galera, saltó á la nave del corsario y comenzó á batirse denodadamente.

Universidad Internacional de Andalucía

V.

Pero no bien habia puesto el pié sobre ella cuando cayeron dos granadas, la incendiaron y trasmitieron el fuego á la galera que él habia abordado, y en un instante no fueron las dos embarcaciones mas que una inmensa columna de fuego.

Los marineros se arrojaron al mar.

Nuestro héroe hizo otro tanto.

Como estaba acostumbrado á nadar, á pesar de hallarse á bastante distancia de la orilla se puso en marcha decidido á ganarla.

Al resplandor siniestro de las llamas, vió cerca de sí un jóven cuyas fuerzas desfallecian.

VI.

—¡Salvadme, salvadme!—gritaba el infeliz.

Una mirada suya bastó á Cristóbal para comprender la angustia de aquel hombre que pedia socorro, y sintió el deseo de auxiliarle.

Agarrándole fuertemente con su robusto brazo y duplicando las fuerzas del otro, pudo ganar la orilla, y despues de una lucha desesperada logró pisar tierra y salvar la vida de aquel infeliz.

VII.

—Somos enemigos,—le dijo el jóven—pero nunca

Universidad Internacional de Andalucía

me olvidaré ni de vuestro valor, ni de vuestra caridad. Hemos pisado tierra de Portugal que es mi pátria. Si alguna vez venís aquí, enseñad esta sortija, añadió dándole una que llevaba en el dedo, buscad al hijo mayor del duque de Braganza y hallareis en él un amigo, un hermano.

—No tardaré en aprovecharme de vuestra bondad —contestó Colon,—¡Dios sabe si han perecido mis parientes en el incendio ó en la pelea! De cualquier modo no es Génova, sino Portugal, la pátria que yo necesito para llevar á cabo mis proyectos.

—¿Sois marino?

—De todo corazon.

—¿Anhelais formar parte de las espediciones que salen contínuamente de Lisboa para descubrir tierras?

—Es mi único deseo.

—Pues bien, buscadme; precisamente mi familia goza de gran influencia cerca de nuestro rey D. Enrique, y no me faltará ocasion de pagaros el inmenso servicio que me habeis prestado.

VIII.

Colon se reunió á algunos de los marineros genoveses que habian logrado salvarse, y el jóven portugués, con algunos de los de la tripulacion de las galeras venecianas, se internó en Portugal.

De aquel momento databa la amistad entre don Alvaro y Cristóbal Colon; amistad que habia nacido

Universidad Internacional de Andalucía

en el primero de la más profunda gratitud, y en el segundo de la más grande simpatía.

Aquel naciente afecto debia consolidarse más tarde.

IX.

Desesperado Cristóbal Colon con el porvenir que le esperaba en su pátria, teniendo que vivir á la merced de un corsario, anheloso de emplear su inteligencia y su valor en empresas más nobles y más grandiosas que las que acometia su primo, y estimulado por la amistad que le habia ofrecido D. Alvaro, se despidió de sus amigos y se dirigió á Lisboa.

En aquella época, Portugal se hallaba coronado por la gloria que adquirian los descubrimientos que empezaban á hacer los aventureros marítimos nacidos en su seno.

X.

Colon se halló en su centro.

Apenas sentó su planta en las orillas del caudaloso Tajo, no oyó hablar más que de empresas arriesgadas, de expediciones marítimas, de exploraciones allende los mares.

Todo aquel entusiasmo, toda aquella pasion por lo desconocido era, segun se cuenta, efecto de una historia que corria de boca en boca todo Portugal.

XI.

Contábase que un inglés llamado Machamm, hu-

Universidad Internacional de Andalucía

yendo de Francia con una mujer á quien amaba, fué lanzado por una tempestad á una distancia inmensa y se encontró sin ver tierra, ni presumir hácia donde podria dirigirse para encontrarla.

Despues de haber vagado algun tiempo por el mar, llegó á una isla desconocida, desierta, cubierta de magníficas selvas, y aquella isla recibió más tarde el nombre de isla de Madera.

No faltaba quien calificase de fábula esta historia, ni quien creyera que las islas Canarias, llamadas por los antiguos islas Afortunadas por creer que en ellas habia estado el *Jardin de las Hespérides*, habian sido descubiertas antes.

XII.

El gran impulso que habia tomado el espíritu de los descubrimientos, no fué hijo de la casualidad, sino del deseo que habia concebido un príncipe de gran talento despues de profundas meditaciones.

Enrique de Portugul, hijo de Juan I, acompañó de niño á su padre en una expedicion contra los moros, y en Ceuta despertaron su curiosidad las noticias que le dieron acerca de la costa de Guinea y otras regiones, desconocidas hasta entonces por los europeos.

A su regreso á Portugal concibió la idea de que podrian hacerse grandes descubrimientos navegando á lo largo de las costas orientales de Africa.

Universidad Internacional de Andalucía

XIII.

Retirándose léjos del tumulto de la córte á un asilo campestre en medio de los Algarbes, próximo al cabo de San Vicente y en presencia del Océano, reunió en torno suyo á los sábios más eminentes y se entregó al más profundo estudio de la ciencia de la navegacion.

Buen matemático, completó su ilustracion con todos los conocimientos de astronomía que poseian los árabes establecidos en España.

XIV.

De sus investigaciones dedujo que el Africa era un continente que se extendia hácia el polo Sur y rodeaba el mar de las Indias yendo á enlazarse con el Asia más allá del Ganges.

Resolver esta cuestion y dar la vuelta al Africa era el objeto de su ambicion, y la idea de las grandes ventajas que podria reportar á su pais esta empresa, le entusiasmaba.

XV.

Los lombardos tenian desde hacia mucho tiempo el monopolio del comercio del Asia.

Habian fundado en Constantinopla y en el Mar

Universidad Internacional de Andalucía

Negro establecimientos en donde recibian los productos de las islas situadas cerca del Ecuador.

Los perfumes, las piedras preciosas y otros objetos de lujo que les proporcionaba el Egipto y el Mediodia del Asia, los vendian con gran ventaja en Europa.

XVI.

Las repúblicas de Venecia y de Génova eran ricas por este tráfico, y sus mercaderes rivalizaban en magnificencia con los príncipes.

Un camino más directo para las Indias podia amenguar su grandeza y enriquecer á Portugal.

XVII.

Siendo del agrado del rey porque al heredar la corona no olvidó sus proyectos, el estudio de la navegacion, grande fué el número de portugueses y de extranjeros que se consagraron á ayudarle en su empresa.

El rey fundó un colegio marítimo y un observatorio, perfeccionó con ayuda de los sábios que le rodeaban los mapas, propagó el uso del compás, y los marinos pudieron navegar con mas seguridad.

XVIII.

La marina portuguesa comenzó á distinguirse.

Dobló el cabo Bojador, penetró en la region de los

Universidad Internacional de Andalucía

trópicos, exploró gran parte de la costa de Africa, desde el cabo Blun hasta el cabo Verde, y llegó á las Azores, situadas á trescientas leguas del continente.

Enrique obtuvo del Papa una bula por la que se concedia á la corona de Portugal una autoridad soberana sobre todas las tierras que descubriese en el Atlántico hasta la India, con indulgencia plenaria para todos los que muriesen en aquellas espediciones.

Al mismo tiempo amenazaba la iglesia con severos castigos á los que pusiesen obstáculos á estas conquistas.

XIX.

El duque de Braganza, íntimamente ligado con el rey D. Enrique, no solamente por el parentesco, sino por las afecciones, fué uno de sus mas poderosos auxiliares, y D. Alvaro, hermano mayor del duque, desde muy niño, dió á conocer que las cualidades que le adornaban llegarian á ser un poderoso elemento para la realizacion de los planes del rey su hermano.

XX.

Colon no podia haber merecido un favor mas grande de la suerte que el de haber conocido á D. Alvaro y el de haberle salvado la vida.

Desgraciadamente por entónces habia muerto Don Enrique, y entró á sucederle D. Juan II, menos dado que su antecesor á aquellos nobles y generosos deseos de conquistar nuevos territorios para Portugal.

Universidad Internacional de Andalucía

XXI.

Cuando llegó Colon, hasta algunos años despues no realizó Vasco de Gama, el deseo de D. Enrique, doblando el cabo de Buena Esperanza, y abriendo á lo largo de la costa meridional del Asia, un camino hácia las opulentas regiones del Oriente.

Sin embargo, antes de morir tuvo la satisfaccion de que Portugal, una nacion pequeña, insignificante, por efecto de sus descubrimientos se elevase á tal altura entre las demás naciones de Europa.

XXII.

La subida al poder de D. Juan II, fué causa de una série no interrumpida, de desgracias para la familia de D. Alvaro que habia disfrutado el favor del rey D. Enrique.

Allí empezó la desventura de Colon, puesto que estimándole verdaderamente y hallándole resuelto á protegerle D. Alvaro, que le debia la vida, tuvo que abandonarle y huir de Lisboa lo mismo que su hermano, para libertarse de los lazos que el ódio del monarca tendia á toda su familia.

XXIII.

Colon vió desaparecer de su lado aquella esperanza, aquella seguridad de su bien y el resto de su his-

Universidad Internacional de Andalucía

toria, en aquella capital ya la conocen mis lectores, porque se la han oido contar á él mismo al prior de la Rábida.

Apaciguáronse al parecer las persecuciones contra la familia de D. Alvaro de Portugal, y ambos hermanos llegaron á Lisboa, cuando Colon desesperado habia partido para España y se encontraba en Córdoba luchando entre sus desventuras y la felicidad que le proporcionaba el amor de Beatriz.

XXIV.

Súpose la noticia de la vuelta á la córte del duque de Braganza y su hermano, y Colon, que no habia olvidado la amistad que le profesaba el último, le escribió desde Córdoba, aprovechando la ocasion de un fraile franciscano que pasaba á Portugal, para que le llevase su carta y para que le viese en su nombre.

XXV.

La historia no lo dice, porque hay cosas que las olvida para no manchar sus páginas.

Pero la tradicion secreta cuenta que una noche penetraron en el palacio del duque de Braganza unos hombres enmascarados, y apoderándose de él, le cosieron á puñaladas.

Acto contínuo buscaron á D. Alvaro para que sufriera la misma suerte, pero no le encontraron.

No habia llegado aún á su morada.

Universidad Internacional de Andalucía

XXVI.

Cuando llegó y supo el horrible asesinato de que acababa de ser víctima su hermano, cuando comprendió que aquel crímen era la satisfaccion de una venganza que podria alcanzarle á él:

—Tengo el deber de vengar esa ofensa,—se dijo;—necesito vivir y ser grande para luchar de igual á igual con mis perseguidores.

Y alejándose de su palacio, pasó oculto algunos dias en la humilde morada de sus antiguos servidores, se embarcó en una galera veneciana, y escribió á los Reyes Católicos contándoles sus desventuras.

Llamado por ellos, no tardó en anunciarse en Córdoba la próxima llegada de D. Alvaro.

XXVII.

Cuando Colon lo supo fué inmensa su alegría.

No habia duda; aquel hombre de corazon que no habia olvidado su amistad, que conocia sus proyectos, que tanta influencia iba á tener en la córte de España, podia ser un protector más, una influencia que decidiese á los reyes á realizar sus sueños de toda la vida.

Cuando llegó D. Alvaro de Portugal habia partido la reina.

Universidad Internacional de Andalucía

XXVIII.

Durante las breves horas que se detuvo en la ciudad vió á Colon.

Los dos antiguos amigos hablaron.

¿Le confiaria toda su historia el pobre genovés?

¿Quién lo sabe?

Lo único que puede asegurarse es que D. Alvaro tomó con gran empeño á su cargo la proteccion de su antiguo amigo, y que uno de los principales objetos que llevaba al dirigirse al campamento de los Reyes Católicos era influir en su ánimo para que desistiendo de aguardar la celebracion del consejo enviasen á Colon á conquistar para España nuevos territorios que añadir á los que ya alcanzaban las huestes españolas sobre los abatidos moros.

¿Qué consiguió?

Vamos á verlo.

Universidad Internacional de Andalucía

Capítulo XXXI.

Un asesino.

I.

En los momentos en que llegó D. Alvaro al campamento, los moros de otras ciudades próximas á Málaga, comprendiendo la importancia de esta ciudad, intentaban recobrarla, y como dice muy bien un célebre historiador, si no lo consiguieron fué debido tanto á la oposicion de los cristianos como á la traicion de los suyos y á sus miserables contiendas intestinas.

Un cuerpo de caballería que el Zagal habia enviado desde Guadix en socorro de la ciudad sitiada, y deshecho por fuerzas superiores que capitaneaba el rey Adallah y fué tal su bajeza que envió una embajada al campo de los cristianos con caballos expléndidamente enjaezados para el rey y preciosas telas de seda y perfumes orientales para la reina, pensando que de

Universidad Internacional de Andalucía

aquel modo se congratularia con ellos y continuaria disfrutando de su benevolencia.

La llegada de D. Alvaro coincidió con la de los portadores de aquellos presentes.

II.

Rehecha la partida que habia derrotado Abdallah volvió poco despues más reforzada, con ánimo resuelto de facilitarse el camino hasta Málaga por medio de los mismos cristianos.

Algunos de ellos, los más valerosos, lograron penetrar en la ciudad sitiada.

Los demás sucumbieron.

Miéntras que tenia lúgar este combate, D. Alvaro en la tienda de la reina y en presencia del rey cumplió la palabra que habia dado á Colon.

III.

—¡Qué inmensa gloria para V. M. el conquistar á un tiempo ciudades como Málaga y Granada y descubrir no ya sólo un camino directo á las Indias, sueño dorado de muchos años del rey D. Enrique, codicioso afan de Don Juan II, sino lo que es más, nuevas tierras, nuevos dominios que agregar á la corona de Castilla.

Isabel no necesitaba aquél estímulo.

Pero D. Fernando, enardecido con aquellas palabras:

Universidad Internacional de Andalucía

IV.

—Sí, sí,—exclamó;—nada se pierde con probar. Ese extranjero tiene fé, y si se realizan sus proyectos, nuestra gloria seria inmensa.

Aquella misma noche partió para Córdoba con emisarios encargados por los reyes de llamar á Colon, y de facilitarle todo lo necesario para que pudiera llegar al campamento.

D. Alvaro envió con el mismo emisario una carta á su amigo, augurándole que se acercaba el momento de su triunfo.

V.

Poco despues vinieron á participar á los reyes el triunfo que acababan de obtener sus tropas sobre los moros de Guadix.

Los que habian quedado continuaban amenazando las avanzadas cristianas; pero habia la seguridad de que no podrian vencerlos.

Al dia siguiente se repitió la escaramuza, y los espías vieron salir de Málaga á un jóven moro que, solo y sin armas, se acercó al campamento de los cristianos con ánimo, segun manifestó, de que le llevasen á la presencia del marqués de Cádiz.

VI.

Como se aguardaba de un momento á otro la ren-

Universidad Internacional de Andalucía

dicion de la ciudad y el moro entendia algo el castellano, sospecharon que seria un enviado de Hamet-Zelí que llegaria con ánimo de explorar la actitud en que se hallaban sus enemigos.

Leváronle á presencia del marqués de Cádiz, y sin inmutarse al quedarse á solas con el ilustre capitan:

—Solo al rey vuestro señor puedo confiar la mision que traigo. Llevadme á su presencia.

Era la hora de la siesta.

VII.

El rey descansaba, y aunque el marqués de Cádiz dispuso que le llevasen al moro á presencia de Isabel, inspirada por el cielo, sin duda, resolvió no admitirle en su presencia hasta que despertase su esposo.

Pero mandó que esperase el emisario en la tienda inmediata, la cual se hallaba ocupada á la sazon por la marquesa de Moya, antigua y noble amiga de doña Isabel, y por el noble caballero portugués protector de Colon.

Estos dos personajes continuaron hablando sin cuidarse para nada del moro que acababa de entrar.

VIII.

Era aquel de extremada belleza.

Ojos negros, rasgados y de una profundidad inmensa.

Universidad Internacional de Andalucía

Negra barba, que hacia más mate el color de su rostro.

El blanco alquicel dibujaba las hercúleas formas que tenia, y la sombra que proyectaba el turbante sobre sus ojos, impedia ver el siniestro resplandor que en aquellos momentos brillaba en ellos.

Poco ducho en el idioma, y no habiéndose enterado de la disposicion de la reina, creyó cuando le introdujeron en la tienda donde estaban la marquesa de Moya y D. Alvaro, que se hallaba en presencia de los reyes.

Dió un paso y se detuvo.

Miró cautelosamente en torno suyo, y al ver que nadie le observaba, avanzó algunos pasos más sin sacar la mano de debajo del alquicel.

IX.

Aquel hombre se hallaba dominado por el fanatismo de la religion.

Iba á cometer un crímen espantoso, y no temblaba porque al cometerle confiaba en que Alá premiaria su heroismo, y estaba además resuelto á hacer pagar muy cara su vida, porque el premio que esperaba de una mujer era superior á todo cuanto su fantasía oriental podia desear.

De pronto levantó el brazo derecho y blandió en su mano un yatagan damasquino.

Precipitándose sobre D. Alvaro, á quien tomaba por el rey, le hizo en la cabeza tan profunda herida

Universidad Internacional de Andalucía

que cayó exánime en medio del horror de la marquesa.

Esta á su vez recibió otro golpe del airado musulman, pero los espesos bordados de su vestido la libraron de una muerte segura.

X.

A sus gritos acudieron multitud de nobles y soldados que se hallaban en las próximas tiendas.

Colon mismo se presentó, pero al llegar, el árabe yacia nadando en sangre, sin que la piedad de la marquesa hubiera podido libertarle del furor de los soldados cristianos.

Aun no habia espirado.

Aun pudo reconocerle Colon.

Al ver herido de peligro á su protector, y al comprender que su asesino habia sido aquel miserable, exclamó:

—¿Es así como pagais mi hidalguía?

—¡Vos, vos! — balbuceó el árabe; — ¡perdon, perdon!

XI.

Aquel desgraciado era el que el dia anterior habia librado Colon de la saña de los cristianos.

Antes de espirar pronunció un nombre.

—Hamet-Zelí,—dijo,—ya estarás satisfecho.

Universidad Internacional de Andalucía

XII.

Algunos dias despues se presentó en el campamento una mora que declaró llamarse Fátima.

Al llegar á noticia de la reina el crímen que se habia cometido en la tienda de la marquesa de Moya, hizo que despertasen al rey, y con él llegó al teatro de la catástrofe.

Colon auxiliaba á D. Alvaro.

Uno de los médicos examinó su herida y aseguró que no era de peligro.

Pero de cualquier modo, aquel infausto suceso despertó nueva ira, nuevo coraje en los soldados de los Reyes Católicos, y no se escuchó en todo el campamento mas que un clamor: el de venganza.

XIII.

¡Pobre Colon!

Otra vez más veia desmoronarse el edificio de sus ilusiones.

Herido D. Alvaro, ocupados los reyes en llevar la ruina y la desolacion á las ciudades mahometanas, ¿cómo podia esperar que la voz de la ciencia pudiese ser oida en medio del estrépito de las armas?

De todos los ángulos de la Península llegaron voluntarios ansiosos de tomar parte en la empresa.

La guardia se aumentó y los batallones reales con doscientos hidalgos enviados de Aragon y encargados

Universidad Internacional de Andalucía

exclusivamente de velar por la seguridad de los monarcas.

XIV.

La peste diezmaba al mismo tiempo á los moradores de la ciudad.

Los víveres se habian ya agotado.

Los cadáveres yacian en montones en las calles.

Muchos moros abandonaban la ciudad y vendian su libertad á sus enemigos.

La inflexible entereza de Hamet Zelí en no entregar la plaza quedó al cabo vencida, y envió emisarios á negociar la capitulacion con los Reyes Católicos.

XV.

Un opulento mercader, llamado Alí Dorchux, presidia la capitulacion, enviado por los habitantes de Málaga.

El rey se negó á recibirle hasta tres veces.

La obstinacion de los moros fué inmensa, pero no era mayor que la ambicion de triunfo que dominaba á los cristianos.

XVI.

Al fin se dió el asalto y el comendador de Leon entró á la cabeza de sus valientes escuadrones y tomó posesion de la Alcazaba.

Las banderas de la España cristiana ondearon sobre los minaretes de aquella ciudad en la que durante

Universidad Internacional de Andalucía

ocho siglos habia brillado sin interrupcion la media luna.

La entrada de los reyes en Málaga fué solemne.

La mezquita convertida en catedral reunió al lado de los monarcas á los más ilustres capitanes.

Un escritor dice que el acontecimiento más patético de aquella jornada fué el que ofreció la multitud de cautivos cristianos á quienes sacaron de las mazmorras y fueron conducidos á la presencia de los reyes, con los miembros cargados de cadenas, con las barbas crecidas hasta la cintura y cón los rostros amarillentos y demacrados por el hambre y la esclavitud.

A su vista se inundaron de lágrimas los ojos de todos los espectadores.

Muchos reconocieron á sus amigos, de cuya suerte nada sabian hacia ya mucho tiempo.

Algunos habian sufrido diez y quince años de cautiverio, y no pocos pertenecian á las familias más principales de España.

Los monarcas, confundiendo sus lágrimas con las suyas, mandaron quitarles las cadenas y despues de acudir á sus necesidades los despidieron con generosos presentes.

Hamet Zelí fué cargado de cadenas.

XVII.

Una mujer, que habia acompañado á las huestes castellanas al penetrar en Málaga, pidió que le dejasen verle.

Universidad Internacional de Andalucía

Accediendo á sus ruegos el alcaide de Gebalfaro, en cuya fortaleza estaba preso, la permitió pasar.

—Tengo que hacerle una revelacion,—dijo,—dejadme con él á solas.

Poco despues se oyeron gritos espantosos en el calabozo.

El alcaide seguido de algunos soldados penetró en aquella lóbrega estancia, y al resplandor de una tea vió un cuadro que le llenó de horror.

Hamet Zelí yacia en tierra bañado en sangre.

XVIII.

La mora que habia entrado, blandiendo en la diestra una gumía ensangrentada:

—Yo, yo,—dijo con acento febril,—yo he sido quien le ha muerto. He consumado mi venganza: ahora soy vuestra.

Aquella mujer era Fátima.

Hé aquí los móviles que la habian impulsado á vengarse de aquella manera tan horrible.

Universidad Internacional de Andalucía

Capítulo XXXII.

La venganza de una mora.

I.

Fátima pertenecia á una familia zegrí que vivia en Guadix.

Su padre habia sido un valeroso soldado, y no teniendo más hija que ella se habia consagrado á su cariño amándola más que á las niñas de sus ojos.

II.

Llegó Fátima á los diez y ocho años y era tal su hermosura que hasta el mismo Hamet Zelí, antes de ser caudillo de las tropas que defendian la ciudad de Málaga, despues de haberla visto quedó prendado de su hermosura é hizo los mayores esfuerzos para que su padre se la diera en matrimonio.

Universidad Internacional de Andalucía

Pero la jóven rechazó los ofrecimientos del ilustre zegrí, y se obstinó en no separarse del lado de su padre.

Tanta obstinacion tenia por fuerza que ser motivada por algun otro amor, y Hamet Zelí, no menos obstinado que ella, se propuso averiguar quién le robaba su corazon para destruir los obstáculos y realizar su sueño dorado, que no era otro que poseerla.

III.

Encargó á una de sus esclavas que la vigilase de cerca, y no tardó en saber que Fátima era amada por un jóven árabe de la tribu de los gomeles, que en los combates en que habia tomado parte se habia distinguido por su valor lo mismo que en las cañas por su destreza y gallardía.

En efecto, Fátima le amaba con delirio y respondiendo á las preguntas que con insistencia le hacia su padre para saber por qué razon habia desechado las ofertas de un personaje tan distinguido como Hamet Zelí, le confió aquel amor que sentia en su pecho asegurándole, que si no bendecia su amor, seria la más desgraciada de las mujeres.

IV.

Convencido el padre de Fátima de la sinceridad con que hablaba su hija, aprobó su resolucion, y Hamet Zelí no tardó en saberlo.

Universidad Internacional de Andalucía

Pero fué llamado á Málaga para dirigir la defensa del sitio y tuvo que abandonar su venganza.

Ali-Ben-Fuz, que así se llamaba el amante de Fátima, profesaba un ódio inmenso á los cristianos:

Fátima, que tambien odiaba á los enemigos de su religion, avivaba este rencor en su pecho.

V.

Ali-Ben-Fuz salió de Guadix con las tropas del Zagal á atacar á los cristianos para distraer sus fuerzas del sitio, y en aquella jornada estuvo á punto de perecer bajo los golpes de cuatro soldados que le habian aprisionado, cuando Colon deteniendo el brazo de aquellos hombres con sus palabras, diciéndoles que era indigno luchar cuatro contra uno, le dejaron en libertad.

El moro agradeció á Colon que le libertase la vida, porque la idea de perder á Fátima le horrorizaba, y para demostrarle su agradecimiento le dió un amuleto que su amada habia puesto en su pecho antes de partir, diciéndole:

—Con esto te pago; los que llevan este amuleto son siempre protegidos por Alá. No tengas miedo á perecer á los golpes de los alfanjes mahometanos.

Y partió.

VI.

Pero al ir á incorporarse con los suyos, cayó en poder de Abdallah que, como he dicho antes, domi-

Universidad Internacional de Andalucía

nado por la ambicion era el peor enemigo que tenian los árabes, no tuvo más remedio que enviarle á Málaga por haberle reclamado Hamet Zelí como prisionero de guerra.

El caudillo, que no habia olvidado los desdenes de Fátima, experimentó una inmensa alegría al tener en su poder á su amante.

No podia vengarse de él de una manera ostensible, porque Alí-Ben-Fuz era uno de los soldados más valerosos y que más simpatías inspiraba á su ejército; pero lo que por la fuerza no podia conseguir, lo encomendó á la astucia.

VII.

Al poco tiempo de llegar á Málaga, reuniendo á sus capitanes más distinguidos, les dijo:

—Los sitiadores se cansan; no conseguiremos quebrantar su fortaleza. Sólo hay un medio de herirles de muerte: este medio es quitar la vida á sus reyes.

La idea fué aprobada, y se pasó á la eleccion de los medios.

—El más sencillo,—dijo,—es que el más aguerrido, que el más noble, que el más valiente de nuestros soldados llegue en son de paz á la tienda de los monarcas cristianos, y una vez en su presencia, clave en su corazon una afilada gumía.

Fué aprobado este plan, y muchos de los circunstantes se ofrecieron para llevarle á cabo.

Universidad Internacional de Andalucía

VIII.

Hamet Zelí designó á Alí-Ben-Fuz, y al comunicarle que habia recaido sobre él tan honrosa eleccion, luchó un instante entre la posibilidad de su muerte, y por consiguiente el sacrificio de su amor, y el triunfo de sus armas, y lo sacrificó todo á la gloria de la causa que defendia.

Una esperanza le animaba al partir á desempeñar aquella arriesgada mision: la de que despues de consumar el crímen, podria abrirse paso con su robusto brazo á través de las huestes castellanas, consternadas por la muerte de sus reyes.

Alí-Ben-Fuz ignoraba la negra perfidia de Hamet Zelí.

IX.

Al mismo tiempo que partia al campamento cristiano, Fátima, que habia sabido la prision de su amado, acompañada de su anciano padre, llegaba á Málaga y se enteraba de la mision que Alí-Ben-Fuz habia ido á desempeñar.

Desde luego comprendió que Hamet Zelí habia llevado á cabo su venganza, y creyendo que aún seria tiempo, sin hablar á su padre, saliendo precipitada y cautelosamente, llegó hasta el campamento de los cristianos, como recuerdan mis lectores, precisamente cuando habia ya sufrido Alí-Ben-Fuz el castigo de su atentado.

Universidad Internacional de Andalucía

Todo el dolor que experimentó su alma, se convirtió en profundo é implacable rencor hácia el infame Hamet Zelí.

X.

La reina se enteró por medio de intérpretes de la desventura de aquella desgraciada, y dió las órdenes á su servidumbre para que la agasajasen y cuidaran hasta que entrasen en Málaga las tropas cristianas, y pudiera volver á reunirse con su anciano padre.

Fátima devoró en silencio sus amarguras, y los dias que tardaron los reyes en someter á la ciudad los pasó acariciando un terrible proyecto de venganza.

El hombre que habia muerto sus ilusiones, que habia sido verdugo de su amor, debia sucumbir.

Con varonil entusiasmo llegó, como recuerdan mis lectores, hasta su prision, y allí lanzando sobre él una mirada de hiena:

—¿Me conoces?—le dijo.

—Sí,—contestó Hamet Zelí, recreándose una vez más en su peregrina hermosura.

—Tú has sido el verdadero asesino de Alí-Ben-Fuz, de mi único amor, de mi única felicidad, y su muerte pide venganza. ¡Muere!

Y asestándole un golpe con la cortante gumía que habia servido á Alí-Ben-Fuz para cometer el atentado, y que ella habia guardado cuidadosamente como una prenda de su bien amado, le obligó á prorumpir en gritos pidiendo socorro.

Universidad Internacional de Andalucía

XI.

A sus gritos se presentó el alcaide.

Fátima quiso ver á la reina.

Conducida, despues de obtener la vénia de S. M., al palacio moro, convertido en alcázar de los reyes, era tal la hermosura de la musulmana y respiraba su rostro tal satisfaccion, que los mismos soldados y hasta los árabes que habian quedado en la ciudad, no pudo á su paso por entre las turbas, ménos de admirarla y desear que fuese perdonada.

Presentóse Fátima á la reina y no tardó en reconocerla.

Explicóle la causa de su venganza y no imploró perdon.

—He cometido un crímen,—la dijo,—castigadme si quereis: Alá me perdonará porque he matado á un réprobo.

La reina intercedió con su esposo, y la dijo despues de obtener la vénia del rey:

—Las leyes de mi reino castigan con la muerte á los asesinos, pero quieren que los reyes puedan perdonar á los que no son malvados; yo te perdono.

—Sólo de un modo, gran señora, acepto vuestro perdon: admitidme como vuestra esclava.

XII.

No bien habia terminado de pronunciar estas pa-

Universidad Internacional de Andalucía

labras, cuando se oyeron rumores en la antecámara.

Preguntaron los reyes qué lo motivaba, y no tardaron en saber que un anciano, que decia ser padre, deseaba postrarse á los piés de los reyes para pedirles el perdon de su hija.

Aquel anciano, enemigo tenaz de los cristianos, habia estado á punto de cometer un crímen de un modo muy distinto y con circunstancias mucho más agravantes que las que habian precedido y acompañado á la venganza de Fátima.

XIII.

Colon que no se habia apartado de su amigo Don Alvaro desde que cayó herido, entró con él en la ciudad al lado de la litera en que le llevaban y sintiéndose desfallecido D. Alvaro porque estaba muy débil todavía, entró con él en una casa morisca para que reposase un instante, y el padre de Fátima, que se habia afligido en extremo, que se hallaba poseido de una inmensa desesperacion ante la idea de perder á su hija, y por la derrota que habian sufrido los reyes moros, concibió el proyecto de vengarse en aquellos cristianos.

Al ver que pedia Colon una alcarraza de agua, echó en ella un veneno sin que nadie lo viera.

Afortunadamente se detuvo Colon para hablar algunas palabras con un moro que sabia el castellano, y refiriéndole el ilustre genovés la historia del desgraciado Alí-Ben-Fuz, para convencerle de la amis-

Universidad Internacional de Andalucía

tad que con él le habia ligado, le enseñó el amuleto que le habia dado el moro como una prueba de su amistad.

El anciano, que no entendia su conversacion, fijó sus ojos en el amuleto y no tardó en reconocerle.

Aquel talisman habia estado en poder de su hija.

Inquirió por qué causa se hallaba en poder de Colon, y lo supo precisamente en el momento en que Colon iba á acercar á sus lábios el agua envenenada.

XIV.

Instantáneamente se precipitó sobre él, y arrebatándole bruscamente la alcarraza de las manos, la arrojó al suelo.

Mediaron las explicaciones necesarias, y fueron interrumpidos por la noticia del suceso que habia acaecido en la prision entre Fátima y Hamet Zelí.

El anciano pudo estrechar entre sus brazos á su hija, pero experimentó una nueva desdicha al saber su resolucion de quedarse al lado de los reyes vencedores.

No pudiendo sufrir tan honda pena, aquella misma noche abandonó á Málaga para retirarse á Granada.

XV.

Una vez el ejército cristiano en posesion de Málaga, de la que habian huido casi todos sus moradores árabes, concedieron los reyes casas y tierras á aquellos

Universidad Internacional de Andalucía

de sus vasallos que desearon establecerse en la ciudad conquistada, y la convirtieron en cabeza de una diócesis que abrazó la mayor qarte de las conquistas últimamente hechas por la parte meridional y occidental de Granada.

XVI.

Los reyes, y con ellos su séquito, del que formaban parte D. Alvaro de Portugal y Cristóbal Colon, regresaron á Córdoba, en donde no tardó en hacer estragos la peste que se desarrolló en aquella ciudad.

Colon, estimulado por sus protectores, siguió á los reyes á Aragon, adonde se encaminaban con el fin de que las córtes reconocieran al príncipe D. Juan, su hijo, y al mismo tiempo con el de castigar los desórdenes que en aquel país se habian sucedido durante la ausencia de los monarcas, teniendo ocasion de conocer allí y de entablar gran amistad con D. Luis de Santangel, receptor de las rentas eclesiásticas y tesorero del rey de Aragon.

XVII.

Los soberanos pasaron el invierno en Zaragoza, sin que Colon lograse que se resolviese su pretension; emprendieron una ligera campaña en Murcia, y se retiraron á terminar el invierno en Valladolid, á donde tambien les acompañó el ilustre genovés.

Desgraciadamente no estaba á su lado D. Alvaro de Portugal, y la influencia de Fr. Fernando de Tala-

Universidad Internacional de Andalucía

vera, que no hacia más que detener el informe del Consejo, que tambien habia presidido, obligó á Colon á caer de nuevo en el desaliento.

XVIII.

Sin embargo, cada dia aumentaba sus relaciones con poderosos protectores.

El duque de Medinaceli se habia unido á los que le amparaban, y la marquesa de Moya, que le habia cobrado gran afecto, no cesaba de hablar á la reina en favor suyo.

Las cuestiones políticas, las luchas del momento, absorbian la atencion de los reyes, y el tiempo pasaba sin apagar la sed que devoraba el alma de Colon.

Su situacion era entónces mucho peor que ántes de merecer la proteccion de tan altos personajes.

Si bien es verdad que entónces desconfiaba por completo de alcanzar el favor de los reyes, tampoco tenia grandes motivos de esperarlos, y las penas de su corazon se endulzaban con la felicidad que le inspiraba el cariño de Beatriz.

Pero después de haber perdido aquella mujer, que tan grato consuelo habia ofrecido á su corazon, habia visto á los reyes, habia concebido esperanzas, y al convencerse de que no las realizaba, la duda, todavía la duda, ese tormento que hace sufrir más que la realidad, porque entónces no se atrevia á perder el terreno ganado, á abandonar la córte de España, y por otra parte, nada lograba en ella.

Universidad Internacional de Andalucía

Su nombre y sus proyectos eran ya conocidos; sabíase tambien la proteccion que le dispensaban los reyes, y estas noticias traspasaron la frontera de España.

Dos sucesos que en cualquiera otra ocasion hubieran llenado de alegría al entusiasta marino, vinieron á aumentar su incertidumbre.

Universidad Internacional de Andalucía

Capítulo XXXIII.

Un sacrificio mal pagado.

I.

Partió la córte á Medina del Campo, y Colon que necesitaba á toda costa vivificar sus muertas esperanzas, se trasladó á Salamanca llamado por Diego de Deza.

El dominico que habia tenido tiempo para pensar y estudiar seriamente los proyectos de Colon, habia llegado á tener tal convencimiento de la posibilidad de realizar sus planes, que de motu propio y sin decir nada á su amigo, habia empleado toda su influencia para atraer á sus ideas á muchos de los que habian asistido al consejo celebrado en el convento de San Estéban, que habian escuchado con indiferencia ó prevencion las razones en que apoyaba el ilustre genovés su proyecto.

Universidad Internacional de Andalucía

Pero sus buenos deseos se habian estrellado por una parte en el servilismo de los unos, que sometian su voluntad á Fr. Fernando de Talavera, y en el entusiasmo que en los otros producian las conquistas que las armas cristianas alcanzaban en los combates.

La guerra, sólo la guerra preocupaba los ánimos; miéntras tanto las conquistas de las ciencias tenian que vivir en el olvido.

II.

En Portugal entre tanto se buscaba inútilmente el camino directo para las Indias y no habia faltado quien dijese á la córte de D. Juan II, que los Reyes Católicos habian recibido al genovés que en otro tiempo se habia presentado á implorar su proteccion, que se habia nombrado un consejo para examinar sus proposiciones, y que todo hacia creer que en cuanto terminaran las guerras con los moros, los soberanos de Castilla y Aragon tenderian una mano benéfica al marino para que intentase el glorioso descubrimiento que se proponia hacer.

D. Juan II que se habia confirmado en sus opiniones con el parecer de los sábios á quienes habia consultado el proyecto de Colon, pensó que anticipando su proteccion á la de los Reyes Católicos, sin arriesgar gran cosa podria arrebatarles la gloria y el provecho que aquella empresa pudiera proporcionarles.

Comisionó á un hidalgo portugués llamado Don Luis de Souza y Fajardo para que secretamente bus-

Universidad Internacional de Andalucía

case á Colon y le explorase, averiguase en qué estado estaban sus negociaciones, se informase de todo, y en caso necesario ofreciese á Colon la proteccion de su soberano.

III.

Púsose en camino D. Luis y desde luego se dirijió á Medina del Campo adonde estaba la córte.

Informóse de la actitud en que estaban los reyes, y convencido de que por entónces no les preocupaba más que el deseo de apoderarse de Granada, averiguó dónde estaba Colon y supo se hallaba en Salamanca hospedado en el convento de dominicos de San Estéban.

Fué á buscarle y se hizo anunciar á él como un portugués que deseaba verle.

Colon que no habia olvidado que Portugal era su segunda pátria, que en ella habia pasado algunos años muy felices en el seno de una cariñosa familia, experimentó un vivo placer al recibir al hidalgo lusitano, porque representaba á sus ojos el recuerdo de una de las épocas más dichosas de su vida.

IV.

—Perdonad,—dijo D. Luis apenas estuvo en su presencia,—que me haya tomado la libertad de venir á veros. Pero aunque no tengo la fortuna de ser vuestro amigo, cuando estuvísteis en Lisboa oí hablar

Universidad Internacional de Andalucía

con elogio de vuestro talento, de vuestra profunda sabiduría, y siempre es grato tener ocasion de estrechar la mano de los hombres que tanto valen.

—Me honrais con vuestros elogios,—contestó Colon,—pero más que con ellos, que son una prueba de vuestra amabilidad, me complace veros, porque sois de un país en el que yo he pasado los mejores años de mi juventud, y que nunca hubiera abandonado á no haber experimentado tantas desdichas.

—Con efecto; he oido hablar de vos á muchas personas, y sé que antes de venir á España visteis á nuestro rey, que Dios guarde, D. Juan II, y le ofrecísteis, si os apoyaba, conquistar para él desconocidas tierras.

—Es verdad; esclavo de una idea, hace ya mucho tiempo que busco con ánsia los medios de su realizacion; pero todas las puertas se me cierran.

—El rey de Portugal, segun parece, os escuchó....

—En efecto; me escuchó con atencion, y su benevolencia me hizo esperar que me apoyaría; pero desgraciadamente tanto el monarca de Portugal como el de España, á quien tambien he sometido mis planes, encargaron á consejos muy ilustrados, pero poco favorables para mí, el exámen de mi teoría. El de Portugal le desechó calificándome de visionario; el de España nada resuelve, y yo me consumo en la ociosidad, en la duda, viendo que los disgustos trabajan mi existencia, y pensando que cuando llegue el dia en que tenga alas para volar, será ya tarde.

Desgraciadamente era cierto.

Universidad Internacional de Andalucía

V.

—Segun eso, añadió D. Luis, ¿en España no habeis hallado una acogida favorable?

—Los reyes se interesan por mí, pero el consejo ó no me comprende ó no quiere comprenderme. Por otra parte, no se piensa más que en batallas y en conquistas. ¿Qué quereis que consiga el pobre marino que vive en el abandono, sin la fé y la esperanza que le han sostenido aun en sus épocas más difíciles?

—¿Por qué no volveis á Portugal?

—Es inútil.

—Tal vez no.

—Salí de aquella tierra porque la pobreza se habia apoderado de mí, y ni aun piedad hallaba en los que yo queria como mis hermanos.

—¿Quién sabe si ya están arrepentidos de haber observado con vos esa conducta?

—Estoy seguro que ni de mí se acuerdan.

—Lo que es en eso padeceis un error. Yo vengo de allí, y vuestro nombre es conocido y respetado. La noticia de vuestros adelantos cerca de los reyes, si por un lado alegra á los que os quieren bien, por otro entristece á los que quisieran que conquistáseis para Portugal esos ricos paises que suponeis que están en medio del océano. La opinion es muy favorable para vos, y yo no dudo que si volveis á Lisboa y os presentais al monarca, os recibirá bien, os prestará su apoyo.

—Yo estoy seguro de lo contrario.

Universidad Internacional de Andalucía

—¿En qué os fundais?

—El me dejó marchar en los últimos dias que estuve allí. Pobre y enfermo, ni aun con una limosna honró al desvalido extranjero.

—Y de eso deducís...?

—Que me ha ovidado por completo.

—Estais equivocado;—puesto que es preciso, y os tengo por un hombre de honor, voy á revelaros un secreto.

—¡Vos!—exclamó Colon admirándose del cambio de lenguaje y de la actitud en que se colocaba el portugués.

—Yo, sí,—sabed que el rey D. Juan, mi señor, arrepentido de haberos dejado partir, de no haberos proporcionado cuanto necesitábais para realizar vuestros deseos, me ha enviado á España con el objeto de buscaros, de indagar cuál era vuestra situacion, y de deciros en su nombre: Colon, volved á Portugal, decidme qué quereis en cambio de vuestros descubrimientos, dad á mis pueblos una gloria más que la envidien todas las naciones.

—¡Vos!—exclamó Colon con sorpresa y asombro, venis en nombre del rey de Portugal á hacerme esas proposiciones?

—Sí, desde este instante espero vuestra resolucion.—Ved esta carta,—añadió dándole una que de su puño y letra habia escrito D. Juan para que se la entregase á Colon.

Universidad Internacional de Andalucía

VI.

El ilustre genovés lo estaba viendo y parecia que soñaba.

—¿Aceptais, no es verdad?—dijo D. Luis;—en ese caso vos dispondreis vuestra partida. Tengo órden de proporcionaros cuanto sea necesario, con tal de que emprendais el viaje inmediatamente.

Las dudas lucharon con más fuerza que nunca en el alma de Colon.

Y sin embargo, ¿debia desperdiciar aquella ocasion tan propicia de conseguir los deseos de toda su vida?

—No puedo responderos,—contestó á las reiteradas instancias de D. Luis.

—Es decir que os negais...

—No, sólo os suplico que me dejeis algunos dias para tomar esta resolucion trascendental.

—Haced lo que gusteis, pero os advierto que tal vez cuando os resolvais será tarde. Los reyes sienten más un desaire que una pérdida, por inmensa que sea, y si yo le escribo que habeis aplazado vuestra contestacion...

—Haced lo que gusteis.

—Os estimo demasiado y quiero daros tregua. Aguardaré dos dias, cuatro, nada más; reflexionad en este tiempo lo que os conviene, y con el mayor misterio, porque si yo he hablado de este modo ha sido confiado en vuestro honor, decidme vuestra resolucion.

Universidad Internacional de Andalucía

VII.

D. Luis se alejó y Colon quedó abismado en sus pensamientos.

Era cierto que los Reyes Católicos le habian oido con benevolencia, reconocia en ellos, sobre todo en ellos más que en sus consejeros, deseos de auxiliarle, pero ¿no triunfarian en su ánimo los que á toda costa querian postergarle?

¿Las luchas no podrian prolongarse y malograr los buenos deseos de los reyes!

¿Debia esperar?

¿Podia esperar?

Todas las contestaciones que en sentido afirmativo se le ocurrian quedaban dominadas por la sed de gloria que le devoraba.

VIII.

Abandonando á España y volviendo á Portugal, estaba seguro de que en breve tiempo tendria las embarcaciones necesarias para darse á la vela, explorar los mares, y sentar la planta sobre las tierras que conocia.

Esta seguridad le deleitaba, le embriagaba, le hacia olvidar toda clase de consideraciones, inclinándole á dar una respuesta afirmativa.

El resto del dia y toda la noche la pasó en esta zozobra.

Universidad Internacional de Andalucía

IX.

A la mañana del dia siguiente buscó á Fr. Diego de Deza, y le confió la entrevista que habia tenido con el hidalgo portugués.

—Y ¿qué pensais?—preguntó con interés el dominico.

—Pienso partir.

—¡Oh, Dios mio! eso seria terrible; negar á nuestros augustos reyes esa gloria que soñais para ellos.

—¿Acaso no me tienen abandonado?

—Sí; pero no por culpa suya: yo estoy seguro. De todos modos, si algo vale para vos mi amistad, aplazad la contestacion, aplazad el viaje, hablad antes á todos vuestros protectores, confiadles en secreto las proposiciones que os hace el rey de Portugal por medio de su emisario, escribid á los mismos reyes si es preciso, y sobre todo no nos abandoneis.

El dominico agotó toda su influencia para inclinar al noble genovés á tomar esta resolucion.

La duda le mortificaba mas aún que el desengaño.

X.

Para que todo se complicase, por aquellos dias habia llegado á Medina del Campo un embajador del rey de Inglaterra, Enrique VII, el cual además de la mision que traia cerca de los reyes, debia desempeñar otra secreta cerca de Colon por órden de su soberano.

Universidad Internacional de Andalucía

Sabido es que antes de abandonar á Portugal y al dirigirse á Génova y Venecia para ofrecerles su descubrimiento, no habiendo obtenido contestacion favorable escribió en el mismo sentido al rey de la Gran Bretaña.

Tambien este monarca le desamparó, pero dominado como todos los reyes en aquel tiempo por el deseo de imitar á Portugal en la adquisicion de colonias, pensó que aquel oscuro marino que desde Lisboa se habia dirigido á él, podria satisfacer su deseo, y su embajador llevaba la órden de facilitarle recursos para que fuera á Inglaterra.

XI.

Sir Williams Coffray visitó tambien á Colon en el monasterio de San Estéban, y con ménos diplomacia, pero con más seguridad, le comunicó las proposiciones de su rey y señor.

El rey de Inglaterra hacia al ilustre marino promesas brillantísimas.

Estos ofrecimientos aumentaron sus dudas.

El exceso del bien, como el exceso del mal, mortifica.

El arzobispo de Toledo no estaba en aquellos momentos en Medina del Campo.

No tenia á su lado más que á Fray Diego de Deza, el cuál no le dejaba un sólo instante de la mano para que rechazase aquellas ofertas.

¡Cuánto luchaba el infeliz Colon!

Universidad Internacional de Andalucía

XII.

D. Luis de Souza, que supo que le habia visitado el embajador de Inglaterra, accedió á sus ruegos aplazando su contestacion algunos dias más.

Entretanto escribió á su rey para decirle lo que pasaba y pedirle nuevas instrucciones.

Desesperado Colon y recordando que Fray Pedro Antunez, su buen amigo y confidente de todos sus secretos era el que tenia más medios de darle un buen consejo, se apresuró á escribirle manifestándole la situacion en que se hallaba, y abriéndole por completo su corazon.

No se hizo aguardar mucho la respuesta.

XIII.

«Oh! no, Colon, le decia, no partais.

»¿Habeis olvidado que en esta tierra donde tanto habeis sufrido, teneis dos hijos?

»¿Habeis olvidado que en su seno yacen los restos de vuestra adorada Beatriz.

»¿Habeis olvidado que teneis protectores que os estiman en mucho, y que los mismos reyes que preocupados por los negocios públicos parecen haberos olvidado, sentirian en extremo vuestra ausencia?

»No, no partais; ántes de tomar esa resolucion definitiva, buscad al arzobispo de Toledo, hablad

Universidad Internacional de Andalucía

los reyes si es preciso, escribidlos si no estais á su lado y os apremia el tiempo.

»Hacedlo todo ántes de que nos abandoneis para siempre.

XIII.

Colon siguió el consejo de Fray Pedro Antunez.

El arzobispo de Toledo llegó á Valladolid de paso para Medina del Campo.

Colon, acompañado de Fray Diego de Deza, fué en su busca, y una vez en su presencia le refirió lo que le sucedia.

—No partais,—le dijo tambien D. Pedro Gonzalez de Mendoza.—Aguardad aquí nada más que unos dias las órdenes de sus magestades.

D. Luis de Souza, que todavia no habia recibido nuevas instrucciones del rey de Portugal, apenas supo que se habia dirigido á Valladolid, le siguió.

XIV.

Dos dias despues recibió Colon en Valladolid la visita del tesorero Gonzalez, el cual le entregó en nombre de los reyes una cantidad de dinero suficiente para que pudiera presentarse en Sevilla, en donde con aquella misma fecha mandaban los monarcas que se reuniese un jurado de los hombres mas doctos de aquel reino, para que examinasen de nuevo á Colon y diesen pronto su informe, á fin de activar en lo posible los

Universidad Internacional de Andalucía

trámites de las negociaciones que tan lentamente marchaban.

Tambien recibió una cédula de los reyes, en la que éstos mandaban á los magistrados de todas las ciudades, y á los alcaldes de todas las villas, que le hospedasen á su paso; dando á Colon la seguridad de que en lo sucesivo, miéntras se resolvia su expedicion, nada le faltaria en España.

XIV.

El arzobispo de Toledo habia confiado á los reyes las proposiciones que los embajadores de Portugal y de Inglaterra habian hecho á Colon, y esto bastó para que tomasen aquellas medidas.

Poco después de separarse Colon del emisario que tan felices nuevas le habia llevado, se presentó Don Luis de Sousa, que por un correo extraordinario habia recibido instrucciones de D. Juan II, dándole carta blanca con tal de que regresase inmediatamente con Colon.

XV.

Ya era tarde.

El ilustre genovés rechazó sus ofrecimientos, como asímismo los del rey de Inglaterra, y sin perder un instante, se dirigió á Sevilla.

Universidad Internacional de Andalucía

La desgracia no se habia cansado todavía de perseguirle.

Al llegar allí tuvo que aplazarse la conferencia en que debia tomar parte.

Veamos lo que pasó.

Universidad Internacional de Andalucía